

# 1784

© 2009. Mariano Blasco Valle

© 2009. Casa Eolo, S.L.

Publica y edita:

Casa Eolo, S.L.

Pedro Arnal Cavero 22

22001 HUESCA (España)

[www.casaeolo.com](http://www.casaeolo.com)

[www.casaeolo.es](http://www.casaeolo.es)

e-mail: [eolo@casaeolo.com](mailto:eolo@casaeolo.com)



Reservados todos los derechos.

Esta obra se puede descargar en [www.casaeolo.com](http://www.casaeolo.com), en las condiciones descritas en dicha página

## 1784

Yo, Alonso López de Molina, de los Molina de Tarazona, nacido en casa regia sin necesidad de pan ni criados quiero escupir sobre las gentes de esta tierra y debo hacerlo pronto porque mi tiempo está medido.

No es posible que haya ser humano peor tratado que yo. Dicen que estoy loco y es que, a la fiebre, siguen llamando locura. Ciegos engreídos que el tiempo ha de juzgar. No habrá sitio en el cielo para mi alma porque, presa del rencor, se hundirá sin lugar cerca del Todopoderoso, pues de Él también reniego y al lado del Maligno seguiré a este pueblo de Aragón procurando que su pecado más común, la envidia, no aminore por siempre.

-----

Nací el seis de Enero de 1784. De mi infancia recuerdo pocas cosas. No tuve hermanos, o al menos hermanos vivos, porque mi madre hizo cuatro partos y de ellos sólo permanecí yo. Mi padre... Mi padre me enseñó a montar, a cazar y a manejar con destreza el florete pero sólo las dos primeras artes me interesaron. Mi madre me enseñó a mirar, a observar, a escudriñar en la natura y de estas aficiones surgió desde edad temprana mi gusto por la lectura. Recibí clases de latín, de filosofía, de griego y de matemáticas pero no fui a escuela alguna. Tal vez por esto y porque no encontraba solaz en los juegos con otros niños nunca logré amistades tempranas. Tampoco las necesité. Mis días se llenaban en las cuadras y en los campos. Los caballos eran mis confidentes y los insectos mis presas. Aunque los atravesara con finos palillos jamás pensé que los ejecutara, todo lo contrario, eran mis compañeros y por eso, cuando el

Moncayo se blanqueaba, cuando me prohibían trotar, ellos eran el recuerdo de los trigales y la única diversión en las cortas tardes de invierno.

Estaba en mi deseo aprender el oficio de granjero, estudiar cuentas y ayudar a mi padre, pero, mi madre, una vez acabado el bachiller, quiso que fuera a Zaragoza para ingresar en la Facultad de Medicina. Yo no tenía predilección por esa ciencia, pero acepté por dos razones. La primera, para conocer otros mundos cuyos días no acabaran con la cena y la segunda, porque, según mi progenitor, si quería estudiar alguna carrera, una vez rechazado el servicio de las armas, no era de nobleza dedicarse a otra rama del conocimiento. Bien hubiera estado en mi gusto ser maestro e incluso astrónomo... Pero también influyó en la elección el que una hermana de mi madre, la tía Teresa, tuviera posibilidad de ofrecerme aposento en la ciudad del Ebro.

-----

Llegué a dicha casa, sita en el Coso de la ciudad, con veinte años cumplidos el 8 de Enero de 1804. Tía Teresa estaba casada en segundas con un comerciante de tejidos. Un hombre de costumbres rutinarias que sólo sabía contar los beneficios, que bebía en abundancia enriqueciendo su abdomen y que roncaba en el sillón de forma tan desagradable que obligaba a abandonar el salón. Recuerdo que su mujer se avergonzaba de tal proceder pero, en muestra de sumisión, sólo comentaba a sus dos hijas, mis primas Margarita y Pilar que había que salir “porque papá tenía que descansar”

Y en efecto pronto descansó. Cuando sólo llevaba veinte días alojado en ese hogar, una tarde, los ronquidos del obeso variaron de tono y su boca se torció.

Vino un médico y esa fue la primera vez que temí habilitarme en la profesión.

Vestido con capa corta, sombrero de teja y guantes de piel agrietada levantó el

párpado de mi tío para luego menear la cabeza. Tía hizo salir a Margarita y a Pilar y luego, a petición del galeno, trajo un orinal. El hombre se descubrió las manos, extrajo del maletín una lanceta y de inmediato sajó al inconsciente a nivel de la flexura del codo. La sangre brotó mansa, discurriendo por el antebrazo, como si fuera chocolate caliente y goteó ruidosa contra la loza.

-¿Se dan cuenta? ¡*Nigra!* ¡*Sánguis nigra!* ¡Sangre corrupta! Demasiada grasa en el cuerpo...

- ¿Es grave?

-¿Consumía rapé? -Preguntó sin responder-

-No.

-¿Fumaba en pipa?

No. Tampoco fumaba. -Volvió a negar mi tía-

-Es igual. ¿Vino sí bebería? ¿No?

-Sí, vino sí...

-Pues eso ¡Demasiado vino! El caldo se ha convertido en grasa y ésta ha taponado las venas.

El médico (O lo que fuera) movió la cabeza del enfermo y éste tosió expulsando una saliva espesa que quedó colgada de su labio inferior.

-¿Reacciona? -Pregunté angustiado-

- ¿Reaccionar? ¡No! Es sólo una flema. ¿Cree que toda una vida de excesos puede aliviarse con una tos?

- Mi marido no ha sido un asceta pero excesos, excesos... Tampoco ha tenido tantos.- Intervino tía Teresa-

- ¡*Natura iusta est!* ¡Señora! Esto no sucede porque sí...

Tío volvió a toser y el profesional añadió.

- ¡Mala señal! Me temo que se le puedan anegar los pulmones. Si esto sucede...

Hubo que vaciar el orinal. La sangre se había coagulado y más que decantarla el galeno extrajo los coágulos como si fueran trozos de barro húmedo. El suelo se llenó de cuajadas escarlata y no pude evitar una náusea.

- Perdonen las manchas pero hay que saber la cantidad de sangre que hemos sacado... -Explicó para justificar la maniobra-

Ante la visión de ese trajín chacinero tía se sentó extenuada.

El sabio volvió a poner el orinal bajo los dedos goteantes del enfermo y mientras se oía un nuevo tintineo se limpió las manos con un trapo hediondo que también extrajo del maletín. Luego, con aires de dios desgano comentó.

- ¿Observan cómo mana sin pulso? Lo tiene muy débil...

El recipiente se llenó otra vez pero ahora mi tía no permitió que fuera vaciado sobre el suelo. Lo sustituyó por una jofaina que también fue encharcada y no hizo falta otra porque, satisfecho con la cantidad obtenida, el profesional taponó la herida del brazo, lo dobló por el codo y tras hacerme sujetarlo, guardó sus instrumentos para salir prometiendo volver al día siguiente.

Tío ya no roncaba. Antes ruboroso, estaba ahora pálido pero no más que tía Teresa. Lo acostamos con ayuda del servicio y una vez tendido el silencio de su respiración nos inquietó.

-Es la primera vez que le veo dormir sin roncar. No es buena señal sobrino. No es buena señal...

- No diga eso. -La animé- Creo que está menos congestionado.

- ¿Sabes Alonso? Tu tío no era un gran epicúreo. Siempre fue recio y siempre se quejó de dolor en la cabeza, pero no creas que bebía o comía en exceso.

- Lo imagino tía. Los médicos deben buscar culpables a su ignorancia y a veces nosotros también los necesitamos para explicarnos la injusticia que significa enfermar.

Quise consolarla con más argumentos pero no los encontré. Tía, agarrada al rosario sólo repetía... *“Otra vez ¡No! Dios mío. Otra vez ¡No!...”* Y Dios no le hizo caso. Por segunda vez fue viuda. Tío murió esa noche, no hizo falta otra intervención galénica, sólo la del cura.

Por la mañana se les comunicó el óbito a Margarita y a Pilar. Cuando lo vieron amortajado acudieron hasta donde estaba y me abrazaron, pero no supe qué decirles ni qué hacer. Casi no conocía a ese hombre. Había oído más sus ventosidades que sus raciocinios, era parco en palabras y gestos, hubiera deseado tener argumentos para alabar sus actos pero... Me invadió más el estupor que el dolor.

Al entierro acudió mucha gente. Los deudores eran masa. Mi tía de negro y con velo no bajó la mano durante varias horas. Margarita y Pilar ya no lloraban. Miraban curiosas hacia la larga fila que pausadamente traía los pésames. *“Era una gran persona. Era un amigo. Era un buen hombre. Le acompañó, le deseo, le...”*

Y lo curioso es, que sin saber por qué, yo estaba al lado de tía recibiendo las condolencias como si fuera descendiente directo del finado. *“Era un amigo, era un buen hombre... ¡Cuánto le echaremos de menos!”* ¿Y los hipócritas no sabían que no tenía un hijo varón?

En la casa se hizo un silencio continuo. Encerrado en mi cuarto miraba por la ventana y consumía las horas contando las hojas que le quedaban a las ramas de los castaños próximos. No me decidí a salir. No había aviso para la comida ni para la cena. El luto era incompatible con la manutención. Cuando no pude más y me aventuré a bajar hasta la cocina creí estar en una casa abandonada. Tía y las primas se habían encerrado en sus habitaciones y estaban haciendo ayuno por el alma de tío. Mi dolor no era tan profundo y pasé hambre porque el servicio tenía instrucciones de no encender el horno. Menos mal que, a los tres días del entierro, llegó mi madre. (Mi padre tenía asuntos de inexcusable atención) Tía la recibió con sollozos pero ya no eran tan desgarradores ¡Tres! Tres era el número evangélico. Debían pasar tres días y como en tres días, tío no resucitó, todo volvió a su sitio. Sin jolgorios, pero a su sitio. Hubo conversaciones para el recuerdo, para la aceptación y para la liberación del dolor. Incluso tía llegó a sonreír en algún momento. Los días pasaron aún tristes pero menos aburridos y cuando pude hablar a solas con mi madre le confesé que, tras aquella experiencia, mis deseos de seguir adelante habían menguado. Estaba impresionado. Mi juventud pedía flores, color, libertad y vida, no sangre y muerte. Pero mi madre no me atendió. Se dedicó a su hermana y a sus visitas y yo seguí mirando por la ventana las hojas del castaño y los primeros hielos del invierno.

Un día, delante del hogar y sin venir a cuento me preguntó.

-¿ Qué sentiste ante la muerte de tu tío. ¿Miedo o asco?

- Miedo -Contesté-

- ¡Muy bien! Eso no es malo. Si hubiera sido asco consideraría necesario que debieras estudiar otra ciencia. El asco es difícil de vencer. Un médico no puede tener aversiones pero si es miedo, eso es diferente. Es normal que a tu edad la muerte origine miedo ¡Ya lo vencerás!

- ¿Que lo venceré? ¿Y cuánto tiempo cuesta?

- El miedo sólo se vence con miedo. Un día te darás cuenta de que ya no lo contiene sino de que está contigo, a tu lado, y ese día lo consentirás, no será tu enemigo, será tu aliado. Hazme caso hijo.

- Aun así deseo volver con usted. Quiero estar con usted... Quiero estar en casa con mis...

- ¡No!

- ¿No? ¿Por qué desea usted que haga medicina?

-¿Acaso no lo deseas tú?

-No estoy seguro... Si usted hubiera visto la sangre coagulada. Si hubiera visto a tío en su último estertor... Si hubiera oído usted ese vaho de muerte.

- ¿Crees que no lo he oído hijo?. He visto muchos estertores de muerte y sé que impresionan más que por su estridencia por su amenaza. Te duele pensar que ese rumor de muerte también será tuyo algún día ¿No? A mí también me sucedía, pero ahora, cuando se está cada vez más cerca ya no da tanto pavor...

- ¿Y es justo que me prive de la ilusión de que ese rumor aún me es lejano madre?

- Si tu sacrificio sirve para algo sí es justo y además vale la pena. Sé que si dedicas tu afán a remediar el dolor no habrá vida mejor empleada por

muchas muertes que presencias. Hacer algo para que los hombres y las mujeres no padezcan lo que padecen, aportar algo que sirva para aliviar el mal que sufre la humanidad justificará tu miedo... ¡Además! ¿No crees que eso es más importante que criar caballos?

-----

La verdad es que su visita había hecho crecer en mí el deseo de volver a casa. Tenía también un sentimiento de culpabilidad por haber dejado la hacienda sin heredero y por eso volví a insinuar de nuevo la conveniencia de continuar con la atención de la granja. Mi madre no me contestó. Si ella hubiera expresado alguna duda hubiera vuelto, pero no lo hizo, ni tampoco me sirvió recurrir a la conveniencia de que, muerto tío, mi presencia podía incomodar a tía Teresa. Todo lo contrario estaba encantada de que me quedara a su lado. Habría un varón en la casa y era más que suficiente porque no estaba dispuesta a unir su vida a un tercer marido. Mi madre quiso acordar mi sostenimiento pero tía rechazó cualquier propuesta. Su situación económica era holgada y existiendo suficiente espacio un plato más no importaba.

La impresión y el dolor se fue mitigando con el paso de los días. Aproveché el tiempo que estuvo mi madre para visitar la ciudad con ella. Sabía que, al menos hasta el verano no iba a poder verla y quise gozar de su presencia.

Tía guardó luto y no nos acompañó. Margarita con dieciocho años y Pilar con catorce podían ser excusadas de esa obligación pero tampoco quisieron acompañarnos. Paseamos por el Cuartel de la Judería, visitamos la capilla del Pilar, la Catedral de La Seo, incluso la torre Mayor de la plaza de San Felipe, famosa por su altura de trescientos pies y por estar inclinada más de cinco. Pero el frío, el cierzo y el barro de las calles no invitaban demasiado a los paseos así

que, muchas horas las pasábamos frente a la estufa cosiendo ellas y leyendo yo, en silencio, con el sonido rítmico del péndulo como único elemento de distracción.

A los quince días mi madre partió hacia Tarazona y yo, al día siguiente de su marcha me presenté en el decanato. Habían citado a diez aspirantes. Los diez esperábamos en la antesala sin mirarnos directamente. Todos portábamos, en cartapacios, nuestros méritos empapelados y las referencias apropiadas. Fui llamado el tercero. El bedel me advirtió que en principio sólo me hablaría el Decano, que respondiera escuetamente y que no me pusiera nervioso. Luego me hizo entrar al paraninfo y la tarima crujió chillona mientras me dirigía al estrado. En una mesa elevada cinco senectos de diferente aspecto observaban mi llegada. Alargué la mano para entregar mi carpeta y pude observarlos con detenimiento. En el centro un anciano de cara redonda y aspecto bondadoso intentaba deshacer los nudos de mi legajo. Creí que iba a rasgar las cintas por lo largas que llevaba las uñas. A su derecha un canoso delgado, casi huesudo, estaba mirando hacia la ventana con aire distraído. Al lado de éste, un calvo con barba negra tupida parecía viajar hacia el limbo. La voz del Decano me impidió fijarme en el resto.

-¿Es usted Alonso López de Molina?

-En efecto señor -contesté-

-Veo que entre sus credenciales está el título de bachiller, la carta paterna de autorización y la solicitud de ingreso avalada por tres firmas entre las que se incluye la del Obispo de Tarazona ¡Muy bien!

Mi padre tenía buenas relaciones con la iglesia, no en vano todas las caballerías del obispado llevaban su hierro marcado y ninguna estaba pagada. El hombre siguió leyendo los papeles que entre los estiletes de sus dedos resbalaban como si estuvieran engrasados y aprovechando esos instantes pude mirar al resto del tribunal. Eran otros dos longevos, el más cercano al Decano vestido con levita

gris y el más alejado luciendo un lazo estrecho de varios nudos y color chillón. El hombre de las uñas pasó mis papeles a sus colegas y éstos los miraron sin mucho interés.

-Así que quiere usted cursar medicina... -Preguntó-

-Sí señor -respondí aún nervioso-

-¿Y por qué quiere estudiar medicina joven?

Tarde en responder. No tenía clara la respuesta. Si hubiera sido totalmente sincero le hubiera dicho que porque mi madre lo deseaba pero elaboré la contestación.

- Verá señor... El porqué lo ignoro. Más bien sé el para qué...

Advertí que de repente los cinco profesores me prestaron atención...

-¡Bueno! ¿Y para qué? ¡Díganos!

-Creo que para ayudar a la humanidad...

-¡Ja! Me gusta este joven -Soltó, el huesudo que estaba a la derecha del

Decano - ¿Y qué le ha hecho a usted la humanidad joven?

Los componentes del tribunal rieron.

-¡Al menos no tiene parientes médicos! -Añadió de nuevo el huesudo-

Y eso es una ventaja ¿Está libre de culpas familiares? ¿No es así colegas? ¡Ja!

Los cinco próceres parecieron relajarse en sus sillones.

-¡Bien joven! -Prosiguió el Decano- Le voy a presentar al tribunal. Este es el profesor Varela, catedrático de anatomía. (El barbudo de la esquina inclinó la cabeza levemente) El que está a su lado y al que usted parece gustarle por no tener familiares médicos es el profesor Verli catedrático de uno de los servicios de toxicología y obstetricia. Yo soy el doctor Nuez, Decano de esta facultad y encargado de estudios. A mi izquierda el profesor Escolá catedrático

de la otra sección de tocología y obstetricia y por último el doctor Castellón encargado de las ciencias Médicas, en este caso, claro está, tanto para hombres como para mujeres...

Hubo un breve silencio y no supe qué decir. Les miré y sólo me salió un instintivo. “A su servicio”

-¡Bien! -Prosiguió el Decano- A continuación iremos haciéndole algunas preguntas y deseo que las responda con sinceridad y sobre todo prontitud porque aún esperan otros siete opositores que aguardan fuera deseosos de pertenecer a nuestra facultad ¿Ha entendido?

-Sí señor.

La apreciación de que aún quedaban siete opositores por entrevistar puso otra vez serio al tribunal.

-¡Joven! Ya debería saber que me llamo Nuez y que además de Decano soy profesor.

-Sí profesor Nuez. -Rectifiqué-

-Vamos allá. ¿Profesor Varela quiere usted empezar?

Varela, el anatomista barbudo, carraspeó, me observó de pies a cabeza y acariciándose los negros rizos del mentón comentó.

-Vamos a ver joven... Según dice en sus escritos es usted originario de Tarazona. ¿Cierto?

-En efecto señor.

-¿Ha leído usted a los clásicos?

- A alguno señor...

-Yo también le permito que me llame profesor.

- Perdone. A alguno profesor Varela.

-¿Y quién es más de su agrado?

- Homero -Contesté sin dudar-

Otra vez hubo risas generales y como no adivinara la causa Varela se explicó.

- No haga caso de la cháchara joven. Es que a todos ustedes les gusta

Homero ¡Ja! Y hacemos apuestas... ¡Ja!

El Decano se entrometió

-¿Y a Séneca? ¿Ha escrutado usted a Séneca?

-Con menos fruición pero también... (La verdad es que no recordaba haber leído a Séneca)

-¿Y el Ingenioso Hidalgo? -Volvió a la carga el de la barba negra-

Dudé antes de responder. Recordé la petición de sinceridad y comenté sin tapujos.

-Lo he empezado cuatro veces pero no lo he acabado.

-¡Dios mío! Debe ser cierto ¿Acaso dicen que es una obra maestra porque nadie la ha leído entera?

Hubo más risas. El Decano Nuez lo miró con seriedad y Varela intentando acallarlas añadió...

- Pues le voy a decir una cosa, antes de estudiar el cuerpo humano deberá aprender su alma y sin leer el Quijote no podrá usted hacerlo. ¿No es esto lo que dijo nuestro maestro Sydenham al Dr. Blakemore? ¿No es así colegas?

El grupo de sabios asintió en silencio. Nuez varió el gesto. La seriedad había vuelto al estrado, pero Varela continuó.

- Aunque... No se preocupe joven, yo tampoco lo he conseguido acabar ¡Ja! ¡Ja! Por eso no entiendo a los hombres... ¡Ja!

El Decano volvió a mirar a su colega y le recriminó esa muestra de confianza que deslucía de algún modo la formalidad del acto. Luego atisbó hacia su izquierda y cedió el turno a Escolá.

-Yo señores haré pocas preguntas ¿Ha leído las Escrituras?

-No en toda su extensión profesor. -Respondí sin dudar-

-¿No ha leído el Eclesiastés?

-Parcialmente señor. Conozco algunas citas...

-Entonces seguro que recordará la de "*Vanitas vanitatum et omnia vanitas*" ¿No?

-Sí señor, esa sí...

-Pues téngala siempre a su lado. Si desea servir al hombre desde el grado de médico, téngala siempre presente, ella le ayudara a ser humilde y a soportar el dolor que va a rodearle ¡Otra pregunta! ¿Sabe usted qué hace un obstetra?

-Eso sí lo sé señor. Es el que hace los partos...

-¡Incorrecto joven! ¡Incorrecto!

Escolá se incomodó. Cruzó los brazos y tiró del puño izquierdo de su levita.

¡No los hace! Y sepa que a según qué edad ni puede provocarlos. El obstetra los atiende y los atiende haciendo de "obstetra" es decir, esperando, dejando que la natura actúe ¿Entiende?

Asentí con un gesto y se hizo un silencio

- Pues no lo olvide. Si trabaja conmigo valoro más la paciencia que la acción... ¿Y tocólogo? ¿Sabe a que se dedica un tocólogo?

Respondí que era el médico que se encargaba de las enfermedades de la mujer y entonces dio a entender que había terminado su intervención apoyando la espalda contra el respaldo del sillón.

Castellón me preguntó si conocía escritos de Wepfer, de Glyson, de Morton incluso de un tal Lanciri. No conocía a nadie de los mencionados y las respuestas negativas se amontonaron. Tampoco conocía la doctrina del neanimismo ni a qué se quería referir el calificativo de yatroquímico o yatrofísico.

-¿Pero de verdad no ha leído a Vesalio? -Amenazó con su tono de voz el encargado de las Médicas-

Me inquieté. Ciertamente era un ignorante de todo lo que fuera medicina. Nuez adivinó mi desazón y terció a mi favor.

-Queridos colegas, precisamente este joven acude aquí para formarse en lo que ustedes demandan. Si ya lo supiera no precisaría nuestras enseñanzas. ¿No es así? En cuatro años ya tendrá obligación y tiempo para leer a esos genios y supongo que llegara también a los fundamentos, porque si no me equivoco... Paracelso y Santorio tampoco son de su dominio ¿No?

Asumida mi incultura médica fueron haciéndome otro tipo de preguntas ajenas a esa ciencia. Indagaron si sabía traducir el latín, si conocía la situación política del estado, si había pasado enfermedades graves o vergonzantes, dónde me alojaba, cómo eran mis relaciones familiares... Me invadió entonces una sensación de inutilidad con respecto al acto al que me estaba sometiendo, pero lo cierto es que de entre el cúmulo de interpelaciones tres me inquietaron y las recordé durante un tiempo porque mis respuestas sí parecieron incomodar a los docentes. Una la propuso Castellón. El médico que lucía el lazo estridente

preguntó acerca del conocimiento que tenía de los sucesos de la Asamblea Nacional de 1789 en Francia y de su posterior primera república de 1792. Intuí que la respuesta era complicada. Puse un tono de humor diciendo que entonces tenía cinco años pero no fue suficiente. Debí decidirme y expresé que el triunfo del “Tercer Estado” no sólo estaba revolucionando Francia sino que iba a influir en el resto del mundo. Esta opinión produjo miradas entre los profesores. Castellón, más directo, me preguntó si era antimonárquico y si pertenecía al grupo de animales que justificaba la ejecución de Luis XVI. Iba a apuntar otra vez que cuando sucedieron esos hechos, en 1793, a mis nueve años, lo que más me interesaba eran los cuentos con los que mi madre me dormía, pero añadí que mi padre veía justa la causa del Rosellón y que, a pesar de que en su casa tenía más importancia el tempero y la hierba, él se consideraba monárquico y por tanto monárquica era la familia.

-Pero ¿Y usted? ¿Tendrá formada una opinión? -Insistió Castellón-

La verdad es que me interesaban poco las locuras diplomáticas y todavía no me había planteado qué pastor era el más adecuado para apacentar los borregos. Les comenté que para mí era necesario popularizar la cultura, llevarla a las casas y añadí que participaba de los comentarios vertidos en diversas gacetas con respecto a las intenciones de Napoleón y más aún con la entrada amistosa de los franceses cada vez más presentes en las calles de España. Castellón quedó con cara circunspecta y Nuez hizo un gesto de desasosiego. Cuando creí que la sesión había terminado, el mismo Nuez recuperó la palabra cedida y me preguntó si había leído Werther. No lo había hecho y a ellos les satisfizo porque según opinaron era una obra escandalosa. Con esa crítica me prometí que, así gastara cinco sueldos, debía hacerme con toda la obra de Goethe y no

sólo iba a leerla sino a estudiarla. La última interpelación la propuso el profesor Varela, el mismo que había comenzado. Formuló la cuestión poniendo tanto interés que llegó a inquietarme. Me preguntó si había visto algún cadáver. Le respondí que el de mi tío y el de un cura que expusieron por sus méritos de santo en la catedral de Tarazona. Hubo alguna sonrisa.

-¿Y algún cadáver seccionado? -Añadió-

-No señor... Quiero decir. No profesor Escolá.

-¿Soporta usted la visión de la sangre?

Recordé los coágulos gelatinosos de mi tío sobre el suelo y respondí sin mucho aplomo.

-Creo que sí...

-¿Cree?

-Sí. Los soporto. No tengo aprensiones ni soy pusilánime.

-¡Bien! En este trabajo eso es una virtud.

Me advirtieron que harían llegar su decisión mediante un correo al domicilio que había reseñado y me invitaron a salir. Así lo hice y otra vez crujió la tarima. Cuando traspasé la puerta, los que aún esperaban, me increparon con la mirada para que les comentara algo de lo sucedido pero el bedel no me dejó permanecer con ellos y me condujo hasta el vestíbulo principal desde donde me encaminé hacia casa de tía Teresa. No le había dicho que ese día iba a tener la entrevista para no inquietarla, de ese modo tampoco tuve que explicar como había discurrido ¿Y cómo había discurrido? La verdad es que si debían decidir mi admisión por lo que me habían preguntado pocos motivos iban a tener tanto para aceptarme como para repudiarme. De todos modos pensé que mis

comentarios acerca del beneficio de la cultura francesa en España no me iba a beneficiar ¡Daba igual! Todo estaba hecho y si era repudiado no iba tampoco a gemir de dolor.

A los tres días llegó un joven portando una carta según la cual se me acogía como asistente de primer grado y se me ponía a recaudo del Dr. Verli, el huesudo que había bromeado con el motivo que me impulsaba a estudiar la ciencia médica. En el mismo escrito se me citaba para que me presentara al día siguiente en el pabellón letra A, de obstetricia de la facultad, provisto de batón rayado, pañuelo blanco y calzas de suela blanda. Miré al joven que había traído el correo y le pregunté si era necesaria respuesta. El mozalbete, que se llamaba José, contestó que no era preciso y que “adeemás estaaaaba liiibre”

-¿Qué? -Añadí extrañado-

-Quee estooy liiibre. Señor...

El desparpajo con el que me habló me hizo esbozar una sonrisa. José debía estar acostumbrado y no se molestó.

-Quee...Quee... Estoy liiibre.

-¿Libre? ¡Claro! -Añadí- La esclavitud hace tiempo que fue abolida en España.

José no me entendió. Pensé que estaba esperando un estipendio pero ni llevaba la bolsa conmigo ni la tenía tan henchida como para hacer alardes. Agradecí el servicio con palabras pero el chaval, con su calzón ancho hasta las tibias sujeto por un tirante cruzado y la camisa embutida siguió allí. Se me ocurrió que, como no podía recompensarlo con monedas, debía al menos hacerlo pasar y ofrecerle algo de comer. José traspasó el zaguán aferrando el gorrete entre las manos y se curvó ligeramente significando timidez y humildad. Lo acerqué hasta la cocina y le ofrecí un cuenco con leche y una rebanada de pan.

-Graaacias... No, no tengo muuuucha hambre. ¿Tiiiene vino?

-¿Vino? ¿Ya bebes vino?

-¡Toooma! ¿Queé si no?

La verdad es que no sabía dónde se guardaba el vino pero aunque lo hubiera sabido tampoco le hubiera dado ¡Quince años y sin acompañar a la comida...!

Cuando iba a comentarle los peligros de la bebida... Apareció tía Teresa.

-Hola sobrino, hola José.

El mozalbete botó de la silla y saludó con rapidez. y además de corrido.

-A las buenas doña Teresa.

-¿Le conoces tía?

-¡Claro! ¿Quién no conoce a José? Es uno de los chicos más trabajadores del barrio.

-Graaaacias doña Teeeresa.

-¡Siéntate! Siéntate José y usa la hospitalidad que mi sobrino te ofrece.

Luego me contarás qué te trae por aquí.

El zagal mojó el pan en la leche y se lo comió, sin rechistar y por supuesto sin insinuar nada del vino.

-Tía. -Intervine yo- Este joven me ha hecho llegar una carta de la facultad en la que se me comunica mi aceptación para iniciar los estudios y se me pone bajo la tutoría del profesor Verli.

- ¿El famoso tocólogo? -Contestó con sorpresa mi tía- ¡Enhorabuena hijo!- ¿Serás tocólogo?

-Bueno... No sé si deseo ser eso pero da igual, empezaré por esa rama y luego cumpliré con las demás...

- ¡Qué alegría sentirá tu madre cuando se lo hagamos saber!.

- ¡Sí! La verdad es que mamá se alegrará del resultado de la entrevista.

Mañana mismo le escribiré.

-¿A qué entrevista te refieres?

-Hace tres días me entrevistaron en el Paraninfo.

-Pero... ¿Y no habías dicho nada?

Mi tía se incomodó.

-Perdona tía. No te quise preocupar...

-¿Preocupar? Que sea la última vez que algo importante te afecta y no me lo comunicas ¿Entendido? Bueno... ¿Y si no eres tocólogo que querrás ser?

No tenía la respuesta y me vino bien que en ese momento aparecieran Margarita y Pilar.

- ¡Hijas! ¿Sabeis que vuestro primo ha sido admitido en la Facultad?

- No lo sabía madre -Contestó Margarita- pero tampoco dudé en ningún momento que lo lograra.

- Gracias por tu confianza querida prima... -Añadí mirándole a los ojos- Era difícil saber si los ademanes medidos de Margarita procedían de una elegancia innata o formaban parte de su educación. Sea como fuera, mi prima era dulce, frágil y comedida, e intuí que también era tímida porque los rubores en las mejillas no aparecen por urbanidad. Todo lo contrario a Pilar, que haciendo contrapunto sonaba como un cascabel.

- ¿Y verás muertos desnudos primo? -Sonó la campanilla-

- ¡Niña! ¿Qué pregunta es esa? -Reprochó tía-

- Mamá... Los estudiantes de medicina tienen que ver muertos y los muertos están desnudos.

- Claro que vemos muertos... -Tercié- Pero a ellos no les importa estar desnudos.

- ¿No pasan frío?

- ¡Ya está bien! - Interrumpió tía-

- ¡Mamá! ¡Siempre tengo que callarme!

- Cuando se preguntan impertinencias hay que callarse. Y dime Alonso, si no haces ginecología ¿Qué harás?

-No sé, igual me dedico a la Medicina Militar.

-¡Ah no! Eso no. Médico Militar ¡No! ¿Para reparar deshechos? ¡No! O bien tocólogo o médico general pero militar no.

-Bueno, ya veremos tía. Aún falta tiempo y la verdad es que estoy algo despistado. Aquí me dicen que acuda con batón, pañuelo blanco y calzas de suela blanda ¿Dónde puedo encontrar esto?

Mi tía miró a José y le preguntó.

-¿José estás libre?

-Sí señooooora. Eeesto venía aaaa decirrre.

-¿Libre? -Volví a extrañarme-

-Sí. Libre. -Apuntó tía Teresa- José trabaja de “ayuda”

-¿De qué?

-De ayuda. El se encarga de preparar el instrumental a los estudiantes, de tenerlo a punto, de adecentarte la ropa de trabajo... Y de... ¡Pilar ve al salóncito!

- ¡Mamá! ¿Por qué tengo que irme siempre yo?

- Vamos Pilar - Ayudó Margarita-

- Sin rechistar... -Continuó tía- Está niña... José también se encargará de proporcionarte y mantener a punto un cadáver ¿No es así José?

- Siii Señora.

- ¿Un criado? -Añadí ignorante-

José tragó rápidamente el pan mojado en leche y varió el gesto.

-¡Eeee eso no! ¡Criado nooo! Yo sólo ayudo a lo que se refiere a la actuación profesional. Las atenciones ajenas a la facultad se cobran aparte.

Creí que José era, o mejor hacía de, ayudante para que el flamante y futuro doctor no tuviera que realizar tareas tan bajas como transportar el maletín, lavar el pañuelo o pulir las calzas. Pero no era así. Tras explicarme sus funciones acepté que no era un lujo, era una necesidad, como tía había comentado, sin él no se te asignaba cadáver puesto que alguien debía encargarse de su cuidado y atavíos... ¿Quién iba a hacerse cargo de las vísceras cuando se pudrían? Además, ¿Quién iba a responsabilizarse del muerto cuando había que orarlo para que resistiera los cursos sucesivos? José era imprescindible, sin él no se podía acceder a las “magistrales” porque era el encargado de convencer al ujier de que tu presencia era imprescindible. Sin José era imposible conseguir plaza en la concurrida biblioteca o reservar plato en la taberna. Sin José eran imposibles las pequeñas cosas en las que no había reparado. Además los “José” escaseaban de ahí que la frase “estar libre” era más una ofrenda que un ofrecimiento. Era un afortunado y debía sentirme agradecido.

-Está bien. Nada de criado. Sólo me queda una pregunta. ¿Cuánto cobras?

Tía Teresa se adelantó.

-Eso no te importa. Estando en mi casa José trabaja para mí. Ya me entenderé con él.

-Pero tía no puedo permitir... Mi padre no permitiría.

-No se hable más. Y si me entero que tu padre tiene conocimiento de esto... ¡Has de saber que ya lo tenía concertado con tu madre! ¡Escríbeles y cuéntales la buena nueva! Pero no comentes estos detalles... ¿Entendido?

Al día siguiente, primeros de Abril, a las ocho horas, José estaba esperándome en la puerta. Tuvo que arrebatarme el maletín porque no quería cedérselo. Tenía que acostumbrarme. José pasó a ser una extensión a mi derecha pero treinta grados atrás porque, por mucho que le rogara, no quería caminar mi lado. Con todo le obligué a que me apareara el tratamiento de usted y le conminé a que fuera totalmente sincero conmigo. Y así lo prometió.

Mi prima Margarita me había aprestado un pañuelo blanco y José había traído un batón y dos calzas. Me dejó en la puerta del pabellón A y comentó que volvería a la una del mediodía.

-Tuuu mueerto me está dando muuuchos quebra...quebraderos de cabeza auuuunquee él tiene más. ¡Ja!

-¿Qué quieres decir? -Pregunté-

-Puees que... no esss... no es fácil encontrar muuertos por estas fechas.

Haaasta lueeego.

En la antesala esperaban otros dos estudiantes.

-Buenos días -Saludé-

-Buenos días si tú lo dices -Contestó el más delgado y rubio-

-¿Siempre son buenos días no?

-Depende de como venga Verli. Me llamo Ignacio y hago segundo. Te lo digo porque conozco al viejo.

-Yo soy novel, me llamó Alonso y a Verli sólo lo conozco de la entrevista.

El otro también era novato pero ni siquiera dijo su nombre.

-¿Tan mal genio tiene? -Insistí-

-Depende. Le da a días. ¡Venga! Vestíos antes de que aparezca.

Me fijé en el atuendo de Ignacio y le copié. Lo mismo hizo el compañero mudo. Me quité los zapatos de hebilla, me puse las calzas y até el batón por la espalda. Luego deposité el pañuelo en el bolsillo del pecho y lo dejé en abanico como lo llevaba el veterano.

-¡Uy! Que pañuelo más fino. -Ironizó Ignacio-

No me había dado cuenta pero, con hilo rojo, llevaba bordada una flor de lis y dos iniciales. Una “M” y una “T”

-Seguro que hasta huele a perfume.

Sin ofenderme lo arrebuje y lo introduje hasta el fondo del bolsillo.

-No es para amoscarse hombre...

Iba a responder pero en ese instante apareció Verli. Nos saludo con crudeza y mientras el bedel le ponía la bata, ésta de color blanco y sin rayas, nos observó con mirada distante.

-¿Nuevos? -Preguntó a Ignacio-

-Sí profesor. Son...

Ignacio no recordaba mi nombre así que me adelanté.

-Profesor yo...

-¡Ah! Ya recuerdo usted es el benefactor de la humanidad. ¿Cómo dice que se llama?

-Alonso López. Alonso López de Molina

-Muy bien. ¿Y usted? -Inquirió al otro que seguía igual de mudo-

-Me llamo Manuel Casas, profesor.

El bedel trajo un vaso de agua. Verli se lo llevó a la boca y cuando contrajo los carrillos para sorberla me pareció una calavera revestida de cuero. Luego secó sus labios y comentó.

-¡Perfecto! Hoy los nuevos que miren ¡Vamos allá!

Cuando el profesor volvió la puerta comprendí la utilidad del pañuelo. Me dieron ganas de extraerlo y aplastarlo contra la nariz, tal era el hedor que contenía la sala, mezcla de sudor, aire consumido y heces. Ignacio estaba acostumbrado y no digamos Verli, pero Manuel y yo contuvimos la respiración hasta que, la visión de lo que apareció ante nosotros, hizo del mal olor una insignificancia.

La sala, casi en penumbra, contenía veinticuatro camastros, doce apoyados contra la pared derecha y otros doce contra la izquierda. El techo, de doble vertiente, enseñaba las vigas de madera y en el suelo, un enlosado con arabescos disimulaba la suciedad que contenía. El pasillo central permitía sólo la circulación de dos personas y abocaba a una sala que hacía de almacén y de alojamiento para el personal que allí pernoctaba. Entre camastro y camastro

sólo la distancia necesaria para que cupiera un carro de curas y una mesilla que había de ser compartida. Ningún lecho estaba libre, todos ocupados por mujeres de diversas edades mirando inmóviles al techo como si en él estuvieran escritos los minutos que les faltaban para morir o para ser dadas de alta. De la ventilación se ocupaban tres ventanas, una frontal, dos laterales, y curiosamente las tres cerradas.

-¿Puedo abrir una ventana? -Comenté-

Y como si hubiera blasfemado o contradicho alguna ley natural me gané la primera reprimenda de mi carrera. El profesor Verli se volvió hacia mí y golpeándome con los ojos espetó.

-¡Antes de entrar le he dicho que mire, no que hable! ¿Entiende?

El grito saco del letargo a la más cercana de las acostadas y ladeando la cabeza nos miró. Verli sonrió sin ganas pero ella no correspondió a la sonrisa, volvió a situar la frente en dirección al techo y quedó ensimismada.

Del cuarto situado al fondo salió una monja entrada en carnes y en años. Se acercó y saludo a Verli.

-Buenos días profesor... Antes de que pase la sala... Me preocupa una paciente... Parió ayer y esta noche ha tenido mucha fiebre.

-Veamos, veamos... -Se interesó el maestro-

La hermana señaló un lecho y Verli dirigió la procesión hasta el mismo.

Primero él, luego la monja, tras ella Ignacio y los novatos los últimos.

La mujer estaba sudorosa, pálida y mostraba una expresión de dolor.

-Señor Vélez -Inquirió Verli-

Ignacio Vélez se colocó al lado de Verli y esperó.

-Explore usted...

Ignacio se acercó a la mujer palpó su frente, le tomó el pulso y miró sus pupilas.

-¿Qué le parece? -Volvió a la carga Verli-

-¿Puerperales?

-Demasiado pronto para ser puerperales. -Afirmó el profesor rotundo-

-¿Tifus?

-¡Tifus! ¿Ha visto alguna vez un enfermo de tifus?

-No señor. -Contestó Ignacio-

-Entonces no diagnostique lo que aún no ha visto. ¿Qué debe buscar si sospecha unas fiebres puerperales?

Ignacio enmudeció. Yo estaba atónito. La mujer, consciente, nos observaba como si fuéramos verdugos, matarifes, como si acudiéramos allí para ordenarle cómo y de qué tenía que enfermar. Ni siquiera la habíamos saludado. Me hubiera gustado cogerla de la mano y preguntarle su nombre pero no me atreví. Era el último grumete y estaba sólo para mirar. Por vez primera Verli habló con la paciente.

-Señora. Soy el profesor Verli. Tiene usted dolor en algún sitio.

La mujer miró a Verli y preguntó.

-¿Mi hijo?

-¿No entiendo?

La mujer gritó.

-¡Mi hijo!

La monja se acercó azorada hasta la oreja del profesor para decirle en secreto lo que todos oímos. Su hijo, el niño que había parido la noche anterior, había muerto durante el parto. Verli ni se inmutó.

- Ya hablaremos de su hijo. Ahora contésteme. ¿Dónde le duele?

La mujer no tenía otro dolor que la sospecha que le consumía por eso no contestó, sólo extendió el brazo, deslizó la sábana y sus pechos quedaron al descubierto. Señaló el izquierdo y Verli confirmó que ahí podía estar la causa de su fiebre.

- ¿Lo ven? Es un pelo que ha hecho absceso.

Se dirigió a la monja y le pidió que trajera el carro de curas. Cuando ésta volvió lo hizo con cuatro ruedas chirriantes que sostenían una estructura metálica herrumbrosa, sobre la que tintineaban algunos instrumentos quirúrgicos ¡Sí! Era un absceso que Verli, tras atar a la paciente, abrió para que expulsara un pus achocolatado con un olor tan pestilente que nos obligó a utilizar los pañuelos. El perfume de Margarita alivió la náusea incontenible pero el otro novato, que no debía tener una prima tan cerca, cayó enroscándose lentamente. Nadie le prestó atención. Verli seguía urgando en el pecho de la desgraciada, que al poco, y tras varios ayes lastimeros también se desmayó. Ignacio empapaba gasa tras gasa en la sangre que fluía generosa. Cuando la intervención hubo acabado el compañero novel aún no se había recuperado. Verli se dio entonces cuenta de lo sucedido y mirando a Ignacio sentenció.

-No lo quiero en mi pabellón. Dígale que estudie Filosofía. Y usted, no diagnostique unas puerperales sin encontrar antes las máculas de San Telmo. ¿Entendido?

Luego, sin esperar a nadie, enfiló el pasillo y antes de salir comentó.

-Sr. López quiero hablar con usted a las doce en mi despacho.

Ayudé a levantarse al compañero expulsado e Ignacio le acompañó hasta la puerta donde debió comunicarle la decisión de Verli y convencerle de que, tal

vez, era mejor dedicarse al estudio de los clásicos. La enfermera volvió a empujar el carro y mientras se alejaba miré a la mujer todavía inconsciente. Su nariz afilada aleteaba apuntando al techo. Si no hubiera sido por ese movimiento hubiera jurado que estaba muerta.

Hasta las doce quedaban casi dos horas. Aunque las narices ya se habían acostumbrado, el ambiente lúgubre del pabellón y algún que otro quejido aislado, me invitaron a que lo abandonara. Ignacio estaba sobre las escaleras exteriores. Me senté a su lado y le pregunté qué eran las máculas de San Telmo. Dolido por la recriminación que Verli le había hecho comentó que eran unas manchas moradas, del tamaño de un doblón, que aparecían en diversos lugares del cuerpo en los casos de fiebres puerperales.

-Cuando aparecen puede decirse que en veinticuatro horas la muerte es cierta.- Añadió-

Ignacio no estaba afable. Me dejó sin despedirse y cuando estuve solo una extraña sensación me poseyó. No era desánimo, no era temor, era soledad, soledad ante las preguntas que por docenas se agolpaban frente a mí ¿Qué hacía allí? ¿Para ser médico había que perder la caridad? ¿Era obligatorio bañarse en la miseria humana? ¿Dónde estaban los días en los que clasificaba insectos? ¿Dónde las ganas de perseguir a un potro para montarlo y sentir su sudor en las manos? Ese sudor con olor a vida no como el que todavía impregnaba mis narices. Recordé lo que me había dicho mi madre... “El miedo se vence con más miedo” Pero ¿También la desgracia se debía vencer con más desgracia? Volví a oler el pañuelo de Margarita y fue como si tras una mancha de estiércol

se hubiera colocado una espiga verde. Cerré los ojos y apareció un trigal extenso inclinado por el vientecillo...

Una mano en el hombro me extrajo de los recuerdos. Era José. Había traído dos trozos de pan con dos lonchas de queso. Nos alejamos hacia el jardín y sentados en un banco empezamos a comer.

- Uuuna bueena manduca pooor la mañana y nada amilaaana. ¡Ja!

No reí el comentario. Seguí masticando.

- Pues paaara ser el primeeer día a...aún tienes apetiiiiito. Con otros teeengo doooble ración.

El pan se hizo denso y no pude tragarlo. José se dio cuenta y extrajo una bota de la bolsa. Me la acercó como si ofreciera oro y me animó a beber.

- ¿Qué es?

- Queee va a ser. ¡Viiiino!

- No bebo vino y menos a estas horas.

- Puuues ahógate.

-¿No llevas agua?

- Paaara las raaanas.

- Está bien.

El vino alivió la sequedad de boca y su aroma arrastró el olor a pus que aún me quedaba en la nariz. Repetí el trago y José me quitó la bota.

- Nooo lo apures quee tiene que duuuurar tres, treees días.

Entonces sí que sonreí.

- José...

- ¿Siii?

- ¿Cuánto te paga mi tía?

- ¿Eh?

- Me has oído. ¿Cuánto te paga mi tía.

- Nooo pueeedo decírtelo. Mee lo ha prohibido.

José no respondió. Masticaba ruidosamente y bebía a tragos largos sin considerar cuánto tenía que durar el vino.

- ¿Crees que podré?

- ¿Qué?

-Hacerme médico.

- Nooo sé. Pero he llevao a muuuchos y niinguno se termina el paaan y el queso eeel primer día.

- José... ¿Cuánto te paga mi tía?

- ¡Tozudo eeeres eh! Por tozudo ya teee harás gaaaleno; Ya! ¿Taaanto te importa?

- Sí.

- Puees looo suficiente yyy menos de lo que imaaaginas.

- Lo digo porque si no puedo hacerme médico de algún modo tendré que ganarme la vida.

José carcajeó.

- Deee mi oficio ¡Ja! No vales, yo soy caaarroña y tu seso escogido.

- No podré. Seguro que no podré lograrlo...

José dio otro trago. Cerró lentamente la bota, dejó sobre el banco el pan que le quedaba, se puso de pie, inspiró y comentó

- Me has diiicho que pueedo hablartee con tota...total confianza ¿No?

- Por supuesto...

Entonces lanzó de corrido...

-¡Mira niño fino! Yo soy hijo de puta, mi madre era santa pero, no conocí a mi padre. Aparento quince años pero tengo dieciocho y es así porque sólo probé la leche cinco horas. Luego todo fueron mendrugos y golpes. Soy un expósito venido a más pero... ¿Sabes qué hubiera querido ser?

- ¡José! No has tartamudeado. -Comenté sorprendido-

- Meee pasa a veces cuaando me enfado. ¿Saabes que hubiera querido ser?

- No.

- Pues profesor de anatomía. Pero apeenas se hilar treees frases juntas ¿Entiendes? ¿Y saabes porque ayudo a novatos?

- No.

José tragó saliva y volvió a lanzarse

- Porque me di cuenta de que les hacía falta. Sí. A esos eruditos amantes de Platón y Galeno les faltaba la mano sucia que preparara el camino...

- José no te enfades...

- Eees igual. ¡Mejor! Así no tarta, tarta, tartamudeo

- ¡Cálmate!

- No. No meee voy a calmar... Tú. Sentado ahí, en el primer día y sin vómitos y dices que lo vas a dejar. Tú que has tenido la suerte de cenar todos los días... ¡Mírame! ¡Ponte de pie! Tus piernas son tan anchas como mi cuerpo y tus sesos dobles que los míos. ¿Y ahora me dices que quieres hacer lo que yo? ¡Levántate!

Los ojillos negros de José brillaban entre parpadeo y parpadeo. Le obedecí y me puse frente a él. No llegaba a la altura de mis hombros. José cerró los puños y continuó.

- ¿Sabes por qué tú eres maaas alto que yo?

- Pues...

- Porque has recibido mejor trato.. No digas que abandonas porque si los biennacidos no ayudan a los pequeños entonces agrandan y justifican la injus... la injusticia ¿Entiendes? Devuelve algo de lo que te han dado y el muuundo tendrá menos enanos como yo.

Eran demasiadas emociones para tan pocas horas. Sentí otro bolo en la garganta pero no era de pan. Me abracé a José y lloré sin ruido.

Yo era el niño que añoraba su caja de insectos y sus prados amarillos y José el hombre que me había dado una razón para asumir, como profesión, la lucha contra el dolor y la miseria. La razón más sencilla, la de repartir un poco de lo que el destino me había brindado por azar. Algo tan elemental como ayudar a los demás por nada, sólo por que sí, porque a mí ya se me había ayudado. Era lo mismo que el “ayudar a la humanidad” pero antes no sabía la razón y ahora comprendía que no hacía falta razón alguna.

- José...

- ¿Síiii?

- No sé cuánto te paga mi tía pero sea lo que sea seguro que vales más.

Y seguí abrazado a él pero cambiando la pesadumbre por una sonrisa.

A las doce menos cuarto estaba esperando frente a la puerta del despacho de Verli. La madera vieja me miraba con sus nudos y creí oír sus crujidos. Me

puse en pie y miré a través del gran ventanal que daba al patio. Dos cipreses solitarios se lanzaban al cielo inmóviles. Oí pronunciar mi nombre y al volverme observé que la puerta nudosa se había abierto y un bedel esperaba. Me acompañó a otro recinto y a los pocos segundos apareció el profesor Verli.

-Pase, pase, señor Pérez.

- López... Profesor Verli. Me llamo López.

-Disculpe, ya sabe, tantos alumnos y tantos años...Tome asiento, tome asiento. Y bien... ¡Ah! Claro le había citado yo. Es verdad... ¿Así que usted quiere ser médico?

- En efecto.

- ¡Ya! Y la razón también la sé. Me acuerdo... ¡Ji!

- No. No es la misma que la que dije el día de la entrevista.

- ¿No? ¿Ya ha encontrado otra?

- Sí.

- Y cuál es si se puede saber.

- Ninguna en especial. Si acaso devolver algo de lo que se me ha dado e intentar mejorar lo que hay.

- Nada más ni nada menos... ¿Eh? Me parece bien pero hasta que aprenda algo más no cambie usted muchas cosas ¿De acuerdo?

Quedé en silencio y el profesor se sentó a mi lado.

- ¿Sabe? En los tribunales de admisión nos guiamos más por la intuición que por los escritos o las recomendaciones. La verdad es que su curriculum no era excesivamente brillante... ¡Pero! Yo aposté por usted ¿Y sabe por qué?

Negué tímidamente con un gesto

- Porque aparenta usted ser sincero ¡Sí! Creo que ya se lo dije el día de la entrevista. Hubo otra razón pero esa quiero que la adivine.

El silencio del patio, al que también comunicaba el despacho del profesor, se adueñó de la habitación.

- ¿Que adivine yo?

- Exacto ¡Piense! Hay que pensar muchacho, hay que pensar...

- ¿Porque esta mañana no me he desmayado?

- No. Eso, como ha visto es definitivo. No se puede ser militar si uno huye de los disparos ¡No!

Seguí en silencio hasta que el profesor desveló la incógnita.

- Porque no tiene usted ningún pariente o familiar que se dedique a la medicina ¿Le extraña?

Me extrañaba que esa fuera una razón y mi cara así lo debió reflejar.

- Mire usted. Si debo ser su tutor, si debo esculpir en usted un médico, prefiero que no haya distorsiones... ¿Entiende ya?

- Sí -Contesté-

- La medicina es una ciencia y un arte complejo. Yo no soy de los que creen en cualquier adelanto. He visto pocos a lo largo de mi carrera. No los niego pero para mí sigue siendo válido el Corpus Hipocráticum ¿Lo conoce?

- Parcialmente.

- Claro que en muchos aspectos, sobre todo en anatomía, puede estar desfasado pero en esencia, en esencia aún es válido o al menos me vale ¿Y a usted?

- No sé. No he ahondado en él. Como referencia he oído que aún puede tener algo de utilidad...

Verli se puso en pie y no disimuló su incomodidad.

- Aún es pronto para que critique a Hipócrates. Tiempo habrá. Es usted algo impulsivo pero eso también es propio de la juventud. Una virtud pero también un defecto si no se sabe controlar, por eso le ruego que, hasta que yo se lo permita se abstenga de apreciaciones como la que ha hecho usted esta mañana. ¿Recuerda cuál?

- No señor.

- Pues la de abrir las ventanas del pabellón.

- Señor puedo decirle que yo hice ese comentario para ayudar.

-Lo sé, lo sé. Pero atiéndame. ¿Ha leído usted el tratado sobre “Miasmas y Ubicuos” de Biencini.

- No señor.

- Pues yo se lo prestaré. Usted sabe traducir del latín ¿No? En la entrevista dijo que sabía.

- Sí claro.

- Está bien, ya lo traduciré, pero le adelanto algo de su contenido. En este trabajo se confirma que el mal febril se transporta en forma de miasmas y éstos sólo pueden cabalgar en el aire dada su levedad ¿Entiende? Los miasmas son universales y se encuentran en todos los aires ¿Me sigue?

- No señor. Puede que los miasmas sean universales pero no entiendo por qué no abre las ventanas...

- En primer lugar nadie le ha dicho que no las abra. Así que deje que le explique ¿Asume conmigo que la sala está repleta de miasmas?

- Sí, creo que sí... Puede.

- ¿Asume también que en el exterior existen los miasmas?

- Según la teoría sí.

-Ergo ¿Qué pasaría si a los miasma internos les añadimos los externos estando las enfermas presentes? Claro que estoy conforme en descargar la sala de miasmas pero no con las pacientes en su interior. Mando abrir las ventanas pero cuando la sala está vacía ¿No cree que sería peor el remedio que la enfermedad? ¿No cree que añadir miasmas externos a los existentes doblaría la potencia de los mismos?

Iba a responder que en todo caso los miasmas nuevos olerían mejor que los interiores pero me callé.

- ¿No responde? ¡Claro que se ventila la sala! Una vez al mes. Pero entonces ninguna enferma la ocupa, son trasladadas al pabellón accesorio donde permanecen unas horas. Si abriéramos las ventanas todos los días nos quedaríamos sin pacientes ¡No lo dude!

- Pero morirían más a gusto ¿No? -Se me escapó-

Creí que mi carrera había acabado antes de empezar pero Verli se tomó como broma el comentario.

- Veo que tiene sentido del humor. Eso es bueno. Pero en serio ¿Ha entendido mi razonamiento? ¿Comprende también por qué no permito la entrada en la sala de más estudiantes o de familiares? Porque incrementan el número de miasmas.

- ¿Y el doctor Escolá, en el pabellón B, también sigue la teoría de los miasmas?

- No del todo y así le va, pero no quiero opinar de un colega ¿Qué años tiene señor López?

- Veinte profesor.

- ¡Qué suerte! Según me consta hizo el bachiller en su casa y además de latín lee y traduce el griego.

- El griego sólo un poco señor.

- Ha hecho trabajos de entomología ¿No es así?

- Cierto.

- ¿Y es usted muy amigo de las clasificaciones?

- Creo que son necesarias para ordenar lo que vemos.

- Pues con los enfermos le servirán de poco. Cada enfermo es especial e inclasificable ¿Tiene alguna otra afición que deba conocer?

- No me disgustan las matemáticas.

- ¡Ah! Las matemáticas. Con la medicina “óleum et aqua” no se pueden mezclar ¿Y qué ha leído de matemáticas?

- La verdad es que últimamente poco pero conservo un libro recién traducido del alemán que mi padre me regaló y que considero muy interesante. Se titula “Disquisiciones aritméticas” de Friedrich Gauss.

- ¿Sí? Y dice algo llamativo.

- Bueno... Aplica los números en el recuento de eventos individuales y afirma que todos siguen una distribución similar.

- ¡Ya! Lo que digo. “Oleum et aqua” ¡Bien! Quiero que sepa que voy a poner mi ilusión en usted y que no sólo esté en mi deber enseñarle obstetricia sino que debo procurar su formación como médico completo y por ello le ruego que, aunque la mayoría de las horas trabaje en mi pabellón, no descuide otras disciplinas, sobre todo la anatomía, fundamento para adquirir cualquier habilidad quirúrgica ¿Tiene usted habilidades quirúrgicas?

- No señor.

- ¡Ya las adquiriré! Lo importante es que no se desmaya al ver pus.

- Señor... Desmayarme no pero casi vomito.

- Pero no lo hizo y eso significa control. Si no se tiene control ante un exudado, por desagradable que sea, cómo se va a tener control ante el dolor humano, y créame va a ver mucho.

Verli debió observar mi cambio de facciones.

- No se amilane. Al principio todos hemos sentido alguna repugnancia pero le voy a contar un truco. Ante lo más inmundado que usted encuentre obtenga fuerzas pensando que esas heces, esos vómitos biliosos o esa sangre corrompida pertenecen al ser que más ama ¿Cuál es el ser que más ama?

- No sé. Tal vez mi madre.

-Pues piense siempre que está ayudando a su madre o aún mejor que esos productos pertenecen a su madre, verá como el asco desaparece.

- Señor... ¿Vale la pena hacerse médico.?

El profesor Verli se volvió y miró por la ventana.

- Sí hijo. Sí vale la pena. A pesar de saberse derrotado antes de plantear la batalla vale la pena ser médico. El hombre es cuerpo y alma, cuidar esa parte material es más ingrato que atender su espíritu, pero igual de necesario porque uno sin otro no son nada. Cuando sostienes, tras una larga noche, un niño que hubiera muerto sin tu concurso te sientes instrumento divino, cuando cierras los ojos del que, al menos has aliviado, algo ensancha el alma y se ve todo más claro. Algo inexplicable que algún día usted sentirá, algo que le dirá que ha valido la pena, que a pesar de todo ha valido la pena. Sé de sus temores. A través de las enfermedades se le mostrará su propio, y espero que lejano, destino, porque también usted está hecho del mismo barro que los desgraciados

a los que deberá atender. Ser médico no confiere la inmortalidad. Ser médico confiere el conocimiento y para nosotros no valen las ilusiones ni las falsas esperanzas. El conocimiento origina angustia... ¡Sí! Eso es cruel.

Hubo un largo silencio.

- ¿Ha dado usted compromiso matrimonial?

- No señor.

- Mejor. Las mujeres distraen los quehaceres. Yo recomiendo que hasta no acabar la carrera no se den en compromiso. El matrimonio exige ingresos regulares y usted debe pensar que, además de dormir poco y trabajar mucho, no los tendrá hasta alcanzar el cuarto grado ¿Vivirá usted en la ciudad?

- Sí señor. Me alojo en casa de una tía.

- Muy bien. Con la intendencia cubierta su dedicación podrá ser total.

¿Tiene otros libros además de ese del tal Gauss?

- Alguno me he procurado señor.

- Además de la biblioteca de la facultad tiene usted la mía a su disposición. No permito que saquen los volúmenes pero puede usted acceder a ella cuando lo desee.

- Se lo agradezco.

- Una última observación. Cuando tenga confianza en usted me acompañará a las atenciones en domicilio; esas son retribuidas y recibirá algún dinero, pero lleve por delante que para un médico no hay festivos. Dios no dijo: “Y el séptimo descansarás” Dijo, “El séptimo descansarán todos menos los médicos”... ¿Entiende?

- Sí señor.

- ¿Conoce el plan de estudios?

- No.

- Lo creo, lo creo... No existe un plan definido. Nuez sigue elaborándolo. Como le he dicho usted estará bajo mi tutoría de forma permanente. Tras cada año obtendrá un grado. En el ecuador de su carrera se le dotará con el nivel medio. Con él podrá trabajar en algunos campos. Al final, si todo acontece como debe, obtendrá la licenciatura. Ésta se consigue mediante defensa de un trabajo. Una vez en su poder podrá usted vivir de este arte, pero no espere abundancias. Son pues cuatro años si todo marcha bien. Algunos necesitan cinco, otros seis, pocos siete ya que si a esas alturas no se es capaz, suelen abandonar. Yo intuyo que con usted no habrá dificultades. ¿Alguna duda?

- No señor.

- Pues nada joven ¡Adelante! Y como decía un sabio francés, que a pesar de su barbarie allí también los tienen, recuerde que; *“La génie n’est qu’une longue patience”* Por cierto ¿Francés? ¿Dijo usted que también sabía francés?

- No señor.

- Pues al paso que vamos tendremos que aprenderlo todos. Puede retirarse.

Verli se sentó en su mesa y movió algunos legajos. La entrevista estaba concluida. A la salida encontré a Ignacio. Me estaba esperando.

- Disculpa que antes no me despidiera. Ya estoy mejor ¿Qué tal ha ido?

- Bien. Parece un hombre equilibrado y sabio.

- Sabio y trabajador. Ya verás. En cuanto adquieras algo de destreza en los partos te vas a cansar de traer niños al mundo.

- ¡Ya! Me ha dicho que en su pabellón no admite muchos colaboradores.

- Así es. Eso y la manía de abrir las ventanas una vez al mes es lo que más cuesta arriba se hace.

- Lo sé, lo sé. Me ha recriminado que solicitara abrirlas. Escucha. ¿Alguien las ha abierto alguna vez con los enfermos dentro?

- ¡Eh! ¿Estás loco? ¡Claro que no!

- ¿Por qué? Escolá lo hace.

- Sí, y por eso se le mueren las que se le mueren.

- ¿Más que a Verli? ¿Cuántas?

- No se sabe, pero más, muchas más.

- ¿Es que nadie las ha contado?

- Pues no.

- Piensa un momento Ignacio ¿Si en efecto hay miasmas en el aire exterior porque no nos afectan a nosotros? ¿Por qué todo el mundo abre las ventanas en sus casas y no pasa nada?

- ¡Cuánto te queda por aprender! A nosotros no nos afectan porque estamos sanos. En las casas viven sanos, personas con fuerzas para contener los miasmas del entorno. Pero a los ya débiles... La combinación de unos y otros puede que sea fatal para ellos.

- ¿Tú lo crees?

- Yo me considero ignorante todavía. Soy un alumno de segundo. Si los genios dicen eso... Creo que tienes que hacer lo que hago yo. Estudiar y estudiar. Verli tiene razón. Para cuestionar algo se debe primero...

- Pero...¿Supón que se abren las ventanas y no sucede nada?

- ¿Te atreverías a poner en peligro a todos los pacientes por una suposición? ¿Te atreverías a contrariar lo que parece obvio y tan fundamentado como es la existencia de miasmas?

- No claro. Sólo supongo. Imagínate que los miasmas exteriores no se suman a los interiores y lo único que conservamos dejando cerradas las ventanas es el hedor.

- Mira... Si empiezas así vas por mal camino. Te recomiendo que antes de cortar un traje aprendas a dar puntadas.

- Está bien, está bien. Seguiré tus consejos solo que no puedo evitarlo. Es algo que no puedo contener, tengo que cuestionármelo todo, es de nacimiento ¿Tienes tiempo?

- Sí. Hoy no almorzaré tengo que quedarme en el pabellón.

- Verás. Cuando tenía quince años mi maestro de ciencias...

- ¿Tú maestro de ciencias? ¿Tenías maestro de ciencias para ti solo?

- Sí. Vivía en una granja y acudir a las clases del pueblo era imposible. Además, mi padre prefería que los profesores vinieran a casa. Pero no me interrumpas. Como te decía mi maestro de ciencias me estaba explicando la reproducción de las aves y empleaba como ejemplo los huevos de gallina.

- ¿Fritos?

- ¿Si no lo deseas no te cuento nada?

- Perdona. Sigue, sigue, me interesa.

- Cocíamos huevos y los partíamos por la mitad. Él decía que los polluelos respiraban gracias al aire que contenía la cámara que había en un extremo ¿Has visto alguna vez un huevo seccionado?

- No. En mi casa todos los huevos que veía eran en tortilla.

- ¿Nunca los has comido duros?

- Sí claro pero...

- Pues si te has fijado en un extremo hay como un pequeño vacío.

- No la verdad es que no me he fijado.

- Es igual. Yo le dije que esa cámara tenía poco aire y que si no entraba más por algún sitio, una de dos, o el pollito no respiraba o se tenía que morir.

¿Entiendes?

- No.

- El profesor me instó a que me dejara de majaderías. Decía que si Dios hubiera planeado que el animal iba a necesitar más aire hubiera hecho la cáscara con agujeros o una cámara más grande.

- ¿Y...?

- Pues que no acepté su respuesta. Aún siendo anciano y sabio me atreví a decirle que la cáscara debía tener agujeros.

- ¡No!

- Sí. Entonces encolerizó y me emplazó a que demostrara su existencia o de lo contrario informaría a mi padre de mi loca cabeza y escaso aprovechamiento. Insinuó incluso que era demoníaco que a tan tierna edad adoptara frente al conocimiento establecido una actitud tan presuntuosa.

- Algo de razón no le faltaba. ¿Qué edad tenías?

- Quince años.

- Pues con quince años debías ser un niño horroroso.

- No sé. El caso es que me asusté. Mi padre ni era ni es un hombre que pueda llamarse comprensivo ¿Entiendes?

- ¡Vamos a ver! Yo jamás me hubiera planteado si la cáscara de los huevos tienen o no orificios ¿Los tienen?

- ¡Claro! Muy pequeños pero los tienen.

- ¿Y cómo pudiste demostrarle al profesor su existencia? ¿Con una lupa?

- No, así no pude. Usé la de mi padre pero ¡Nada! Sólo se veían pequeños restos de excrementos y otras suciedades. Mi padre la usaba para leer.

- Imagino que no tendrías a mano unos prismas de Boek.

- No claro que no. Ni sabía que existían. Con eso sí podría haberlos visto.

- ¿Entonces?

- Pensé que si estaba en lo cierto, si había agujeros, metiendo dos huevos, uno intacto y el otro recubierto con cera, en agua manchada con el tinte para la lana, del primero sacaría la clara azul y del segundo no.

- Ingenioso. En efecto eras un embuche insoportable ¿Y qué pasó?

- Pues que ambas claras salieron limpias.

- ¡Ja! Tu maestro se llevaría una alegría ¿Habló con tu padre?

- No. No le dije nada. Repetí varias veces la maniobra hasta que se me acabaron los huevos y las posibilidades de robarlos sin que se notara.

Ignacio estaba interesado y sonreía. Yo continué.

- Tras seccionar seis pares y fundir cuatro velas guardé los dos últimos con la esperanza de que se me ocurriera algo. El profesor no recordó su desafío hasta pasada una semana. Cuando creía que todo estaba olvidado, un lunes, asestó el golpe.

-¡Y bien joven sabio! ¿Cuándo me demostrará que las cáscaras de los huevos tienen orificios naturales por diminutos que sean?

- El miércoles señor profesor, el miércoles... -Dije con una seguridad que no sé de dónde saqué-

El profesor volvió a enfurecerse. Recriminó mi respuesta altanera y ese día viendo su cara me asusté de verdad. Estaba acorralado. No pude comer. Solicité permiso para levantarme de la mesa y volví dónde había guardado los dichosos huevos. Llené un balde con agua, los introduje y...

- ¿Y qué? -Preguntó Ignacio impaciente-

- Pues que había dado con la solución.

- ¿Cómo?

- El huevo rebozado con cera estaba en el fondo y el otro flotaba.

- ¿Y qué?

- ¿No lo entiendes? Siendo del mismo tamaño ¿Por qué uno flotaba y el otro se había hundido?

- Porque la cera pesa y lastraba al huevo -Añadió Ignacio-

- Ya lo pensé. Así que lo extraje del barreño y le retiré la capa de cera.

Luego lo volví a introducirlo y se fue de nuevo al fondo.

- Podía ser porque uno tuviera pollo y el otro no.

- No. No habían sido empollados Si uno flotaba era porque tenía en su interior más aire que el otro. Por algún sitio debía haber entrado y estando los dos intactos...

- No sé... ¿Y el profesor qué dijo?

- El muy sabio me felicitó y me enseñó un libro en el que ya se decía que en efecto las cáscaras de los huevos tienen pequeños orificios y que si la

clara no sale es por una membrana interna que lo evita... ¡En fin! El muy zorro debía ignorarlo y durante la semana que me dejó investigar debió buscar la solución y documentarse. Además, aseguró que no había querido decírmelo antes para observar cómo agudizaba el ingenio. Luego añadió que estos sucesos ya los conocían los mercaderes de aves y que de ese modo discriminaban si los huevos eran frescos o no porque los viejos flotaban y los recientes se hundían. Te juro que yo no sabía nada de eso.

- ¡Ya! Y tú ahora quieres que el aire entre en el pabellón de Verli para ver si flota o se hunde ¿No?

- Veo que has entendido. Por ahora voy a seguir tu consejo, aprenderé a dar puntadas antes de cortar el traje pero cuando esté cerca del título, dentro de unos años... Tal vez las ventanas de Verli se abran.

- Por tu bien espero que si haces esa locura tengas ya el título en la mano.

- No estoy loco. Ya te he dicho lo que me pasa, no puedo evitarlo. Tengo el defecto de cuestionármelo todo.

- O la virtud amigo, o la virtud -Añadió el rubio- Pero ten cuidado porque a veces la virtud arroja más penas que parabienes.

Caminamos unos metros sin hablar y a lo lejos reconocí unas piernas delgaduchas cubiertas por un calzón ancho hasta las tibias. José nos hizo un gesto y nos detuvimos. El zagal aceleró el paso para llegar hasta nosotros y con fatiga se explicó.

- Yaaa. Yaaa Tienes muerto. Mañana pueedes empezar. Está en buen estaaado. Con algún quebradeero de cabeza pero bien. ¿Quieres veerlo?

- No sé si estoy para ver cadáveres ¿Vienes tú Ignacio?

No habíamos almorzado y dado lo avanzado de la hora tampoco íbamos a hacerlo, así que aprovechando el vacío del estómago no vimos inconveniente para acercarnos hasta allí.

El tanatorio era un edificio de piedra gastada por el tiempo. La puerta principal sólo se abría cuando había que sacar el cadáver de algún personaje y eso no sucedía desde hacía casi un siglo. Tampoco la capilla se empleaba por lo que había sido acondicionada como almacén. Los hombres y los cadáveres normales salían y entraban por la puerta accesoria que daba al patio y que giraba gritando por falta de engrase. Cuando se traspasaba, dos sensaciones se apoderaban del visitante, el frescor ambiental y un olor difícil de definir. Un olor a vinagre concentrado desagradable pero soportable. El pabellón de Verli olía peor. En seis mesas de mármol acanalado yacían seis monigotes que en su día amaron, odiaron e hicieron planes para el futuro. Cuando no se les necesitaba se cubrían con sábanas y parecían fantasmas echando una siesta. Bajo las arrugas de las telas se adivinaba sus formas. Allá una figura panzuda, aquí un cuerpo grácil probablemente de una mujer o de un niño. José nos acercó hasta la mesa número cinco y comentó.

- Looo tendrás que compaaartir con otros. No hay más.

Tiró del lienzo y nos mostró el cadáver de una joven que no tendría más de dieciocho años. El cráneo aplastado a nivel de la frente, dos pechos exigüos, el abdomen liso y el vello genital brillante como si la muerte no hubiera llegado hasta él.

- ¿Ooos guuusta? ¿A que no está mal? La he llamado...

- ¡Cállate! - Grité reflejamente-

- ¿Qué paaaasa? A toodos hay que llamarlos de alguna forma.

- ¿Acaso no tiene nombre?

- Puees no. Aaaapareció en un caampo. Así, desnuda. Los guardias no saben naada y permiten que sirva a la cien, a la ciencia.

- ¿Quieres decir que este cadáver procede de un asesinato?

- ¡Ah! Yoooo no lo sé. El caso es que estáa aquí. Igual fueee un accidente.

Ignacio miró con sorna a José.

- ¡Ya! Sale de casa, se desnuda, se cae y se fractura el frontal ¿No?

Luego esconde sus ropas y se vuelve a morir.

- Iiigual se la encontraron muerta y le robaron. Yooo qué sé. El caaso es que está aquí. Y que no fueee violada. Miraaad, sino me creéis, mirad...

José se dirigió hacia la pelvis de la muchacha e Ignacio le sujetó del brazo.

- ¡Está bien! ¡Está bien! No quiero detalles. Eso lo habrá visto ya Varela y habrá hecho su informe.

- Buueno como queráis.

José se tomaba su trabajo sin demasiadas consideraciones ni respetos y le recriminé.

- José. ¿Alguna vez te has planteado que esa desgraciada fue una persona como tú y yo?

- ¿Eh?

- Que si tienes algún respeto por los cadáveres ¡Diantre!

- ¿Eh? ¿Respeto? Maaaal no les hago. Niiinguno se me ha quejao.

Toodos seremos así ¿Ooo no?

Miré los pies de la joven y me sorprendieron. Llevaba unas uñas casi tan largas como las de Nuez. Se los mostré a Ignacio y éste me dijo.

- ¡Mírale las manos!

Lo hice y las uñas de sus dedos superaban con mucho a las del Decano.

- A los muertos les crecen las uñas durante un tiempo antes de pudrirse -

Comentó el compañero-

- Eso looo sabe cual cualquiera. -Añadió José- Y el peelo de la cara.

Miiirad , mirad aquí.

Levantó otra sábana y apareció un anciano de cabeza redonda con una barba de seis días.

- Cuando vino estaaaba recién afeitao. Looo sé porque Agustino viene de los domi, de los dominios de Castellón. Murió de un cólico miserere.

- ¿Cómo es posible que les crezcan la uñas y el pelo si están muertos? -

Pregunté-

- Tal vez porque la vida en esas partes desaparece más tarde -Añadió

Ignacio-

Le miré con cara de extrañeza y él, adivinando mi pensamiento, respondió con prontitud.

- ¡Qué sé yo! Jamás me lo había planteado. Además ¿Qué importa?

Volví a mirar al cadáver y mis ojos se dirigieron hacia sus genitales. Eran los primeros genitales de mujer que veía. Sentí pudor y me reproché mirarlos. Alcé la sábana para cubrir a la desgraciada y le comenté a José que sólo se llamaría número cinco. Salimos y me despedí con la excusa de que debía volver a casa pero me alejé turbado sin poder quitarme de la mente esos bucles de vello

brillante que aún parecían vivos. Cuando iba a acceder al portal de la casa de tía un silbido hizo que me volviera. Era José. Me había seguido.

-¿Teee ha gustado? ¿Te parece bien? ¡Pues no me ha costado encooontrarte muerto! Cooon lo de tu tía casiii no alcanza pero ha sido sufi suficiente. No le comentes nada.... ¿Vaaale? ¿Ya sabes?

Esa noche no cené. No había almorzado y tenía que sentir apetito pero en la mesa miré a Margarita y pensé que tenía la misma edad que la número cinco. Quise apartar de mi pensamiento la visión de aquel despojo pero no pude. Era como un grito que recordaba mi futuro, el de todos los que allá reunidos, sorbíamos sopa caliente con los carrillos iluminados. Cuando Margarita sonreía me imaginaba a la número cinco sonriendo, los rizos de Margarita estaban hechos del mismo material que los otros rizos. Pedí disculpas y me retiré pronto. No podía conciliar el sueño. Una vida joven sesgada y ¿Por quién? Sin nadie que reclamara su cadáver ¿Tan sola estaba? ¿Cómo hablaría? ¿Cuál sería su timbre de voz? ¿Qué le gustaba comer? ¿Cómo reiría? La visión de ese cuerpo no me abandonó hasta que el sol salió. Me aseé ligeramente y bajé al salón pero tampoco desayuné. Cuando me dirigía al pabellón de Verli la desazón cedió a causa de una pregunta que surgió espontánea. ¿De verdad les crecían a los muertos las uñas y la barba? Al principio me indigné porque la interrogante no se ceñía a qué le había sucedido a esa joven ¿Por qué estaba allí? ¿Podía desvelar su origen? ¡No! ¿Acaso no habían investigado los mangas verdes? Supuse que sí. Lo mío no era preguntar qué le había sucedido, sólo

debía estudiar sobre ella la forma en la que todos estamos constituídos... Pero  
¿Les crecían las uñas a los cadáveres? ¡Sí! o ¡No!

Acudí a consultar los libros de anatomía de la biblioteca de Verli. Además de estudiar los dibujos de Vesalio y de memorizar la arquitectura de los intestinos, busqué alguna referencia que tratara del asunto, pero no encontré nada.

¡Tan joven! ¿La mataron para robarle? Pero ¿Qué podía tener la pobre? Además no la violaron... Decidí zanjar los dos asuntos pero fue imposible ¿Les crecerán las uñas a los muertos y hasta cuánto tiempo? ¿Cómo podía el juez dar por cerrado un caso tan desgraciado? Que no se pudiera castigar tamaña crueldad me encendía pero al admitir mi impotencia, al aceptar que nada podía hacer, surgía de inmediato la otra pregunta. ¿Les crecen las uñas?

El primer día de clase, cuando el profesor Varela entró por la puerta no me pude contener, me faltó tiempo. Le pregunté si era cierto que a los cadáveres les crecían la uñas y la barba. El hombre se quitó la chaqueta, se puso un mandil y tras abrochárselo se cogió un rizo de la barba:..

- ¿Qué cree usted?

Buena respuesta a una pregunta. -Pensé-

- No sé. Por eso se lo comento. He buscado en algunos tratados pero nada he encontrado. Lo cierto es que la barba y las uñas las tienen largas...

- Sí las tienen y las lucen pero dígame ¿Qué opina usted? Quiero saber su parecer.

Me quedé pensativo y no me atreví a dar una respuesta. El profesor de anatomía no dijo nada. Se dirigió a la mesa donde yacía la infortunada y esperó unos minutos para comenzar la clase. Queriendo cambiar de tema utilicé el otro germen de mis desvelos. Comenté el desgraciado origen del cadáver. La

vergüenza que suponía contar con un cuartelillo tan ineficaz y con un Togado que tan pronto había abandonado las investigaciones... El asombrado maestro puso cara de cigüeña.

- ¿Investigaciones? ¿Asesinato? ¿Desnuda en un camino? ¡De qué habla usted joven!

- Pero... ¿No encontraron a esa joven desnuda en un lindero y con el cráneo hundido?

- No hombre de Dios ¡No! ¿Quién le ha contado esa patraña?

Me imaginé a José. Vi sus tibias delgadas, su calzón colgado por el tirante y empecé a temerme lo peor.

- ¿Quién se encarga de su cadáver? -Preguntó Varela-

- Un tal José Fierro.

- ¿Fierro? ¡Ja! ¿Y cuánto le paga usted?

- No sé. Le paga mi tía.

- ¿Sí? Pues pregúntele usted a su tía cuánto le ha costado el muerto.

¡Bribón! La joven había sido traída al hospital sin conocimiento. Murió en el pabellón general. Se despeñó junto a su hermano en la sierra, él se salvó, pero ella sufrió peor suerte. Su nombre, dirección y familia eran conocidos. ¿Asesinada? El padre de la joven había donado su cadáver porque no podía pagar la factura de las atenciones y el Decano había aceptado el canje.

- ¿Le habrán contado que el cadáver ha sido obtenido expresamente para usted? ¿No?

Ahora el que puso cara de cigüeña fui yo.

- No se enfade. Es frecuente. Incluso intuyo que no es usted el único que ha sido timado.

Recordé que Fierro había dicho que debía compartir el cadáver con otros. Y ¡En efecto! Pronto llegaron los otros tres primos que ayudaban a costearlo.

- No le dé importancia. Esos raterillos viven de estos y otros trucos. La verdad es que son necesarios, sin ellos habría que contratar más bedeles. En cuanto a la otra pregunta, la de si a los muertos les crecen las uñas me interesa más. Le doy a usted un mes para que investigue este extremo y me ofrezca alguna respuesta ¿Le parece? Si su trabajo me satisface le permitiré un horario libre.

Lo veía venir. Si a una pregunta te contestan con otra nada bueno puede acontecer.

El profesor Varela comenzó su lección. Abrió el abdomen de la infortunada con una incisión que recorría desde el final del tórax hasta el ombligo. Sin extraer la lanceta lo rodeó y trazando un pequeño círculo siguió hasta llegar al pubis. Una delgada capa de grasa protruyó desde los bordes de la incisión hacia el exterior y un sonido agudo horripiló a los novatos presentes.

- No teman. Sólo es gas. El alma salió hace tiempo. El cadáver ha comenzado a fermentar y las emanaciones se escapan sin permiso. Tenemos apenas un mes o mes y medio para gozar de esta cavidad abdominal y aprender sus recovecos. A finales de Mayo o principios de Junio deberé vaciarla porque la putrefacción hará que les suban a ustedes los gusanos hasta las axilas.

Varela hacía estos comentarios con una sonrisa maléfica. Sabía que nuestra cavidad abdominal también podía vaciarse en cualquier momento. Luego cogió dos piezas de metal dobladas a modo de tenedor y las colocó en los bordes de del tajo.

- ¿Quién es fuerte? -Preguntó-

No se movió nadie.

- ¿Todos ustedes son alfeñiques? ¡Usted!

El pobre “usted” mostraba una tez cerúlea.

- ¡Tire de aquí! ¡Y usted de este lado!

El segundo “usted” le ganaba en palidez al primero.

- ¡Tiren! ¡Vamos con fuerza!

Un chasquido alargado siguió a la tirantez de los separadores.

- ¡Muy bien!

Varela seguía sonriendo.

- ¡Una mano! ¡Quiero una mano voluntaria!

Todos habíamos traído las manos pero en ese momento nadie las tenía.

- ¡Vamos caballeros! Que no muerde.

Ofrecí la mía y Varela la tomó introduciéndola dentro del abdomen del cadáver. Por un momento la sala giró y creí que iba a desmayarme.

- ¡Palpe usted! ¡Palpe unos intestinos! ¿Qué le parecen?

Un extraño calor discurrió por mis dedos. La consistencia de las vísceras me recordó a de los peces pero nunca había palpado peces calientes.

- Caldeado ¡Eh! Ya le he dicho que está fermentando ¿Alguien más quiere meter la mano?

No hubo voluntarios. Todos, incluso los que tiraban de los tenedores, creyeron que iban a librarse, pero fueron obligados, uno por uno, a palpar los intestinos.

- Es bueno que se acostumbren a tocar las vísceras. Cada una de ellas tiene una consistencia diferente, el estómago por ejemplo...

Y Varela tiró del estómago de la joven para dejarlo luego caer como se deja caer una masa de pan.

- El intestino delgado, el grueso... ¡Toquen! ¡Toquen! Pronto habrá que retirarlos. ¡Ajá! ¡Buen hígado! Palpen... ¿Lo ven? Blando no como el de los ancianos ¿Y los riñones? ¿Alguien sabe dónde están? ¿Quiere alguien buscarlos?

Un atrevido dobló el cuello y se asomó al hueco señalando algo.

- ¡No señor! ¿Alguien más?

No hubo otro voluntario.

- ¡Señores! Para poderle llegar a los riñones de un cadáver hay que darle la vuelta. Los riñones están muy profundos, pero eso es tema de otro día. Quiero que se aprendan todos los accidentes y protuberancias de los órganos que han palpado. Las tienen en los tratados. El próximo día las comentaremos y espero que los conozcan porque así y gracias a Dios nos libramos de todo lo que contenga aire. Eso hará más agradable nuestra charla. Por hoy es todo gracias.

Nos apartamos de la mesa y en la mano tenía aún la sensación de haber pescado sin caña. Necesitaba lavarme pero la boca de agua estaba fuera. Varela me dejó un trapo, se lo pasé a un compañero y éste a otro hasta que todos nos quitamos la sensación de haber tocado un reptil. Antes de salir, el profesor me hizo un recordatorio ¡Un mes! Sea lo que sea pero un mes.

Cuando salía me acordé de José ¡Iba a darme explicaciones! Pero me preocupó más el compromiso que, por preguntar, había adquirido. Un mes para explicar si a los cadáveres les crecen las uñas y no sabía por dónde empezar.

Durante varios días viajé con más asiduidad a la biblioteca de Verli. Cuando ésta fue revisada ocupé la de la Facultad ¡Nada! Sondeé la opinión de varios compañeros pero unos decían que sí y otros que no. Sólo me quedaba buscar

ayuda en mi tutor. Le conté el caso y se rió. Varela le había pedido que no me ayudara.

- ¡Lo siento joven! Lo único que puedo decirle es que si al profesor Varela le satisface su respuesta piensa aligerarle de las obligaciones en su asignatura y con alto grado. Así que usted verá....

¡Vae solis! Me dije. ¡Ay del que está solo! ¡Está bien! No importaba. No había encontrado ayuda, pero al que sí me encontré en el patio fue a José. Había traído otra vez pan queso y vino.

- ¡Buenos días! - Comentó alegre-

- ¿José?

- ¡Díime docto maestro! -Contestó-

- ¿Mi tía siempre te da queso, pan y vino?

- Noooo excelso maestro. Suuu tía me da monedas y yo las troco por viaaandas.

- Y lo que te da ¿Sólo alcanza para queso, pan y vino?

- ¿Cómo? ¿Aaacasó hay mejor almuerzo que éste?

- No digo que sea malo ¿Pero podrías variar alguna vez?

- ¿Variar? ¿Paaaara qué? Estos tres manjares contienen todo lo que precisa el, el, el cuerpo. ¡Fíjate! Pan de la tierra, viino de la vid y queso de leche... ¿No?

- Ya sé que el pan no viene del mar, ni el vino de las catacumbas y también sé que el queso se hace con leche, pero alguna vez podríamos comer sardinas, jamón e incluso acabar con alguna fruta fresca... ¿No?

- ¿Fruuuuta? La fruta es peligrosa y no favorece al peensamiento.

- Y es más cara ¿No?
- ¡Eso también! Y seee conserva mal.

Intuí que José había comprado un queso de diez kilos, un pan de veinte y cuarenta litros de vino y que hasta que no se acabara la despensa no habría cambios en la minuta.

- José ¿Cuánto te costó el cadáver?
- ¿En sueldos o eeen esfuerzo?
- En todo.
- En esfuerzo muuucho. No sabes lo difícil que fue conseguirlo. En suel, en sueldos más o menos lo que me pagó tu tía. De hecho no gané nada.

- ¡Pero cuanto!
- ¡No te lo puedo decir! ¡Lo tengo prohibido!

Decir la frase de corrido como la dijo me indicó que se estaba enfadando.

- ¿Sabes? Voy a interesarme por lo que le aconteció a la pobre. Mañana iré a la Audiencia y estudiaré su expediente, si es preciso hablaré con los oficiales.

- ¿Para qué? Toooooo está cerrado...

- No paro de darle vueltas. Tan joven, asesinada en la carretera, aparecer así desnuda y no haber encontrado al autor de tamaña villanía.

José dio un trago largo a la bota.

- Sí la verdad es que fue una villanía. No sé co., no sé cómo pueden existir cooooncencias así ¡Criminales! ¿Quieres vino?

- No gracias. Como te veo afectado ya te informaré de lo que descubra y según lo que sea hasta mi tía estará interesada.

Esta vez el trago fue holgado.

- Yooo no perdería el tiempo ¡Lo vas a gastar en los despachos de los magistrados! ¿Saaabes cuántas mañanas puedes ocupar inútilmente? ¡Déjalo! Si los prooooofesionales de la justicia no lograron respuesta menos la obtendrás tú.

- ¿José?

- ¿Sí?

- Eres un granuja.

Y en efecto era un truhán, un pícaro y un tunante ¡Todo a la vez! Pero gracioso. Negó la mayor hasta el límite de la cordura. Cuando se vio cogido modificó los asertos dando marcha atrás en sus aseveraciones. Vistió a la joven, le evitó la muerte por asesinato, le dio padres y finalmente justificó la herida de la frente pero eso sí, sin dar su brazo a torcer, sin admitir que era un estafador.

- ¡Está bien! -Amagó finalmente sin tartamudear- ¿Qué importa si traje o no a la muerta y si fue asesinada o murió de peste? El caso es que yo te conseguí sitio con ella.

- Pero aun así eres un granuja

- Deee no haberlo hecho te, te hubieran puesto en la mesa del goordo y ¿Sabes cuánto tiempo pasa hasta que las grasas se secan y deja de sacar barba?

- ¡Repíte lo que has dicho!

- Noooo te enfades. Hombre. No te enfades...

- No, no me enfado pero repíte lo que has dicho...

- No sé... ¿Quéee dicho?

- ¡Lo último!

- Pueees... Que hasta que se seca la graaasa del gordo... Lo mejor es dejarlo unaaa o dos semanas para que se encojaa y poder meterse en faena.

- ¿Y qué más?

- ¿Qué más de deee qué?

- ¿Has dicho que mientras se seca no para de crecerle la barba?

- ¿Esooo he dicho?

- ¡Sí! ¡Claro!

Un rayo me dio en la frente. Estaba ante la solución. Me alejé unos pasos y caminé en círculo ¡Claro! Volví al lado de José y éste me miró con miedo.

- ¡Vaaaaale! Si te pones así, teee, teee puedo contar...

- ¡No déjalo!

- ¿Y tu, y tu tía...?

- ¡No te preocupes! De algún modo pagarás mi silencio.

- ¿Y la Audien, la Audiencia y el magistrado...

- ¡Olvídate! Pero a cambio me vas a proporcionar algo.

- Looo que digas, para eso estamos, manda y obedezco.

- Vas a enterarte de cuándo llega el próximo cadáver. Me interesa el más reciente, que casi esté caliente ¿Me llamarás de inmediato?

- ¿Llegaaar a dóonde?

-Al tanatorio.

- ¿Para las clases?

- Sí.

- ¿Nooo te gusta el que tienes?

- No es eso.

- ¿Entonceees?
- Es que necesito uno recién fallecido.
- Pues hasta el año queee viene no hay necesidad. Incluso loos que hay, bien vaciados y oreados pueden durar dos cursos.
- ¡Pues hay que conseguir uno nuevo!
- ¡Imposible!
- ¿Imposible? ¿Dónde queda la Audiencia?
- Siii es que me pi, me pi, me pides algo imposible... A no ser que...
- ¿Sí?
- Naaada, naaada.. ¡Imposible! Ni lo pienses.
- Tienes una semana.
- ¡Eh! ¿Una quéee? ¡Vaaale! Si quieres te di, te digo como llegar a la Audiencia. ¡El Coso toodo recto!
- ¡José! ¿Cuánto te paga mi tía?
- ¡Está bien! ¡Una seemana pero no te prometo naaada.

No habían pasado seis días y corrió la noticia de que algún trastornado o grupo de trastornados, con nocturnidad y clara alevosía habían mutilado un cadáver de la cátedra de anatomía. Se habían llevado los cuatro miembros abandonando el tronco mondo y lirondo. El caso fue denunciado pero ante las pocas posibilidades de hallar al culpable y menos aún, de recuperar las piezas sustraídas, fue necesario hacerse con los servicios de un nuevo muerto ya que, el estudio de los músculos de las extremidades iba pronto a comenzar y era imposible que las disponibles sirvieran a todos ¡Qué bruto! José no quiso

decirme qué había hecho con los miembros pero me aseguró que les había dado Tierra Santa. Yo no deseaba tan drástica artimaña pero es que José era así de elemental “ *Sóoolo vendríaaa uno si seee iba ootro. “Y... cooomo entero no podía, podía llevaárllo, lo hiceee a trozos”*”

El caso es que en el tanatorio yacía un cadáver fresco ¿Para que lo necesitaba? Era el cadáver de un hombre de mediana edad, sin parientes y muerto sin causa cierta. Fui a verlo cuando aún no se había instaurado totalmente el rigor mortis. Corté las uñas de su mano derecha hasta dejarlas como marcan los cánones de urbanidad y dejé como estaban las de la izquierda tiñiéndolas con violeta de genciana... Medí sus dedos, tanto en longitud como en grosor, y anoté los resultados. Del mismo modo medí la longitud de las uñas desde su raíz hasta la punta y también las anoté.

La hoja que elaboré al efecto contenía varias líneas de perfecta caligrafía.

Uñas de la mano

MANO DERECHA

Primera medida

Pulgar..... Índice.....Medio.....Anular.....Meñique.....

Fecha de anotación.....

MANO IZQUIERDA

Primera medida

Pulgar..... Índice.....Medio.....Anular.....Meñique.....

fecha de anotación.....

Dedos

MANO DERECHA

Primera medida

Pulgar..... Índice.....Medio.....Anular.....Meñique.....

Día de anotación.....

#### MANO IZQUIERDA

Primera medida.

Pulgar..... Índice.....Medio.....Anular.....Meñique.....

Día de anotación.....

Del mismo modo elaboré un rango de posibilidades y un camino mental en forma de ramaje para intentar abarcarlas todas.

Hecho preguntado.

¿La uñas de los cadáveres aumentan de longitud?

SI

NO

¿Aumentan en éste cadáver?

SI

NO

Si crecen Posibilidades de explicación:

Crecen las uñas de forma vera.

Los dedos menguan.

Ambas situaciones.

Contra la primera afirmación cabía objetar que siendo el crecer un acto que se hace con el hálito vital ¿Cómo podían hacerlo estando su dueño muerto? Para defender esta opción se podía argumentar que las uñas pudieran conservar durante unos meses la capacidad de crecer ¿Era posible?

Si no valían las consideraciones anteriores y, sin embargo, las uñas se alargaban sólo podía ser porque los dedos menguaban ¿No sería que al secarse la grasa y al perder volumen dejaban que la sustancia de las uñas sobresaliera más? Ya lo veríamos.

Por último se podían dar las dos opciones a la vez..

El resultado final fue, que empecé a entender las sonrisas del profesor Varela, las del doctor Verli y las del resto del Claustro cuando me preguntaban con sorna ¿Qué? ¿Le crecen las uñas a su protegido?

Lo cierto es que el resto del alumnado no sólo desconocía la respuesta sino que ni se habían planteado la pregunta. Y es que los catedráticos ya conocían lo que con el paso de las semanas pude confirmar.

Tras quince días, los dedos habían menguado de ocho milímetros a un centímetro y era justo lo que parecía que habían crecido las respectivas uñas. Y digo parecido porque la tintura de las mismas abarcaba la misma superficie. Cuando pasó un mes ni ellos menguaron más ni las uñas se estiraron y por supuesto el tinte persistía igual. Si verdaderamente hubieran crecido la zona posterior de las uñas se encontraría sin teñir.

La misma circunstancia explicaba la aparición de la barba. Los tejidos de la cara, al resecarse, se contraían y los pelos sobresalían dando esa impresión de crecimiento. Si no hubiera sido por José, al alumbrarme con respecto al tiempo que pasaba hasta que la grasa abdominal se secaba y permitía trabajar a gusto, tal vez no me hubiera planteado el tema de esta forma.

A principios del mes siguiente presenté mis conclusiones al profesor Varela, así como todas las hojas en las que había registrado las variaciones. Valoró con agrado la forma en la que había planteado la investigación y la comentó al resto del Claustro. Nuez me pidió que ilustrara el trabajo con esquemas y mandó que fuera leído por el resto de alumnos. La verdad es que durante unos meses gocé de cierta reputación entre los compañeros y el profesor Castellón, el de Médicas, me ofreció llevar dos camas de su pabellón. Pedí El consentimiento de Verli y no puso inconvenientes mientras no desatendiera mis obligaciones en su cátedra. Mi tutor me animó a seguir "*Observando, pensando y midiendo*" y a eso me obligué, pero como no hay felicidad completa, confiando en sus felicitaciones, le propuse elaborar un libro donde registrar las causas por las que las pacientes eran dadas de alta, o en su caso, morían. El rechazo fue inmediato y la reacción, que mi propuesta desencadenó, desmedida ¿Qué había pasado? Me animaba a observar, pensar y medir y cuando le propuse hacerlo en su pabellón, entonces estalló... ¿Podía medirlo todo menos lo que a él pudiera afectarle? Sufrí un gran desencanto. Siempre estuve convencido de que para mejorar hay que saber lo que se hace mal y Verli me demostraba que prefería ignorarlo ¿Cómo se puede llegar a un sitio sin saber si uno se mueve? Hubiera insistido pero cejé en el empeño porque , como digo, la reacción fue acerba ¿Pensó que pretendía fiscalizar sus resultados? No sé. ¿Un estudiantillo registrando lo que hace el maestro? ¡Sí! Había herido su vanidad y lo peor, había inquietado su impunidad.

Le conté a tía los progresos pero no lo del timo de José. Estaba arrepentido y me prometió no repetirlo, además, varió los almuerzos diversificando la calidad de las viandas.

Me encontraba bien. Trabajaba mucho pero era feliz. Todas las dudas sobre si valía la pena seguir estudiando se habían diluido Echaba de menos a mi padre y más a mi madre pero no tenía mucho tiempo para esos sentimientos. Cuando llegaba a casa, cenaba frugalmente y luego subía a mi cuarto para estudiar bajo las velas hasta que, agotada la vista, caía rendido en la cama. Eso sin contar las noches que pernoctaba en el pabellón de Verli o en el de Castellón.

Llegó Diciembre y obtuve permiso para ir a casa pero me fue imposible. Una epidemia de garrotillo puso en cuarentena a la ciudad y todas las manos fueron pocas. Pasé las Navidades más tristes de mi vida y no sólo porque el destino me privara del capón con nueces o de la felicidad al lado de los míos, sino porque se me hizo difícil creer que Dios pudiera nacer entre los sonidos sibilantes de los niños que por decenas morían.

Las maniobras para extraerles de la garganta las telas que les asfixiaban eran sanguinarias y poco eficaces porque, muchos de los que conseguían respirar, morían luego por la evolución de las heridas infringidas. En los ojos de aquellos chiquillos, abiertos como si por ellos quisieran tomar aire, no pude ver la paz que la nieve había traído. Los padres llorando sobre los pequeños cadáveres y las campanas tañendo a mortijuelo pudieron con mi ánimo. El dos de Enero, cuatro días antes de mi cumpleaños, decidí que necesitaba escapar, que era humano, que había llegado al límite de mis fuerzas, pero ni la picaresca de José ni la mediación de un amigo que Ignacio tenía en los puestos de control

pudo con la rigidez de los carabineros. El quince de ese mes cesaron los casos de garrotillo y lo hicieron de forma repentina. Nadie se explicaba el fenómeno. A mí tres cosas me intrigaron con respecto a la epidemia. La rapidez con la que apareció y desapareció. Que los adultos afectados fueran escasos y que la mayoría de los muertos fueran niños de origen muy humilde. Comenté estos puntos con Castellón pero no les dio importancia. Cuando la cuarentena cesó pensé que era tiempo de ver a mis padres. Necesitaba un descanso. Pedí permiso y mi tutor me lo concedió. Llegué a casa para hacerle saber a tía Teresa mis deseos de partir y cuando alegre le iba a dar la noticia la encontré llorando abatida sobre el diván. Tenía una carta en la mano, era de mi madre. Estaba fechada hacía quince días y en ella me comunicaba que mi padre había muerto. No había sido el garrotillo, se había caído del caballo y se había fracturado el cráneo. No reaccioné. No sentí dolor. Mi alma pedía llorar pero no podía. Mi ánimo estaba extenuado, se había acostumbrado al sufrimiento. Subí a mi cuarto y desde la oscuridad miré por la ventana. Las nubes veloces estiraban las sombras de los castaños y en esa soledad pedí al corazón de nuevo que llenara mis ojos de lágrimas pero tampoco surgieron. Ni siquiera me dolió que no me doliera. Preparé el equipaje y al día siguiente partí.

El viaje duró tres días y fue necesario hacer dos cambios de carruaje. En frente de mí iba un joven vestido con atuendo de campesino. Zapatillas de cáñamo, medias gruesas, faja y cachirulo. A su derecha una anciana que no dejaba de dormitar y a mi lado un militar que por su laurel debía tener el grado de teniente. Apenas cruzamos las necesarias palabras de cortesía. *“Vaya frío”*  
*“Este años habrá buena cosecha”* *“Falta nos va a hacer”*

Por la ventanilla del coche pasaban lentos los campos blancos y cuando la abríamos entraba el aire del Moncayo dando zarpazos helados que hacían protestar a la anciana. El silencio impuesto y esta circunstancia me hizo recordar la sala de Verli con las ventanas cerradas y su olor interior. ¿Cómo podría convencer al tozudo profesor de que mantenerlas cerradas era una necesidad? En los meses anteriores había buscado algún desarrollo de la teoría de los miasmas. No encontré nada. Los libros de Verli eran muy antiguos. Miré los de Castellón y en algunos de ellos se cuestionaba dicha teoría y apuntaba a la de las organelas como causantes de las fiebres y de otras enfermedades. Pequeños orgánulos que sustentados en el aire y en el polvo viajaban e invadían los cuerpos enfermos. Nadie los había visto, ni siquiera con la lentes de Boek y por tanto no dejaba de ser una teoría. Algo me decía que esas organelas, de existir, estarían igual en el aire del pabellón que en el exterior y que mezclarlas no iba a significar nada excepcional excepto que mejoraría el ambiente de esa cripta inmundada ¡Qué torpeza! Desplazar a todos los enfermos para ventilar la sala. Tenía que hacer algo, debía de hacer algo pero con cuidado porque Verli no me permitía más licencias e Ignacio tenía razón ¡Si lo haces, hazlo con el título en la mano”

Otra vez sentí vergüenza. Mi padre había muerto y yo pensaba en las ventanas del pabellón ¿Era una defensa? Puede, pero me sentí inmundo y me obligué a olvidar ese tema y a recordar la figura de mi padre. Fuerte, seguro, valiente. ¿De verdad había muerto? Volvía a casa y me era imposible creer que no iba a verlo al llegar. De repente, el carruaje frenó de forma brusca. Una rueda se había atascado entre dos piedras. El cochero nos pidió que descendiéramos y ya fuera el pasaje masculino se prestó a empujar. No pudimos mover el carro. El

cochero blasfemó y la anciana subió al interior no sólo para no soportar los juramentos sino porque se estaba quedando helada. Los caballos cansados no podían o no querían tirar. Parecían negarse a un esfuerzo suplementario que no fuera el de cubrir el camino de costumbre. Cuando el conductor se aprestaba a desenganchar uno de ellos para ir en busca de ayuda una patrulla de coraceros franceses se acercó.

- ¡Buenas tagdes señogues! ¿Acaso nesesitan de ayuga?

Sus armaduras brillantes, los penachos flexibles de sus cascos y sus largos sables les conferían un aire de desfile. El militar que viajaba con nosotros los saludó marcialmente y se presentó. Al instante ataron cuerdas al eje central del carruaje y tras varios toques de espuela la rueda dio una vuelta colocándose otra vez sobre el camino.

- ¡Gracias señores! -Gritó el cochero-

- De nada queguidos amigos -Contestó el que dirigía al grupo- Au revoir et vivre la France et l'Espagne.

Luego se alejaron al galope y cuando volvimos a acomodarnos la ropa estaba fría. La anciana tosió y el militar masculló incómodo.

- Cada vez hay más tropas francesas en España.

- ¡Bueno! Sin éstos no habiéramos salido del atasco- Comenté-

- Eso piensan ellos. Que están en el mundo para sacar a los países de sus atascos. Veremos en qué termina todo. Pero créame no auguro tiempos fáciles.

Se volvió a mover el carruaje y el traqueteo obligó de nuevo al silencio. Seguí pensando y valoré que ya iba a terminar mi primer año y con cierto aprovechamiento, mi padre hubiera estado orgulloso. Luego pensé qué iba a ser de la granja. Mi madre no querría venderla, allí estaba su vida, ella no podría

llevarla, debería tomar yo las riendas pero curiosamente ahora no lo deseaba. Me abandoné a no pensar y los campos siguieron pasando blancos y lentos por la ventanilla.

En el soportal estaba mi madre, de luto, pálida y más delgada. Sus mejillas arrugadas tenían la piel sonrojada por el llanto. María y Antonio, los guardeses, también estaban tristes. Me abracé a mi madre y estuvimos unos segundos sin decirnos nada. Luego entramos en la casa y esperé oír esa voz grave que tras unas volutas de humo me iba a llamar “señorito de ciudad” “refinado doctorzuelo” y que me iba a recriminar si ya había olvidado montar... ¡Pero no! Mi padre sólo estaba en los folios de su escritorio y en las botas que ponía a secar cerca de la chimenea. Mamá volvió a acariciarme el pelo. Me miraba sin atreverse a decir que estaba más delgado, sin atreverse a decir que era lo único que tenía pero yo lo adiviné, lo supuse en su gesto, hecho de dolor y felicidad.

La besé y luego subí a mi cuarto. Miré la caja de insectos. Todo estaba igual. No había una mota de polvo y las sábanas olían a romero. Recordé las noches de miedo, de soledad, de sueños. Los días de alegría, mi primer potrillo... Abrí la estufa y eché un leño. La luz de las llamas se deslizó por el techo y mi sombra tembló proyectada ¿Qué debía hacer? Tenía que quedarme. ¡Sí! Mi madre me necesitaba.

Cenamos sin apetito y cuando María retiró la mesa me atreví a preguntar.

- Mamá... ¿Cómo sucedió?

Mi madre tardó en contestar y mientras removía las brasas comentó

-Don Damián no sabe si se cayó y murió por el golpe o si primero murió y luego cayó.

-Tal y como papá montaba apuesto por lo segundo -Añadí-

- Sí Yo también creo eso. Le encontraron con el pie en el estribo a la orilla del río. El caballo estaba bebiendo. Por el barro de las ropas debió arrastrarlo muchos metros. Tú que sabes algo de medicina ¿Crees que sufrió?

- No lo sé mama. Nadie puede saberlo ¿Le echas de menos?

La pregunta era inoportuna e inadecuada. Mi madre plisó la falda y se sentó junto a la canastilla.

- Perdona. Estoy seguro de que sí. Lo que quería decir es si te encuentras muy sola.

Otra pregunta estúpida que tampoco respondió. La mujer miró a las brasas como si mirara a un horizonte y arqueó la comisura de los labios en un llanto incipiente que contuvo.

- No temas madre. Ya estoy aquí y no me iré. Viviremos juntos, retomaré los negocios de papá y seremos felices ¡Ya lo verás!

Entonces no se contuvo. Inició un llanto moderado y me acerqué a sus rodillas sentándome como cuando era niño y jugaba al abrigo de sus faldas. No quise hablar más, no podía intervenir más torpemente. Fue ella la que comentó.

-No hijo. No. Tú no te quedarás aquí. Terminarás lo que has empezado. Aunque no lo sepas tu padre estaba orgulloso de ti, aunque por su cabezonería expresara lo contrario te admiraba ¿Sabes? Tía Teresa escribió para comentarnos tu aprovechamiento y tus pequeños éxitos. Le vi sonreír mientras chupaba la pipa, ahí, ¡Sí! Ahí, apoyado frente al fuego. Se volvió y me dijo

“Ese chico será grande ha heredado tu inteligencia y mi tesón” “Hará cosas importantes”

- ¿Papá dijo eso?

- Sí.

Recordé entonces las recriminaciones que me hizo cuando, a pesar de su ofrecimiento, decidí estudiar “¿Te gusta la ciudad eh? ¡A ti los caballos te asustan! No las supe interpretar. Aquella luz en sus ojos no estaba hecha de reproches sino de admiración y de sana envidia. A él también le hubiera gustado acompañarme, incluso me hubiera cambiado el sitio.

- ¿Papá quería que hiciera medicina?

- Tu padre quería un hijo universitario y ejerciendo. Claro que le hubiera gustado tener más hijos para continuar con la granja, pero cuando adivinó que tú podías conseguir algo mejor, no lo dudó, a su manera se volcó y deseó tu éxito.

-¿Tiene lápida?

- Aún no. La están haciendo. Mañana iremos a verlo.

- Sí. Mañana iremos y seguiremos hablando de lo que debo hacer.

- No hay nada de que hablar.

-¡Mamá! No puedes quedarte sola.

- ¿Y eso? ¿Acaso estoy tullida?

- Tú no podrás llevar la granja.

- Claro que no. Pero es que no la voy a llevar. Ya he cerrado un trato con Antonio.

- ¿Con Antonio?

- Sí. Recuerda que Antonio lleva toda su vida aquí. Él la explotará y yo le cobraré un rédito.

- No puede ser.

- ¡Pues será! Antonio y María vivirán conmigo y nada necesitaré.

- ¿Ya has cerrado el trato?

- Sí

- Podías haberme consultado ¿No?

- ¿Consultar? ¿Qué había de consultar? Gracias a Dios tu padre ha dejado suficiente como para vivir tres vidas. Cuando yo muera lo vendes todo y se acabó.

-¡Véndelo tú ahora y ven conmigo! Compraremos una casa en Zaragoza o si no es tu deseo tía estará encantada de que vivas con ella.

Mi madre sonrió con dulce ironía. Miró a su alrededor y entendí que ese suelo, la piedra y los maderos del techo eran más piel que su propia piel. Tras otro silencio añadí

- No hay nada más que hablar ¿Verdad?

- No hijo, no hay nada más que hablar.

Estuve dos meses con ella. Todos los días acudíamos a ver a papá y sobre la tierra removida, en espera de su mármol, dejábamos flores sin dar tiempo a que se marchitaran. Nunca sabré si debí quedarme. Lo cierto es que no me resistí a la imposición de mi madre. Si ella me lo hubiera pedido, si sólo hubiera adivinado una intención de pedírmelo, me hubiera sacrificado. Hubiera cambiado las clases de anatomía por los caballos, los partos por el trigo y el heno por las médicas, pero esa mujer, firme como un árbol centenario, había

decidido por mí. Ella sabía que la soledad podía estrangularla pero mi empresa, aún lejana, le ilusionaba tanto como a mí y, probablemente, iba a ser más reconfortante que una compañía impuesta por el deber filial.

Abracé a Antonio y con el abrazo le signifiqué que dejaba a mi madre a su cuidado. María sólo dijo que estuviera tranquilo, que serían tres en una misma casa.

El viaje de vuelta se hizo más corto. Los campos se habían librado de la nieve y los caminos de los lodazales. Cuando llegué a casa de tía ésta me abrazó sinceramente. Era el hombre de su casa y me habían echado en falta. Pilar, mi pequeña prima, también estaba alegre y Margarita... Margarita se acercó para darme un beso pausado, un beso lento, depositándolo en mi mejilla como si hubiera estado conservado desde hacía mucho tiempo.

El profesorado, a pesar de mi ausencia, había consentido en pleno para darme el pase a segundo curso. Ignacio ya no trabajaba en el pabellón de Verli. Había sido reclamado por Escolá y el jefe había accedido a su traslado porque un nuevo efectivo le iba a sustituir. José me anticipó que tenía que compartir el cadáver con el nuevo pero que no pasara cuidado, que no se lo había cobrado. Poco a poco fui recuperando el ritmo de trabajo. La angustia que arrastraba tras despedirme de mi madre se disipó y durante meses devoré libros con una idea recurrente que me agobiaba. Miasmas, orgánulos, viriáculos. Una nueva ciencia emergía. Los tratados más modernos aventuraban que tras la visión de ciertas sustancias, empleando unas lentes más potentes que las de Boek, se había descubierto filamentos con posible vida propia. Esto había sido visto en

alimentos descompuestos y sobre todo en el queso. Durante unos días tuve que abandonar estos temas. En el pabellón de Escolá, donde ahora trabajaba Ignacio, se había declarado una epidemia de fiebres puerperales. Todos los estudiantes en activo ayudamos, sin horario, a la atención de aquellas desgraciadas. En todas sucedía lo mismo. Tras un parto normal sufrían, a las cuarenta horas, tiritonas que hacían mover la cama. Dos días después surgían unas manchas en la piel, las temidas manchas de San Telmo, y a las pocas horas sobrevenía la muerte. Las sangrías de nada servían, los bálsamos y la quina aminoraban su temperatura pero sólo el Láudano les ayudaba a bien morir.

En Julio se temió que habría necesidad de anular los permisos de los estudiantes pero curiosamente, cuando éstos se ausentaron, la epidemia cesó. Fue como si las fiebres también hubieran tenido la necesidad de visitar a sus padres.

Cuando habían pasado tres días tras la última muerte José me comunicó que Verli quería verme. Fui a su despacho y lo encontré cansado y extraño. Sin saludarme y sin invitarme a tomar asiento me lanzó...

- ¿Después de lo que ha visto sigue pensando en que debería abrir las ventanas? ¿Ha visto lo que produce la necesidad?

- No entiendo... -Comenté-

- ¿No entiende? ¡Usted tampoco entiende! ¿Se han dado fiebres en nuestro pabellón?

Me cogió de sorpresa.

- ¿Usted que es tan observador no ve lo que es obvio? ¿Por qué no convence a Escolá?

- Perdone profesor. Convencer... ¿De qué?

- ¡De que cierre sus ventanas! ¡Diantre! ¿Cómo están las ventanas del pabellón de mi colega?

- Abiertas... Abiertas de día y cerradas por la noche si hace frío...

- ¡Ahí está la causa! ¡Esa es la causa de la epidemia! Se lo he advertido y ¿Sabe que me ha dicho? Mejor no se lo cuento. Pero insisto, ya que usted se lleva tan bien con él porque no le convence... Que las cierre !Ya!

Verli estaba excitado. Intentaba alisarse el pelo con ambas manos pero éstos se erguían. Lo cierto es que podía tener razón. En su pabellón se habían declarado escasas muertes por fiebres. La cantidad exacta se desconocía porque, nadie las había anotado, pero estaba claro que el pabellón de Escolá las triplicaba e incluso quintuplicaba. Verli sonrió, dio un giro de noventa grados y miró hacia los cipreses del patio.

- ¿Sabe que estoy pensando? Que tal vez su propuesta de registrar las causas de muerte no sea tan descabellada. Prepare usted algún modelo al efecto y preséntemelo ¡Hablaemos!

¡Por fin! Hasta mi tía Teresa registraba las compras y los gastos de la casa. ¿Cómo era posible que hasta entonces nadie hubiera tenido la necesidad de anotar cuántos pacientes morían o cuántos vivían? *“Lo que no se cuenta se pierde”* Decía Gauss en sus “Disquisiciones aritméticas” Había propuesto ese registro a Verli y se había ofendido y ahora lo pedía porque estaba seguro de que en su pabellón se daban menos fiebres que en el de Escolá ¡Ruín! Pero al menos había accedido. Lo iba a poner en marcha y pronto, porque lo único que hice fue copiar las hojas de tía añadiendo algunas columnas donde anotar el

nombre de la paciente, la edad, el motivo de entrada y el de salida ¡Era sencillo! Pero aún así la hermana protestó porque según ella no era una contable. Con su actitud me sugirió que si yo quería registrar no había problema pero que debía esperar escasa colaboración por su parte. Verli la hubiera convencido mediante una orden tajante pero preferí no decirle nada. Intuí que, si los registros no se hacían voluntariamente, de poco iban a servir. Hablé con Ignacio y se comprometió a registrar las variaciones en el pabellón de Escolá (Claro está sin que se enterara) de este modo podría tener números de ambos pabellones.

Pasaron los meses de calor y con él, la tranquilidad. En Septiembre volvieron los estudiantes noveles y las salas se volvieron bulliciosas. A medida que pasaban las semanas, lo que en principio era emocionante se iba convirtiendo en rutina. Estaba tan habituado a los vómitos que podía distinguir su procedencia con solo mirarlos. Si contenían hilos de sangre, del esófago. Si alimentos, del estómago, si eran verdes, de la bilis, si con heces intestinales. Ya no me originaban arcadas y podía incluso olerlos aunque la hora del almuerzo estuviera próxima. Con el pus sucedía lo mismo, abría los abscesos, y si me echaba hacia atrás, no era para evitar su pútrido olor sino para impedir que su contenido me salpicara. Aprendí sin asco a diversificar las heces y las orinas, a valorar sus tonos y lo más difícil, a localizar la procedencia de los esputos tras apreciar su densidad entre los dedos ¿De la nariz? ¡Densos! ¿De garganta? ¡Más fluidos! ¿Del pulmón? ¡Muy filantes! Pero sobre todo atendía partos, muchos partos, porque Verli, además de seguir con las ventanas cerradas no permitía que los estudiantes metieran mano a sus pacientes. Llegó un momento

en el que debía atender diez al día, y entonces, junto a la monja, solicitamos a Verli la contratación de una matrona que aliviara la carga, y lo permitió pero sólo mitigó el trabajo en el pabellón, porque el maestro me “invitaba” a que le ayudara en la atención de los partos a domicilio, partos por los que no veía ningún estipendio excepto el honor profesional de ayudar a uno de los obstetras más afamados de la ciudad. Los valores pecuniarios se los embolsaba Verli y no debían ser escasos ya que las familias eran pudientes. También registré esos partos, no sólo por rutina sino, por si algún día el maestro se atrevía a preguntarme cuánto me debía.

Así pues el trabajo era agotador. Cuando llegaba a casa, muy de noche, sólo Margarita me esperaba despierta. Le había repetido muchas veces que no lo hiciera, que yo mismo podía calentarme la cena pero ella, en contra del parecer de tía, permanecía cosiendo hasta mi llegada. Yo no estaba conforme con ese sacrificio pero lo cierto es que era la única persona a la que podía contarle lo que me había sucedido durante el día, y Margarita me escuchaba paciente e incluso parecían satisfacerle mis relatos. Luego me retiraba a mi cuarto y le robaba al sueño las horas que pudiera para seguir completando mi formación con aprovechamiento.

Esos días estaba totalmente dedicado a preparar una lección especial sobre “La enfermedad Sifón”. Más modernamente había sido llamada “Sifón Mellitus”, aunque esta denominación no gustara al profesor Castellón prefiriendo simplemente la de Sifón debida al médico alejandrino, del siglo I, Demetrio de Apamia. Se habían detectado algunos casos en su pabellón y él mismo me encargo que revisara el tema. Tras largas consultas en los libros escribí cómo,

Sir Thomas Willis, en 1674, había descubierto el sabor dulce de la orina de esos enfermos. Era algo curioso.

*“Tras acabar de visitar a uno de mis enfermos observé que sobre su orinal se acumulaban las moscas en mayor medida que en el resto de los enseres. Tomé la bacinilla y vertí cierta cantidad de su contenido en una copa. Tras meditar y vencer la repugnancia sorbí de ella ¡En efecto! ¡Era dulce!*

*Pasé mes tras mes probando y probando orinas hasta que pude certificar que sólo era dulce la orina de los pacientes que adelgazaban sobremanera y que morían ciegos o con lesiones en la piel”.*

En uno de los libros más recientes constaba que Mathias Dobson en 1774 apostaba porque la sustancia edulcorante de la orina era azúcar. A mí la enfermedad no me interesaba porque, además de infrecuente, su atención era harto desagradecida. Lo que más me maravilló fue la capacidad de observación que Sir Thomas demostró ¿Cuántos y cuántas veces habían visto merodear a las moscas por ese tipo de orinas? ¿Por qué nadie había reparado en el hecho? Eso es lo que fundamentalmente resalté en mi memoria, además de considerar que todos los estudiantes debían degustar las evacuaciones líquidas para diagnosticar con certidumbre el proceso. Me imaginé a los novatos realizando la maniobra. La verdad es que yo las había probado y en efecto, además de sentir asco, sabían a miel ¿A qué era debido? Nadie lo sabía. Se estimaba que por la orina fluía un componente (según Dobson azúcar) bien porque a esos cuerpos les sobra o porque no podían retenerla. Esa pérdida de sustancia dulce los llevaría al estado en el que terminan por morir y algunos, proponían como remedio, solucionar ese déficit ofertándoles mucha sustancia dulce pero limitándoles la ingestión de agua para que concentraran la evacuación de la

misma. A pesar de estas propuestas racionales los pacientes no mejoraban. Era doloroso ver cómo, a pesar de privarles del agua, orinaban veinte o treinta veces al día y cómo, aún suplicándolo, se les privaba de beber. En la memoria propuse que se les permitiera beber cuanto quisieran ya que, no mejorando con la restricción hídrica, al menos no se les hacía sufrir a causa de la sed. Por otro lado desesperaba también verlos comer y comer para certificar que cada día estaban más flacos y sobre todo, cómo al final, al cabo de unos años, si antes no morían secos y con respiración rápida, se quedaban ciegos o tullidos cuando no se les agujereaban los pies y las nalgas. También hice referencia a que existían dos tipos de mal “De Sifón”. Unos con orina dulce y otros con orina insípida pero más clara. Las últimas y más recientes publicaciones francesas opinaban que parecía existir una enfermedad “Sifón” de los obesos y otra de los delgados. En los dos casos, en obesos y delgados, la orina sabía dulce pero los obesos padecían un mal menos grave y a edades más tardías mientras que los flacos se afectan antes y también morían más jóvenes. Otra circunstancia que llamaba la atención era que en este tipo de pacientes las heridas se cerraban mal y casi siempre originaban pus. La causa de esta circunstancia también se ignoraba. Iba a proponer que tal vez el azúcar no sólo fuera más abundante en la orina sino también en otros fluidos y que ésta impedía que las heridas curasen por la abundancia de la misma, pero ante la posibilidad de que Castellón me encargara investigar tal supuesto lo eliminé ya que no podía robar más tiempo al tiempo.

Mi trabajo no produjo ni críticas ni alabanzas. Pasados unos días el profesor Catellón me comentó que a él no le desagradaba. Me explicó que llevaba años tras ese mal y que para su entendimiento esos enfermos eran como recipientes

sin espitas. Todo el líquido que les entraba salía sin demora, y por eso, él también era de la opinión de que sino se podía cerrar el orificio había que mantenerlos llenos de agua porque, de lo contrario, acontecía la desgracia. Por lo tanto el secreto podía estar en aportar líquido y más líquido para que no se vaciaran. Comentó también que algún día la ciencia sabría a qué se debía ese defecto de regulación pero que él no estaba de acuerdo con los anatomistas que propugnaban un defecto en el cierre de la vejiga como causa. Le insistí en la observación de esa diferencia entre obesos y delgados y me comentó que en efecto ya era conocida. Tal vez a los voluminosos echaban azúcar porque les sobraba y los flacos la expulsaban porque no podían retenerla. Por eso los primeros morían por gota y apoplejía mientras que los segundos lo hacían por delgadez extrema.

De forma práctica él recomendaba que se les permitiera beber lo que ansiaran y comer lo que desearan. Nada se podía hacer por estos desgraciados así que al menos morían felices. Y yo estaba de acuerdo con esta actitud ¡En fin! Era un tema apasionante. El trabajo no tuvo la resonancia que había tenido el de las uñas de los cadáveres pero no me importó. En cierto modo era bueno limar la vanidad y seguir trabajando. Y así lo hice. Los registros eran ya abundantes. Algo me decía que el conocimiento pasaba por el registro y que algún día iban a decirme algo, y en efecto, pronto me sirvieron, porque Verli me citó en su despacho y cuando acudí me habló con amable e inusual cortesía.

- Vamos a ver mi querido discípulo. Bien está que usted trabaje en el pabellón sin recompensa porque al fin y al cabo su pago es aprender, pero la otra noche hablando con mi esposa me hizo ver que sus ayudas a domicilio son otro asunto y que bien valían una recompensa ¿Qué le parece?

- Me parece profesor que su esposa es una señora.

- ¡Lo es! ¡Vaya sí lo es! Le voy a pensionar con un real por parto.

¿Correcto?

No hice comentarios. Sólo me pregunté a qué esa repentina muestra de justicia distributiva.

- ¡Muy bien! Doce partos por un real son doce reales. ¿Conforme?

- Profesor... ¿Desde cuando ha decidido usted pensionarme?

- Ya se lo he dicho, desde anoche, tras hablar con mi esposa.

- ¡Ya! Pero me refiero a que... ¿Desde qué mes desea usted pagar mi colaboración...?

- Pues desde el primero joven, desde el primero...

Miré mis hojas de registro y me aventuré.

- Entonces... Desde Marzo hasta aquí hemos atendido cuarenta y dos partos.

- ¿Tantos?

- Sí señor.

- ¿Está usted seguro?

- Sí señor. Si quiere puedo decirle los domicilios, los días y los resultados...

- Está bien, está bien. Cuarenta y dos reales son muchos reales. Tome, doce a cuenta y ya hablaremos... Por cierto quería comentarle otra circunstancia. ¡Siéntese! Siéntese... Aquí, a mi lado...

Tanta amabilidad me intrigaba. Algo importante quería decirme así que, metí mis papeles en la carpeta y, me senté.

-Verá querido colaborador. Estoy de usted muy orgulloso porque no oigo sobre su aplicación sino alabanzas...

Mal te irá si te hacen lisonjas - Pensé-

-¡Sí! La verdad es que me gusta cómo trabaja usted y como se dedica a los pacientes.

¡Uy...! ¡Uy...! Presentí que el mosquete estaba esperando la chispa y así fue. Surgió el fogonazo.

- ¿Ha oído hablar del congreso de tocólogos de Viena?

¿Iba a mandarme a Viena? Ni afirmé ni negué. Verli dirigía su discurso y dijera lo que dijera iba a continuar.

- Pues verá joven. Después de tantos años de trabajo ¡Por fin! He sido invitado.

El profesor se levantó. Metió los pulgares en el chaleco y se hinchó como un pavo.

- No crea que invitan a cualquiera ¡No! ¡Ah! Pero Viena está muy lejos. Por un momento pensé que quería enviarme a mí.

- Muy lejos... Pero ese congreso es la consagración de un profesional. En ese momento intervine.

- ¿Desea usted que le acompañe?

- ¿Eh? No. No es eso. Quiero que se quede encargado del pabellón ¡Claro está! A las órdenes de Escolá que supervisará lo que sea necesario. Usted sería, por decirlo de algún modo, mi sustituto oficial... ¿Comprende?

Tuve miedo. Al fin y al cabo aún no llevaba dos años en la facultad, aún no tenía el título de grado medio y la responsabilidad era mayúscula. Verli debió leer mis temores y añadió.

- ¡Ah! No se preocupe. El profesor Escolá pasará sala dos o tres veces a la semana, hará casi lo mismo que yo hago ahora y además, antes de que parta, le facilitaré el título de grado medio con el cual podrá legalmente ejercer en estas condiciones. Si lo que le inquieta es la clientela de los domicilios esté también tranquilo, la atenderá Escolá... ¿Y bueno? ¿Qué dice? ¿Acepta?

¿Qué podía decir? Si no aceptaba cuál era la otra opción.

- ¿Y cuando partiría usted profesor?

- A primeros de Enero.

- ¿Y estaría fuera?

- No sé... Cinco meses, seis a lo sumo. Espero estar aquí en Mayo o Junio.

Cuando me dirigía a casa de tía Teresa volví a sentir, más que miedo, inseguridad. Me quedaban tres meses para adiestrarme totalmente en el uso de los fórceps, para aprender a dirigir con total seguridad un parto de nalgas, para... ¡En fin! Para dominar las técnicas que me permitieran sobrevivir ante la ausencia del profesor sin sufrir pesadillas nocturnas. Me tranquilizó saber que Escolá estaría siempre a mis espaldas y por otro lado Verli había también decidido, no sólo retribuirme por los partos que le había ayudado, sino también pensionarme durante los meses de su ausencia. La verdad es que no necesitaba dinero, no tenía gastos ni tiempo para hacerlos pero ver recompensados mis

esfuerzos me daba ánimos. Constituía un reconocimiento a mi labor. Mi madre me enviaba ciertas cantidades, pero ella, acostumbrada a la vida en el campo no sabía del escaso valor que el dinero tiene en la ciudad. Sus aportaciones se alejaban de la realidad pero no le dije nada y por supuesto mi tía sólo me prestaba la estricta manutención y hospedaje.

Por otro lado pensé en lo tranquilo que iba a trabajar sin jefe y sobre todo, como una centella reverberante volvió a mi deseo la visión de una sala con las ventanas abiertas. Y es que el asunto había cobrado más interés cuando descubrí que uno de los ventanales laterales carecía de todos los cristales superiores.

Antes de que Verli partiera sumé las muertes que se habían dado en nuestro pabellón separándolas cama por cama. No había diferencia entre las más alejadas y las más cercanas a las ventanas. Las pacientes alojadas bajo ese quicio no sólo no habían muerto sino que lo habían pasado mejor que las encamadas al fondo o bajo la que conservaba todos los vidrios. Concluí que si de verdad los miasmas externos se mezclaban con los internos las camas situadas bajo los ventanos rotos debían arrojar más muertes que en las del resto. Las que habían parido y se alojaban allí morían por fiebres o se iban sanas con igual frecuencia que las situadas bajo las ventanas cerradas. Silencié el hallazgo. Si le hubiera dicho algo a Verli se hubiera puesto en guardia y hubiera objetado que, al faltar sólo una hilera de vidrios, la cantidad de miasmas que habían entrado por allí podía ser insuficiente. Estaba seguro de que abrirla no aumentaría los fallecimientos pero debía tener paciencia, debía esperar a la deseada “Marcha Vienesas”

A fuerza de horas de trabajo mi destreza manual aumentó, en poco tiempo dominé la disección del cadáver, la disección de la pobre número cinco que ya era sólo un conjunto de tirillas musculares, huesos y alguna víscera accesoria, como el útero, del que observé su estructura valorando que era mejor seccionarlo en sentido transversal que vertical, como hasta entonces se venía haciendo en las cesáreas. El pequeño sáculo se cerraba así más fácilmente, sus tejidos se aproximaban mejor y por tanto debían cicatrizar mejor. Además, los conductos que llevan sangre al útero estaban dispuestos en forma circular, de modo que al hacer una incisión en este sentido serían lesionados en menor número y la paciente sangraría menos. Lo comuniqué al paraninfo y propuse ensayarla en las próximas intervenciones ya que, según mis registros las mujeres que sobrevivían a una cesárea eran escasas. Pero se me criticó (Y puede que con razón) ya que las condiciones in vivo no eran las del cadáver.

Verli estaba enfrascado en su próxima partida y sólo me apuntó que la máxima de una cesárea era sacar al nuevo ser y salvarlo a costa de todo. Lo cierto era que cuando una desgraciada se veía en este trance, sino moría desangrada, lo hacía, a los pocos días por flemones en el abdomen o por fiebres.

De los registros que Ignacio me facilitaba vi que , en efecto, en el pabellón de Escolá, el número de mujeres que morían al mes y por fiebres era mayor. Pensé que la razón podía estar en que atendiera más mujeres pero cuando sumé el número de ingresos y los comparé obtuve todo lo contrario, nosotros atendíamos más partos y nuestros casos de fiebres eran casi la mitad de los de su pabellón. Eso me devolvió a los temores ¿Y si Verli tenía razón? ¿Y si su teoría de la sumación de miasmas era cierta? Le rogué a Ignacio que siguiera siendo puntual con los registros del pabellón de Escolá y ciertamente lo hizo.

También le insinué a Verli que, al menos dos estudiantes noveles, pudieran ayudarnos, pero se negó.

Los días pasaron veloces y acostados sobre el cansancio. Margarita seguía esperándome despierta fuera la hora que fuera, volví a recriminarle su actitud pero ella deseaba que le contara lo que ese día había hecho o visto. Le conté el futuro que me esperaba sin Verli, haciendo de jefe, y en contra de preocuparle se ilusionó. Por vez primera adiviné que tras los ojos negros de mi prima había un diseño de futuro. Cuando me cambiaba los platos lo hacía como si ella también estuviera practicando funciones nuevas. Me preguntó si había posibilidades de quedarse de jefe de pabellón, cuando Verli se retirara y cuál era la remuneración anual de ese cargo y lo que se podía obtener por la atención domiciliaria ¡Dios mío! Adiviné sus intenciones y se me rizó la piel, y no porque Margarita no fuera agradable ¡No! Era porque ... No había pasado por mi mente la posibilidad de... ¡Dios mío! ¡Además éramos primos! No carnales pero primos... ¿Una dispensa del papa? ¡Ni hablar! Perdí en ese instante el apetito y empecé a comprender sus atenciones y el que la tía permitiera que me esperara incluso más allá de las doce. Margarita notó mi incomodo y le expliqué que legalmente hasta que no tuviera el grado medio no podía cobrar servicios oficiales, que la jubilación de Verli, con su excelente estado de salud era muy lejana y que atender los partos a domicilio era un coto cerrado a los profesores de la facultad. Después seguí diciéndole que mi futuro podía estar en algún pueblecito alejado del mundo y que muchas veces habría de cobrar en especias. Pensé que a la siguiente noche Margarita ya no me pondría la cena pero no fue así, siguió esperándome todas las noches y cada vez más atenta y arreglada. Le contaba los sucesos del día y ella escuchaba y escuchaba mis

relatos con sincero interés. Yo le tenía un afecto especial pero ¡Señor! De ahí a formar un... hogar con ella. ¡No! Todavía tenía un largo camino que andar...

El seis de Enero, curiosamente el día de mi cumpleaños, partió Verli. Fui a despedirle. Él estaba feliz, su señora esposa también y para mí aquello era un gran regalo de cumpleaños. Me dejó instrucciones escritas, el título de grado medio firmado y estampado y sesenta reales. En su carta me recordaba que debía ponerme bajo el sometimiento de Escolá así como, en su defecto, del resto del Claustro. En tono de humor me instaba a que guardara algún paciente vivo hasta su vuelta.

El primer día de su ausencia pasé la sala con Escolá. La verdad es que me sentí importante. El regordete profesor no objetó ninguno de mis diagnósticos. Con el pañuelo pegado a la nariz coincidió en que la manía de Verli, de no abrir las ventanas era sólo eso, una manía, aunque dejó bien claro que él no quería enfrentamientos y que si intentaba destrozar su teoría de la sumación de los miasmas, la responsabilidad sería sólo mía. Tras la vanidad que me produjo ser el jefe ocasional vino la carga de la responsabilidad. Esa noche llegué tan tarde a casa que no hubo ni cena ni charla con mi prima. Poco a poco fui haciéndome con la rutina de la sala y Escolá me acompañaba con más intermitencia. Cuando creí que todo estaba dominado surgió el primer conflicto al que me tuve que enfrentar.

Habían ingresado a una joven de veinte años por un parto retenido. Llevaba así dos días. Venía de un pueblo alejado y su estado era lamentable. La exploré y en efecto el feto estaba de cabeza, además la consistencia del cráneo era blanda.

Toqué el abdomen de la mujer y las nalgas del niño estaban a la altura del ombligo. El caso era urgente. Pedí que llamaran a Escolá pero no fue localizado. Pedí a la matrona que preparara el instrumental para hacer una cesárea y volví a solicitar la presencia de Escolá pero nadie sabía dónde estaba. Acudió Ignacio y le rogué que se hiciera eco de mis dudas.

- ¿Cuánto lleva de parto? -Preguntó-
- Más de cincuenta horas.
- ¡Dios mío! ¿Qué vas a hacer? ¿Una cesárea?
- ¡No sé! ¡Diantre! ¡No sé! ¿Y Escolá? Dónde está ese...
- No le he visto en toda la mañana.

La joven apenas se mantenía consciente. No sangraba pero según el relato de su padre lo había hecho en abundancia. El hombre, un anciano campesino, lloraba desconsolado, pedía un milagro de mis manos y esos ruegos aún quebraron más mis ánimos.

- Si hago una cesárea morirá... - Le comenté a Ignacio-
- No necesariamente y además es lo único que se puede hacer ¿No?
- El feto está muerto -Volví a comentar-
- ¿Cómo puedes saberlo?
- ¿Lo dudas? ¡Tócale la cabeza!
- ¿Que?
- Que la palpes ¡Ven!

Ignacio metió los dedos dentro de la joven y confirmó la pastosidad del cráneo fetal.

- Es igual. Si en una hora no viene Escolá habrá que hacer una cesárea.

Yo te ayudaré -Añadió-

- ¿Has leído algo sobre la basiotriba? -Pregunté-

- La basio... ¿Qué?

Ignacio ni había leído ni había oído hablar de la basiotriba. Yo tenía conocimiento de esa técnica porque la había visto en un tratado que estaba en la biblioteca del decanato. Se había empleado en Francia y siempre en casos similares al que se me presentaba. Consistía en introducir una cuchilla alargada hasta el interior del útero para seccionar el cuello del feto muerto y poder extraer la cabeza y luego el cuerpo. Cuando le comenté la maniobra Ignacio palideció, se llevó las manos a las sienes y repitió varias veces “¡Ni se te ocurra! ¡Ni lo pienses!

El pulso de la parturienta era demasiado fino, casi imperceptible, como un alambre, apenas palpable. La pobre no sentía ya el dolor. Intenté tranquilizarla y al mirarla esbozó una sonrisa forzada. En ese momento sentí deseos de huir.

- Si no te atreves... ¡Déjame! Yo la haré -Comentó Ignacio-

Por mi mente pasaron con rapidez los años de trabajo y mi recién estrenado título de grado medio. Lo iba a poner en peligro. Era consciente de ello ¡Estaba a medio camino! Tenía que hacer caso a Ignacio ¡Sí! Una cesárea era lo pertinente pero desde la seguridad de que el feto estaba muerto, practicarla era también condenar a la mujer a la muerte. De cada diez cesáreas que Verli practicaba nueve morían y eso en mujeres con mejor estado que ésta. Un débil “Ayúdeme” que salió de aquella boca reseca me devolvió la valentía. Inspiré hondo, me senté frente a la vulva de la joven y le grité a Ignacio.

- ¡Las cesáreas se hacen para salvar al feto y éste ya no tiene salvación!

- ¡No te lo voy a permitir!

Cuando se acercó le empujé.

- Está bien ¡Tú sabrás lo que haces! -Replicó-

Pedí a la matrona un dilatador y ésta no se movió. Miró a Ignacio y él afirmó con la cabeza, entonces me lo acercó. Tras colocarlo abrí con una lanceta el cuello del útero y al instante manó abundante líquido verde. Metí luego los dedos índice y medio de la mano derecha y fui dilatando el orificio hasta lograr introducirla por entero. En ese momento la mujer dio un chillido y perdió el conocimiento. La cabeza gelatinosa del feto no se movía, estaba atascada. Intenté extraerla pero se deslizaba entre mis dedos. Ignacio y la matrona guardaban silencio. Pedí que colocaran en mi mano izquierda una larga cuchilla de Fanek con su punta en hoz hacia adentro. Ninguno de los dos quiso hacerlo y tuve que gritarles para que acataran mi petición. Acerqué el metal con el filo hacia adentro y lo hice discurrir por la palma que tenía introducida. Tras asegurarme de que estaba sobre el cuello del feto tiré del mango e hice varios cortes no sin dificultad. La sangre que salió era negra, casi coagulada. Extraje con cuidado la cuchilla y como tampoco ninguno de los ayudantes quiso cogerla la arrojé al suelo. La mano izquierda, ya libre, me sirvió para hacer presa con la derecha y abarcar el cráneo del feto. Sonó un chasquido. Las vértebras del cuello habían cedido. Tiré luego con fuerza y como dos grandes babosas, salió primero la cabeza y luego el resto del cuerpo. En ese momento brotó más sangre pero ahora viva. Mi batón se tiñó de rojo. Su excesiva cantidad y su repentina aparición me desconcertaron. Cerré el puño, lo introduje por entero en la cavidad que sangraba y gritando pedí unos paños. Antes de que me los acercaran limé con la zona externa de la palma el interior del útero y extraje la placenta que salió entera. Luego los borbotones fueron a menos y al final cejó la hemorragia.

Ignacio observó toda la maniobra sin ayudarme. Cuando acabé, sólo se atrevió a decirme que la mujer aún vivía. La matrona había envuelto al feto y lo había depositado sobre la mesita del instrumental. Me acerqué al bulto inerte y lo destapé. Era un feto varón. Su piel era de color marrón y por los signos externos que presentaba debía llevar muerto al menos una semana. Respiré hondo, me liberé de los coágulos que entrelazaban mis dedos y salí al pasillo. El anciano que me había rogado un milagro estaba arrodillado contra un rincón. Al oír mis pasos se levantó y me preguntó por su hija. Le expliqué que aún vivía pero que estaba muy grave, que era necesario seguir rezando ¡Es curioso! No preguntó por el niño y nada le comenté. Ignacio salió después. Estaba aturdido. Se apoyó en la pared y quiso decirme algo pero se fue sin hacer ningún comentario.

A las dos horas apareció Escolá. Habló con la matrona y me instó a que me quedara porque debía hablar conmigo pero me fui. Paseé por la ciudad sin rumbo fijo y reparé que desde la visita de mi madre no lo había hecho. Entré en una tasca y desde los toneles el vinatero me miró con indiferencia. Pedí un vaso y una jarra y me senté sólo en un banco de madera. Cuando sorbí el tinto un sabor dulzón a sangre le acompañó. Me pareció que el vino también quería coagularse y por eso apuré vaso tras vaso ahogando en cada trago ese “ayúdeme” que podía acabar con mi carrera. Presumí que mi sueño podía haber terminado y con la segunda jarra acepté que había hecho lo que tenía que hacer. Si aquella mujer moría, y era lo más probable, volvería con mi madre ¡Pobre madre! Sacrificada en su soledad por ver algún día su deseo y el mío cumplido. A duras penas logré llegar a casa. Subí a mi cuarto tropezando y me acosté vestido. El alcohol hizo lo demás. Cuando a la mañana siguiente Margarita

golpeó la puerta deseé que todo hubiera sido un horrendo sueño, pero al abrir los ojos fueron apareciendo las imágenes vividas y frente al espejo se ordenaron sin que el agua de la jofaina pudiera arrastrarlas ¡No! No había sido una pesadilla.

Llegué tarde al pabellón. Escolá había hecho ya la visita. José estaba esperándome en la puerta.

- ¿Esss, eees verdad lo que, lo que dicen?

- ¿Y que dicen?

- Queee has descuar, descuar, descuartizao un crío dentro de, de las entrañaas de suuu madre.

En ese momento tuve una nausea, no supe si por la resaca o porque la sinceridad de José anunciaba el cáliz que me esperaba. Entré en la sala, busqué el batón pero viendo las manchas de sangre no me lo puse. Me dirigí directamente hasta la cama de la mujer y a unos metros percibí que no estaba vacía ¡No había muerto esa noche! Desde los pies del lecho observé que su nariz no aleteaba como el día anterior, sus labios amoratados estaban ahora rosáceos. Estaba inconsciente, le tomé el pulso y era aún débil. Posé la palma de mi mano sobre su frente y comprobé con alegría que no quemaba. La matrona se acercó mirando al suelo.

- Ha delirado y ha pedido agua. Se la he dado pero no traga bien. Tose.

- ¿Por qué no le ha puesto una tuba?

- Porque no sé. Sólo soy comadrona.

- ¡Traiga una! -Le ordené-

- El doctor Escolá ha dicho que...

.- ¡Traiga una! -Repetí-

La matrona se resignó y al cabo de unos minutos apareció con la tuba. La paciente había perdido mucha sangre y con ella fluidos. La sangre se recrea internamente pero el agua hay que aportarla. Esta lección me la había enseñado Castellón. En su pabellón, a algunos pacientes, se les hacía tragar un conducto acodado y hueco por el que se podía introducir, no sólo agua sino incluso caldos e infusiones. No se hacía muchas veces pero era una técnica sencilla y poco peligrosa.

Cuando abrí la boca de la mujer para introducir el extremo del tubo Ignacio gritó desde la puerta.

- ¡Un momento!

Se acercó con pasos largos y bajando la voz me susurró.

- Escolá te ha prohibido la entrada en el pabellón y más aún, que te acerques a esta paciente. Te espera en su despacho ¡Ahora!

- ¡Que espere!

- Mira Alonso, eres mi amigo y no puedo permitir que empeores tu situación.

No le hice caso. Le pedí que me ayudara y aunque a regañadientes lo hizo. Introduje el extremo curvo sobre la lengua reseca de la mujer y lo deslicé con suavidad. Primero tuvo un arcada y luego tosió pero nada más. Por el tubo no salía aire, prueba de que el extremo introducido no estaba en los pulmones. Pedí agua, incliné con suavidad el recipiente y la introduje lentamente. La mujer no tosió. Prueba de que el tubo estaba dentro del estómago.

- ¿Ignacio?

- ¿Sí?

- ¿Quieres hacerme un favor?

- Cuál.

- No te pido que mientas por mí pero sabes que voy a atender a esta paciente me dejen o no.

- Ya lo intuía....

- Si no puedo... Sí de verdad me niegan o me impiden la entrada.  
¿Querrás ocupar mi lugar?

Ignacio no afirmó pero sabía que su silencio contenía un sí.

- Ahora voy a ver a Escolá. Métele en pequeñas cantidades, al menos dos litros de agua al día. Vigila si orina o defeca y llama pronto a la matrona o a la monja. Que la limpien al instante. Cerciórate cada dos horas de que no tiene fiebre y si sucede algo házmelo saber...

- ¡A sus órdenes profesor López! -Contestó Ignacio burlándose-

- Harás esto por mí y por ella ¿Verdad?

- Ya te he dicho que sí.

- ¡Gracias amigo!

- ¡Ah! Pero si me preguntan lo negaré todo. Yo quiero ser médico, me falta sólo un año ¡Por cierto! Casi se me olvidaba. El capellán se ha enterado de todo.

- ¿El capellán?

- Sí. Y ese es peligroso. Si moviliza a la Santa Madre Iglesia no te salva nadie.

- Es igual. Lo importante es ella ¡Cuídala por favor! Lo demás no importa.

Pero si importaba. Escolá no sólo confirmó lo que Ignacio me había adelantado sino que lo completó diciéndome que el cura había dado informe al magistrado y éste había pedido una investigación al cuartel. Escolá había logrado convencer al Togado asegurándole que en una semana se reuniría el Claustro y que si éste determinaba dolo en mi actuación se lo comunicaría a los agentes para que procedieran bajo sus órdenes. El juicio iba a ser pues más que legalista científicista y eso, porque según me aseguró mi docto encargado, el padre de la joven estaba a mi favor y no había presentado denuncia. El caso llegó hasta la gaceta y jamás podía sospechar que ese panfleto provinciano de apenas dos hojas pudiera manipular los hechos como los manipuló ni lanzar las injurias que lanzó. En un número, y según informaciones veraces, el niño venía al mundo con dos cabezas y por esa razón lo decapité. En el siguiente el feto llegó hasta chillar de dolor y en el editorial del tercer día se aseguraba que el padre de la criatura me había amenazado de muerte ¡Cuánta necesidad! Intenté conservar el ánimo pero fue difícil y no por mi futuro sino por el daño que podían hacer esos libelos si llegaban al conocimiento de mi madre. Mi tía los conoció enseguida pero no hizo ningún comentario. Los días que sucedieron antes de la reunión del Claustro se me hicieron interminables. Por la noche, y a hurtadillas, iba a visitar a la enferma. Ignacio se encargaba de ella como había prometido y además atendía, por mi ausencia, al resto del pabellón. Le facilitaron la ayuda de otra monja, sor Reyes, pero como ésta no dormía en el edificio no hubo que comentarle mis visitas.

A los dos días la joven estaba aún inconsciente. Ya no tenía la boca seca y le retiré la tuba para observar si tragaba sin dificultad. Nunca se había dejado puesta más de dos días y tenía miedo, la situación no estaba como para

experimentar. Le di agua y la deglutió sin dificultad ¡Menos mal! Era una alegría. Los desgarros de sus genitales evolucionaban bien, se estaban cicatrizando con limpieza y ya no sangraba por la matriz, pero lo que más me animó fue, que mientras estaba explorándola orinó sobre mis manos. Fue un chorro fuerte, primero de color oscuro pero luego claro y abundante ¡Otro buen signo! Jamás pensé que si alguien se orinaba sobre mí me iba a producir tanta alegría. Además ¡No tenía calentura! Y su abdomen estaba plano y blando.

El tercer día me aventuré a ir al pabellón por la mañana pero la entrada me fue imposible. Un ujier me la impidió. Por la noche tampoco me fue posible, alguien se había ido de la lengua y seguía allí. Me retiré a casa y durante dos días y dos noches intenté imaginar lo que me iban a preguntar y a recriminar. Preparé las respuestas y una frase de Dante cobró vida y sentido “*Nessum maggior dolore che ricordarsi del tempo felice nella miseria*” ¿Cuántos planes tenía? ¿Cuán feliz era dirigiendo lo que creía mi pabellón? ¿Cuánto trabajo por hacer! ¿Y ahora?

Cuando sólo faltaba una noche para la cita con los sabios decidí no defenderme. No acudiría a la reunión del Claustro. Le pedí a Margarita que me ayudara a preparar la bolsa y ella preguntó...

- ¿Dónde vas?

- Es por si me meten en la cárcel - Bromeé sin entusiasmo-

- ¿Huyes?

- Llámalo como quieras, la verdad es que estoy cansado. No deseo luchar más.

- ¿Lo has meditado o es miedo?

- ¿Miedo? Es más bien asco. ¿Piensas que tomen la determinación que tomen podré seguir entre ellos?

- ¿Y por qué no? Tu me has dicho muchas veces que están anclados en la medicina griega ¿No?

- Algunos incluso en la egipcia.

- Pues cámbialos

Metí una camisa y ella la extrajo.

- ¿Cambiar qué? ¿Qué puedo cambiar?

- Lo ignoro pero si te vas seguro que no cambia nada.

- ¡Que les den veneno! ¡Me han derrotado!

Esta vez Margarita no sacó las calzas que acababa de introducir. Se retiró unos pasos y se sentó perezosamente sobre la cama.

- Tu no eres así. Sabes que no eres así. No sé si el destino te reserva éxito o desgracia pero tú eres de los que pide explicaciones al destino.

- ¿Eso crees? Pues le pediré explicaciones al destino desde mi granja.

Esta tierra de burros se merece al menos tener buenos caballos.

Seguí llenando la saca. Hubo un silencio largo y Margarita lo quebró.

- Te quiero.

- Yo también. Más que una prima eres la hermana que nunca tuve.

- Te quiero de otra forma Alonso. Te he querido desde que llegaste a esta casa.

Ahora el que enmudeció fui yo.

- Pues si me quieres ayúdame a marcharme.

- ¡No! No te ayudaré a hacer lo que no deseas.

- Como quieras, no hay prisa. La diligencia no sale hasta las nueve y si la pierdo cogeré la siguiente.

Margarita me pidió que me sentara a su lado y accedí. Puso su mano derecha en mi frente y mirándome a los ojos concluyó.

- Vas a ir a defenderte. Vas a decirles que salvaste la vida a esa mujer porque eres excepcional ¡Mejor que ellos! Vas a ir con la cabeza alta y vas a derrotar a los sabios. Les contarás que hacer otra cosa hubiera sido cobardía. Luego acallarás las calumnias que vierte sobre ti la gaceta y volverás a trabajar para hacerlo lo mejor que puedas. Cuando todo este asunto llegue a oídos de tu madre estará tan orgullosa que se henchirá como un gallo antes de cantar ¡Vas a ir! Porque si no lo haces no habrá lugar en el mundo donde puedas esconderte de ti mismo y porque además, otras mujeres como la que has atendido se merecen que estés ahí. Ya no eres dueño de tu comodidad, te debes a ellas y a todos los enfermos que puedas tratar.

Cuando Margarita retiró su mano de mi frente algo había cambiado. La firmeza con la que había hablado, la fuerza interior que había demostrado no la sospechaba en ella. Me levanté y me siguió. Se puso de puntillas y me besó suavemente en los labios. Antes de salir de la habitación sonrió y aprovechando mi desconcierto volcó la saca y desparramó su contenido.

Llegué a la cita con quince minutos de adelanto. Me senté en un banco frente a la puerta labrada del paraninfo y en el silencio miré los retratos de los insignes Decanos. Allá uno obeso y con birrete, aquí uno con mirada soñadora, a lo lejos otro vestido de uniforme con unos entorchados amarillos. Todos parecían mirarme, todos me acusaban o creí que me acusaban. La luz del patio

atravesaba las cristaleras poniendo verdes y azules en el suelo. Me silbaban los oídos pero esta vez no me sudaban las manos “Les vas a demostrar que eres mejor que ellos” Me repetía para infundirme ánimos.

De repente el tambor de unos pasos acercándose se unió al que tocaba en mi pecho ¡Allá venían! Era de educación levantarme y, cuando estuvieron al alcance de mi vista, así lo hice. El profesor Escolá se adelantó al grupo y se me acercó.

- Es usted puntual. Espere aquí y le llamaremos.

Acepté con el gesto y cuando el cortejo desfiló ante mí dejaron de parlotear sin dirigirme miradas directas. Todos miraron al suelo ¡Mala señal! Pensé. Eso lo suelen hacer los jueces cuando tienen el veredicto decidido.

Varela iba el primero, cómo no, estirándose de la barba. Nuez, el Decano, parecía un mandarín con las uñas entrelazadas, Castellón hizo mención de sonreír pero sólo esbozó una mueca de circunstancias. Tras Castellón... ¡Cuánto honor! Una panza negra abrochada con botones violetas y sosteniendo dos manitas peludas entrecruzadas. Era el capellán. Le hubiera besado el anillo cual si hubiera sido el obispo pero no se prestó al saludo. Su displicencia afeminada me hizo intuir que ése iba a ser mi gran adversario y es que no hay peor enemigo que la ignorancia animada por el fanatismo. Tras el capellán dos personas más que desconocía, las dos pulcramente acicaladas.

¡La suerte estaba echada! Los goznes rechinaron y volví a quedarme a solas con los retratos y con el repujado de la puerta. Para infundirme valor me dije que sólo tenía que demostrar que había hecho lo que debía hacer ¿Sólo? ¿Sólo eso? Pasaron demasiados minutos y me pregunté de qué estarían hablando. Un viejo refrán me vino a la cabeza “A gato ausente diversión de ratones” Y volví a

sentir miedo pero enseguida reaccioné ¿De qué? Si no les convencían mis razonamientos me iría con el alma en paz. Lo importante era que estaba allí... Margarita tenía razón. Si no compadecía, si no explicaba qué y por qué había actuado de esa forma, no habría lugar en el mundo donde pudiera conciliar el sueño.

Cuando el ujier volteó la puerta recordé el día en el que fui recibido para la selección inicial. El lugar era el mismo pero ahora parecía más grande. Mis pasos retumbaban en los arcos de medio punto y tuve la impresión de entrar en una cripta. Los asientos, vacíos, me rodearon y me impresionaron más que si hubieran estado ocupados; miré al frente y allá estaban, todos contra mí, refugiados tras la larga mesa y elevados entre el suelo y el cielo. Sólo Varela me miró directamente.

- ¿Es usted don Alonso López de Molina? -Preguntó Nuez como si no me conociera-

- A su disposición señor. -Respondí sin que me temblara la voz-

- Este consejo se reúne en sesión extraordinaria para apreciar sus acciones referidas al caso que todos los miembros del Claustro conocen ¿Desea usted que se rememore?

-No señor - Volví a contestar sin titubeos-

- Está bien. Quiero y debo advertirle que no es la finalidad de este acto juzgarle de inmediato sino obtener de su presencia criterios y datos que sirvan para una posterior deliberación ¿Queda claro? Hoy sólo se intentarán perfilar las circunstancias en la que se originó su conducta profesional para estimar si hubo o no hubo malap Praxis, bien originada por la ignorancia, falta de habilidad

o escasez de medios ¿Ha comprendido pues la intención y la función de este consejo?

- No señor. -Respondí-

Nuez se incomodó.

- ¿Y eso? ¿Qué es lo que no entiende?

- Pues señor... Si se van conseguir a través de mi declaración datos que dilucidan únicamente mi conducta profesional o mi actividad científica no entiendo que entre ustedes se incluyan profanos.

No mediaron unos segundos. El cura saltó como un gato.

- Lo dice por mí... ¿No?

Hubo un silencio.

- ¡Sí! Lo dice por mí ¡Claro! Usted no considera a un sacerdote parte del quehacer médico. Usted sólo ve el cuerpo de sus enfermos ¡No el alma! Pues lo siento. Sí la tienen y por eso tiene sentido que yo esté aquí.

Nuez miró a los otros dos presentes cuya identidad desconocía e intervino.

- ¡Sr. López! El padre Aza siempre es invitado a este Claustro y sus opiniones, así como sus sabias referencias, han arrojado luz a todos los casos que nos han ocupado. Por otro lado contamos también con la presencia del profesor Gil, catedrático de obstetricia de Valencia y del señor Zapater, experto jurista que habrán de asesorarnos por si esta facultad pudiera verse involucrada en causa legal a pesar de no haber recibido denuncia por el representante legal de la afectada. Por tanto no sólo permanecerán entre nosotros sino que además le ruego haga sus comentarios técnicos con palabras comprensibles para que pueda ser entendido por los profanos en la materia ¿De acuerdo? Por la misma razón le haré algunas preguntas cuyas respuestas la mayoría de los presentes

conocemos pero que usted responderá de forma breve para que nuestros invitados sitúen los hechos en su contexto. Vuelvo a repetirle que esta sesión no es un juicio, es la forma de acceder a la esencia de lo ocurrido sin hacer caso a los rumores que nos han invadido...

Hubiera pedido que, al menos, el cura saliera del paraninfo y hubiera rebatido el eufemismo de llamar a esto “reunión” en lugar de “juicio”. Bien sabía Nuez que de este acto se iba a originar una sentencia y que si ésta era de culpabilidad surgiría una pena que podría hasta impedir mi continuidad en la facultad. Pero solamente pregunté...

- ¿Puedo sentarme?

- Preferiría que siguiera usted de pie si no tiene impedimento...

¡En efecto no era un juicio...! -Pensé- Era peor, pues en los juicios al reo no se le tiene de pie.

El Decano apoyó la barbilla sobre los nudillos de la mano derecha y comenzó.

- Señor López de Molina ¿Qué año cursa usted?

- Tercero, señor. Estoy en posesión del título de grado medio.

- ¿Quiere esto decir que está usted habilitado para ciertas prácticas clínicas sin supervisión de su tutor?

- En efecto...

¡Hipócrita! -Volví a pensar- Me habían estado esclavizando, había sido responsable de todo un pabellón de obstetricia durante largos meses y ahora me preguntaba si estaba habilitado para...

- ¿Trabaja usted en el pabellón A sustituyendo temporalmente al profesor Verli?

Me supo mal volver a contestar “En efecto” y sólo dije un “Sí”

- ¿Trabaja usted con alguien más?

- Obtengo ayuda de una matrona, una monja y de un compañero de cuarto curso en posesión también del grado medio.

- ¿Dos grados medio atienden el pabellón? - Inquirió el cura-

La pregunta no fue de mi incomodo y por eso no la respondí, lo hizo Escolá justificando la ausencia de Verli y precisando que todo lo grave o importante estaba bajo su supervisión siempre que para ello fuera llamado.

El representante eclesial sonrió e intuí que su siguiente intervención aduciría por qué Escolá no había sido requerido para atender ese parto ¡Y así fue! El muy ladino quiso clavar el estoque de forma pausada, midiendo el terreno...

- Vamos a ver hijo... Si no he entendido mal usted sólo puede atender ciertos problemas menores, pero no atender partos ¿Es así?

Escolá salió al paso.

- Atender partos normales sí.

- ¡Ah! ¿Pero acaso éste era normal?

- No señor. No lo era. -Afirmé-

- ¡Joven! Llámeme padre si no le importa. Así que usted apreció que no era un parto normal ¿Eh? Ergo... ¿Por qué no llamó usted a alguien de mayor profesionalidad?

La pregunta no podía contener peor intención. A la vez cuestionaba mi profesionalidad y presuponía que no había llamado a nadie.

- Lo hice señor.

- ¡Padre! ¡Padre! Le ruego que me llame padre.
- Llamé a un profesional más cualificado que yo.
- ¿Y?

Escolá se sintió aludido.

- Padre... Me consta que lo hizo pero yo estaba atendiendo a una paciente en su domicilio y cuando volví...

El regordete se recostó molesto porque la primera puñalada se había desviado de destino y tenía que callar.

- ¡Ah! Muy bien, muy bien... Pero usted acudió a la sala ¿Verdad?
- Claro que lo hice pero ya había sucedido todo.

El ministro de Dios puso la mano en la mejilla tapándose parcialmente la boca como si quisiera obturarla. En ese gesto adiviné que con gusto hubiera seguido recriminando al profesor Escolá tanto su ausencia como su tardanza, pero se contuvo. El maestro del pabellón B no encontraba una postura cómoda. Se encontraba molesto con las insinuaciones que había dejado en el aire el padre eclesial. Cuando vi la mirada que Escolá le lanzó fui consciente de que tenía un posible aliado entre los siete jueces.

- Así que usted afirma que solicitó el concurso del profesor Escolá cuando observó la gravedad de la situación. -Continuó Nuez-

- Así fue profesor.
- Bien ¿Algo que añadir?

- Pues eso. Que estaba atendiendo un parto a domicilio... -Volvió a disculparse Escolá-

- ¿Y los domicilios no deben atenderse fuera de horario de la facultad?

Volvió a insistir el cura-

- ¡Señor mío! -Gritó Escolá inflamado- ¡Los partos acontecen cuando acontecen, no puedo disponerlos a mi antojo!

Esta vez el silencio fue muy largo y sólo se atrevió a romperlo el Decano

Bien. Sr. López... ¿Podría usted relatarnos su visión del caso que nos ocupa?

Hasta ese momento ni el magistrado ni el profesor valenciano, es decir los dos invitados, ni Varela, ni Castellón habían hablado. Volví a observar a Escolá y en efecto ya no sólo era mi aliado sino que, gracias a la habilidad del cura, casi era mi cómplice ¡Ja!

Ordené durante unos segundos las ideas y comencé mi relato.

- La mañana del día que se comenta, cuando llegué al pabellón me informaron del ingreso de una joven que, estando de parto, no podía expulsar el feto.

- ¿El feto o el niño? - Volvió a croar el cura-

- Padre, nosotros llamamos feto al aún no nacido - Agregó como por resorte Escolá-

- Continúe, continúe - Solicitó Nuez-

- Una vez solicitada mi presencia exploré a la mujer y diagnosticué que el feto estaba encajado. El útero no tenía fuerzas y la paciente estaba cerca de la inconsciencia.

Hice una pausa para humedecer la boca y Castellón se estrenó.

- ¿Sabe usted qué se debe hacer en ese momento?

- Sí profesor.

- ¿Qué?

- Obtener de la forma más certera el tiempo transcurrido desde el inicio del parto.

- ¡En efecto! - Apoyó Escolá- ¡Muy bien!

Nuez le miró con aire de recriminación.

- Profesor Escolá, como ya he explicado no estamos aquí para calificar sino para obtener información. Le ruego no haga comentarios de ese tipo ¿Y cuanto tiempo llevaba esa mujer de parto?

- Más de 20 horas.

El profesor de Valencia se movió haciendo un gesto de sorpresa.

- ¿Y cómo lo supo usted si la paciente estaba sin conocimiento? -

Volvió a la carga el cura-

- No señor, yo he dicho que la paciente estaba a punto de perder el conocimiento. En ese instante aún chillaba de dolor y tuvo fuerzas para apretarme la mano y pedirme que la ayudara. Luego sí, se quedó mirando al techo y se desmayó.

- Bien, bien... ¿Pudo usted hacer la pregunta? ¿Sí o no?

- No.

- ¿Entonces?

- Se lo pregunté a su padre.

- ¿Al padre del niño?

- No. Al padre de la parturienta.

Hubo unas sonrisas provocadas por la ansiedad que el sacerdote mostraba.

- ¡Bien, bien! ¿Y qué?

- Pues él me informó de que el parto había comenzado en el pueblo de donde provenían al menos hacía ya 20 horas.

El cura cejó en sus preguntas y las reanudó Nuez.

- ¿Y además de preguntar cuándo había comenzado el parto qué se debe disponer en estos casos?

Él sabía la respuesta, yo sabía la respuesta, excepto el cura y el magistrado todos sabían la respuesta. Si no argumentaba algún considerando iba a retroceder lo avanzado. Pensé durante unos segundos pero finalmente sólo afirmé...

- Una cesárea.

Un murmullo de siete bocas cortó el interrogatorio por unos momentos.

- ¿La dispuso? -Continuó Nuez-

- No.

El murmullo se hizo bisbiseo.

- ¿Y por qué no la dispuso?

- Porque la paciente me había pedido que le ayudara no que la ajusticiara.

Por vez primera el magistrado tuvo ocasión de intervenir al ser tocado un tema que le atañía.

- ¿Ajusticiar? ¿Así llaman ustedes a la práctica de una cesárea?

Nuez volvió a disculparme.

- Sin duda el señor López ha querido emplear un símil poco afortunado.

¿No es así señor López?

- Tal vez, pero para no ofender al magistrado Zapater, sólo podría cambiar el término de ajusticiarla por el de matarla.

El cura vio otra brecha por dónde atacar.

- ¿Así que una cesárea significa, según usted, una muerte segura?

- En este caso sí.

- ¿Eso opinan ustedes señores?

Varela se estiró e intervino.

- Mi opinión es que en el estado en el que se encontraba la enferma podríamos decir que sí...

- ¡Podríamos! ¡Podríamos! Se debe hacer una cesárea ¡Sí! o ¡No! -Gritó el sacerdote descontrolado-

Miré de frente al Decano y antes de que él hablara, a sabiendas de que aquel era el momento más delicado, tomé la iniciativa.

- Para salvar al feto ¡Tal vez! Para salvar a la madre ¡No! Si el deseo era que ambos murieran lo mejor era no hacer nada.

- ¡Aquí quería llegar! ¿Sabe usted cuál es la postura de la Santa Madre Iglesia en estos casos?

- No señor.

- ¡Diántre! Le conmino a que me trate de padre... ¿Está bien?

- Ignoro la postura de la Iglesia ni me...

- Nuez no me dejó acabar la frase.

- ¡Señor López, repórtese...!

- Pues la Iglesia, hijo mío, obliga primero a salvar al no bautizado antes que a la madre, y es así por muy dolorosa que parezca la elección.

El cura se vio ante el éxito pero no me rendí.

- Intenté salvar a la madre porque el hijo ya estaba muerto.

- ¿Sí? ¿Y cómo lo sabía usted? ¿Cómo lo supo usted antes de descuartizarlo?

Esta vez el Decano no recriminó al capellán y debió hacerlo porque daba por hecho que había descuartizado a un ser vivo. Pero Nuez debía tener muchos pecados que confesar y no lo hizo.

- Supe que estaba muerto porque al palparle el cuello carecía de pulso.

- ¿El cuello? ¿El cuello de quién?

- Del feto.

- ¿Eso es posible doctores?

Escolá precisó.

- Lo es. Al venir de cabeza no es difícil acceder a las entrañas de la mujer y palpar el cuello del nonato.

El capellán enmudeció por un instante pero no dio por perdido el diálogo.

- ¡Aun con todo! Usted tenía una duda y como Sócrates escribió...

“Duda es verdad hasta dejar de ser duda”

No pude más.

- ¡Señor! Sócrates no escribió eso, porque Sócrates no escribió nada.

Todo lo que él afirmara lo puso en tábula Platón y dudo que Sócrates dijera tal tontería.

El Decano se ofuscó. Varela enseñó los dientes y Castellón se tapó la boca con disimulo.

- ¡Es la última vez que le pido trato de “padre”! Si no es de su gusto que sea su padre eclesial llámame al menos mosen Aza !Ruego al señor Decano haga cumplir esta petición o de lo contrario abandonaré esta mesa!

Nuez me miró con gesto de rogativa.

- Mis disculpas mosen Aza. Todos estamos nerviosos- Añadí con cierto sarcasmo-

- Yo no estoy nervioso ¡Joven!

Ese “joven” me dio otra vez pábulo para la puntualización y antes de que alguien interviniera precisé...

- Mosen Aza. Yo en contrapartida le ruego me llame don Alonso o si no es de su agrado, al menos, señor López.

- ¡Insolente! ¡Joven insolente!

Creí que el cura iba a levantarse pero no lo hizo. Me había equivocado. Temí que fuera mi mayor enemigo pero su falta de continencia lo había convertido, sino en aliado, al menos en un elemento nulo. Los próceres, al observar su vehemencia, dejaron de tener en consideración su presencia.

- ¡Bien! - Continuó Nuez- Y una vez que usted supo que el feto estaba muerto por qué decidió aplicar una técnica que jamás se había practicado en esta facultad.

- Profesor Nuez. No podía realizar una cesárea porque además de no ser diestro en ellas tenía la certeza de que la paciente no iba a sobrevivir. El feto estaba encajado y su salida era imposible. Si no actuaba pronto la muerte de ambos era cierta, así que sólo intentando lo que hice podía haber la esperanza... Las preguntas derivaron a un terreno más técnico ¿Qué pulso tenía la paciente? ¿Qué instrumento había empleado para sajar el hocico del útero? ¿Qué medios empleé para contener la hemorragia? Si revisé la placenta, si salió entera... Pero sobre todo la curiosidad se centró en el motivo de elección de una cuchilla curva de Fanek para realizar la sección del cuello fetal. Contesté a todas con humildad, referí los textos en los que había encontrado esa práctica y fui sincero al decir que empleé esa cuchilla porque no tenía a mano nada más. Cuando el Claustro de los galenos quedó satisfecho el cura volvió a bramar.

- ¡Muy bien! ¡Muy bien! Veo que a ustedes les parece todo perfecto, yo no entiendo pero... ¿Pero acaso vive la paciente?

- Sigue inconsciente pero su pulso es fuerte y hoy ha orinado - Comenté irreflexivamente-

- ¿Cómo sabe usted que el pulso es fuerte y que ha orinado? -Preguntó Escolá?-

Yo sólo me había tendido la trampa . Había caído en ella pero fui sincero...

- He estado visitando a la paciente.

- ¡Tenía usted prohibido expresamente visitar a esa y a las otras pacientes!

- Lo sé...

El santo obeso sonrió mascullando.

- Veo que su pupilo además de insolente es también indisciplinado...

- ¡Sí lo es! - Afirmó Escolá- Le aseguro mosen Aza que este nuevo menosprecio hacia los requerimientos del profesorado no quedará sin consideración.

- Está bien. Prosigamos - Volvió a tomar la palabra Nuez- ¿Quiere alguien añadir algo más?

Mosen Aza no dejó intervenir a nadie.

- ¡Señores! ¡Por Dios! ¿Se dan cuenta de la gravedad del caso? ¿Se dan cuenta de que si esa horrenda práctica del descuartizamiento se generaliza van ustedes a condenar a muchos inocentes?

Varela hacía rato que no intervenía y lo hizo sin malicia. Tiró de un rizo de su barba y añadió...

- Puede, puede... Pero también es cierto que tal vez se salven muchas madres ¿No?

- ¿Usted también ignora que la Iglesia manda salvar al niño primero?

- Pero... Si está muerto...

- ¿Y si no lo está? ¡Eh! ¿Y si hay dudas? ¡Cuántos inocentes mandarán los médicos al limbo de los justos por falta de bautismo!

Varela, el anatomista, siguió el reto.

- ¡Padre! No sé de otros casos pero ese inocente estaba muerto antes de ser dividido. Lo puedo asegurar por el estudio de su cadáver.

- ¿Está usted seguro?

- Sí. Con toda certeza. Llevaba muerto al menos cinco días.

- No quiero dudar de su profesionalidad pero... ¿Y si otros no lo están?

¿Quieren decirme que desde ahora cuando un parto no sea posible se partirá al feto dentro de la madre sin intentar salvarlo?

En ese momento creí que debía contestar yo.

- Mosen Aza... No sé si este proceder se generalizará. Si así sucede cada médico deberá obedecer según su conocimiento y conciencia. Yo así lo hice. Estaba seguro de que el feto había muerto pero si no lo hubiera estado, ante la decisión de salvar a esa mujer que me imploraba ayuda o salvar a un nuevo ser que con seguridad iba a vivir tullido... Hubiera elegido salvar a la mujer.

- ¡Eso roza la blasfemia!

El cura se puso en pie. Su panza circundada por el fajín se movía con cada respiración y los carrillos se le enrojecieron.

- Y le voy a decir algo que ya tenía ganas de decirle. El ser humano no es dueño de su suerte ¡Sólo Dios la dispone! ¡Tiene alma! ¿Sabe? Y ésta es la

que cuenta, claro que usted nunca me llama para que atienda el alma de sus pacientes ¿No estaba tan seguro del peligro de muerte de esa mujer? ¡Me llamó usted para que la ungiera!

Estaba empezando a explicarme en parte la ira del capellán hacia mi persona. ¿Menosprecio profesional?

Por un instante el sacerdote respiró y aproveché para tomar la palabra.

- Mosen Aza. A la primera consideración, a la de si mi afirmación roza la blasfemia no pondré objeciones. Usted es más ducho en ese campo. En cuanto a la segunda puedo decirle que en aquel momento, mientras temblaba, pensé en muchas cosas menos en solicitar su presencia.

El silencio se alargó más que ninguno porque Aza pensó que Nuez iba a recriminarme y no lo hizo.

- ¡Ya! Ya lo sé. Usted piensa poco en mí. Aún estoy esperando su visita en la Iglesia, pero no crea... Le disculpo. Su soberbia juvenil aún no le permite considerar que el Divino dispone quién y cuándo necesitará mi consuelo. Pero le voy a advertir, ya que sus profesores no lo hacen, le voy a advertir. Cuando usted acabe su carrera, si es que algún día la acaba, no será buen médico si no cuenta con la presencia del auxilio sacerdotal para sus pacientes.

- Señor intentaré usar ese auxilio las menos veces posibles.

- ¡Atrevido! ¡Es usted un atrevido ¡Ya lo advertí! Me voy. Me ha tratado otra vez de señor... ¡Me voy!

El cura había reventado.

- ¿Usted señor Decano no tiene nada que decir? -Intentó un último recurso-

El sentir general de los presentes coincidía. Disimulaban pero las salidas de tono del cura habían acabado con el deseo de que permaneciera en la reunión. Nuez tuvo que hablar.

- Padre. Tiene usted razón. Es un insolente. Yo también asumo que puede deberse a su juventud y no dude que le recriminaré, por otro lado, si su deseo es ausentarse sepa que nos duele pero que lo entendemos...

- ¡Está bien! Lo veo claro. Son ustedes muy similares. Me quedo pero no creo que vuelva a hablar.

El cura, tras un gesto de rabieta infantil, se cubrió la boca con las dos manos. Nuez contuvo la risa y continuó con el acto.

- Así profesor Varela que usted tiene la certeza de que el feto había muerto.

- Totalmente. Su cerebro estaba licuado y eso sólo sucede postmortem. Nuez giró la cabeza a la derecha y continuó.

- Profesor Escolá. ¿Ha leído usted o conoce la técnica que aplicó el señor López?

- Sí. La he leído. No es nueva. No me he visto en la necesidad de practicarla pero ya conocía la basiotriba y debo decir que, aún sabiendo que sólo contaba con lo que contaba, el instrumental que empleó el señor López no es el más indicado para esta tarea.

- ¡Ya! Muy bien. Queda constancia de este aserto ¿Quiere usted opinar profesor Castellón?

El encargado de médicas carraspeó.

- Sí señor Decano. Sí quiero opinar. Creo que debo hacer algún considerando que nadie ha hecho. ¿Alguno de ustedes se ha preguntado si además del feto y la madre pudo sufrir alguien más en ese momento?

- No le entiendo - Añadió Nuez mientras se limpiaba la uña del índice derecho-

- Quiero decir... ¿Creen que el señor López actuó así porque sus instintos le piden descuartizar fetos muertos en el interior de sus madres?

- No es considerando de esta mesa hacer juicios de este tipo profesor Castellón. - Apostilló Nuez para evitar una nueva intervención del cura-

- ¿No? Yo creo que sí. No voy a opinar ahora sobre si la conducta del señor López fue acertada o no. Si es acorde a los principios de la Santa Madre Iglesia o no. Lo meditaré... Pero sí antepongo que tuvo mucho valor y que si la joven sobrevive le deberá la vida ¡Eso es todo!

La verdad es que las palabras de Castellón fueron el único bálsamo que había podido poner sobre mi alma en muchos días y lo agradecí. Sólo él se había planteado mi sufrimiento y me infundió ánimo.

-¡Bien! Y ya que está con nosotros el magistrado y amigo Zapater nos gustaría contar con su opinión...

Zapater, un hombre de edad avanzada y de aspecto serio sólo había intervenido cuando invadí su campo empleando el concepto de ajusticiamiento. Puso las dos manos sobre la mesa y tras pensar durante unos segundos comenzó...

- Reverendo, Profesores... Han podido sospechar que soy mudo pero es que, para mí el dicho de *"calla si ignoras y parecerás sabio"* es un precepto. No puedo ni quiero abundar en las cuestiones médicas que a ustedes les han ocupado. Tampoco invadiré el campo religioso tan bien representado por el

capellán de esta Ilustre Facultad, pero sí daré mi versión legal del acto que nos ha reunido. Quiero significar al señor López que si la paciente fallece pudiera la familia de la misma ahondar en el suceso reclamando responsabilidades tanto por ese deceso como por el del niño. Del mismo modo podría hacerlo, con respecto al segundo la propia mujer caso de que se repusiera. También podría encausar, si así lo considera, la propia facultad en la figura de su Decano y por fin, mediante concurso del tribunal eclesial, el representante que nos acompaña. Otro proceder ajeno a la justicia será el que el Claustro determine con respecto a su porvenir profesional. No es pues el suceso baladí aunque mi opinión... ¿Quieren mi opinión personal?

En silencio todos le mirábamos. Era de verdad un magistrado, no había aportado nada pero nos había encandilado.

- Dios no me ponga nunca en ese dilema pero... Y que me perdone la representación de la Iglesia, si tuviera que decidir entre mi hija y mi nieto escogería la vida de ella.

Mosen Aza volvió a retorcerse sobre el asiento.

- Y si yo fuera el padre de esa joven y lograra mantenerla a mi lado reconocería la valentía de ese grado medio que, sin duda, tiene un futuro incierto ya que, si el caso llegara a mí, como juez debería condenarlo.

Todo el ánimo que me había infundido Castellón se esfumó al instante.

- Gracias señor Zapater Porque a usted no le ofende que le llamen señor ¿Verdad? -Añadió Nuez entre risas- ¿Alguién desea aportar algo más?

Se iba a cerrar la sesión pero lo impedí.

- Sí profesor Nuez yo deseo... Quiero decir algo si me lo permiten.

Nuez accedió con un gesto

- No temo su decisión. Platón sí escribió en sus diálogos que es peor cometer una injusticia que sufrirla. Pero si esta mujer sobrevive, si admitimos que, diez cesáreas suponen nueve muertes, deberíamos perfeccionar algún modo de saber si el feto está vivo, porque caso de estar muerto, la basiotriba podría salvar muchas vidas.

- ¡Insiste usted! ¿No ven dónde está el peligro? La iglesia jamás permitirá esta técnica, y es más, ha dicho usted “*Si esta mujer sobrevive*” ¡Más le vale! Porque si muere informaré al Obispado y le instaré a que costee los medios necesarios para proceder contra usted por lo que será un crimen por partida doble ¡Sépalos! Contra usted y contra los que ostentan responsabilidad sobre usted.

El Claustro se sintió atacado. Verli en Viena. Escolá no estaba en su puesto cuando todo sucedió. Yo era al fin y al cabo un producto que estaba elaborándose bajo su responsabilidad y Nuez, al corriente de todo, terminó por perder las formas.

- ¡Mosen Aza! ¡Rece usted para que la mujer no muera porque si sus rezos no sirven la facultad se cuestionará la necesidad de contar con un capellán!

En ese instante se abrió la puerta a mis espaldas pero no volví la cabeza. Ignacio pasó a mi lado y sin mirarme ascendió al entarimado. Un calambre me recorrió la espalda. El compañero se acercó a Nuez y le susurró algo al oído. Luego descendió por pasillo lateral y abandonó el paraninfo. El calambre de mi espalda iba en aumento.

- Señores. Hay noticias sobre el estado de la paciente a la que nos estábamos refiriendo.

Todos los ojos se dirigieron hacia el Decano.

- La paciente... La paciente... La paciente ha recuperado el conocimiento y ha pedido comida.

Todas las caras excepto la del cura Aza sonrieron. Yo no reaccioné.

- ¿Alguien desea hacer más comentarios?

Hubo un silencio.

- ¡Bien! Creo que esta comisión ha recogido suficientes datos como para reunirse en fecha próxima y tomar una decisión académica con respecto a la conducta profesional del señor López. Agradezco su presencia y vuelvo a advertirle ¡Por vez última señor López! En tanto no exista una decisión en firme tiene usted vetado el acceso al pabellón ¿Queda entendido?

- Sí señor -Acaté apretando los puños por saber que la mujer había recobrado el conocimiento-

- ¡Se levanta la sesión!

Contra toda norma de educación salí el primero del paraninfo. Con paso largo y desigual me dirigí al arco de la puerta principal y desde allí ¡Cómo no! Al pabellón A.

Encontré a Isabel, porque así se llamaba mi paciente, incorporada en el lecho. Aún pálida pero sorbiendo ya un caldo restaurador. Cuando me situé a su lado dejó el cuenco en el suelo y no necesitó que le dijera quién era. Sólo dijo “*gracias doctor, gracias*” Le hice saber que aún no era médico pero hizo caso omiso. Sólo repetía “*gracias doctor, gracias*” Gracias porque había enviudado hacía dos meses y tenía otros dos hijos. Gracias porque antes de que la atendiera el dolor que sentía le había hecho desear la muerte y gracias porque

Ignacio le había contado ya los problemas que estaba teniendo y lo mucho que había arriesgado tomando la decisión que tomé. Quiso besarme la mano pero la retiré. Me hubiera quedado más tiempo pero corría peligro, Una cosa era ser insubordinado y otra recalcitrante. Si Escolá o Nuez me sorprendían no me salvaba nadie. Me despedí y una frase pagó con creces la angustia vivida... Fue una frase sencilla pero para mí, crucial... *“Hasta que muera pediré por su bien todos los días y mis hijos también lo harán”*

A ese dios, al dios de esa mujer sí me acogía. No al dios del cura pretencioso que se hubiera conformado con ungirle la frente.

Cuando salí, el viejo enjuto vestido de campesino quiso abrazarme y entre sollozos balbució, pero no entendí lo que decía. Le di la mano y escapé

Esa noche descansé como no había descansado en mucho tiempo ¡Sí! Fuera cual fuera la decisión del Claustro ¡Todo cobró sentido!

A los dos días y como dijo Horacio; *“Parturient montes, nascetur ridiculus mus”* Los montes habían parido un ridículo ratón.

Estaba rehabilitado para ejercer mis funciones pero con dos salvaguardas. La primera consistía en que si tenía en mi ánimo aplicar otra técnica no reglada debía informar o estar presente de modo indefectible el profesor Escolá. La segunda fue que se me instaba a que en el plazo de unos meses presentara una memoria que versara sobre la recopilación y nuevos métodos para la valoración del estado vital del feto. No era un castigo pero sí una carga añadida. Aún faltaban tres meses para la vuelta de Verli y ocupaba el poco tiempo libre que tenía en analizar los registros de los pabellones ¡Era igual! El encargo me satisfizo. Me obligaba a ordenar el día sin perder el tiempo. Además era una

forma de admitir mi propuesta y considerar la sustitución de la cesárea por la basiotriba en casos de fetos retenidos y muertos.

La noche en la que comuniqué a tía Teresa la decisión del Rectorado fue una fiesta. Ella no me había hecho partícipe pero había sufrido con los acontecimientos. Había sufrido porque me veía a mi sufrir y también porque aun sabiendo que sólo me quedaban para acabar veinte meses no deseaba mi prematura partida.

Margarita no dijo nada. Sonreía feliz, me miraba orgullosa y no hacía sino atender a mi relato llenándome el plato con más sopa y la copa con más vino. Le dije que al día siguiente me acercaría a la gaceta para hacer que se comieran el libelo con el que me habían calumniado. Pero tía me hizo desistir. En la gaceta sólo había sitió para Napoleón, su hermano Pepe y los Ilustrados. Al final le hice caso. No merecían ni un minuto de mi tiempo.

¡Era otra vez feliz! Recordé la cara de esa madre rural y sentí orgullo de mí mismo. Esa noche no encendí las bujías. Me tumbé mirando el techo blanqueado por la luna e hice planes. Debía consultar los libros de Escolá para ver si había algo escrito sobre la forma de detectar vida en el feto. Además debía seguir registrando y analizando los datos y...

La puerta de mi cuarto se abrió y una figura tan blanca como el techo apareció en las sombras. Era Margarita. Cerró el vano acompañándolo para evitar hacer ruido y luego, sin mediar palabra, se introdujo en mi lecho.

- Te quiero Alonso...

Me asusté y salté de la cama sin saber qué decir.

- ¡Ven! No me dejes. Sólo deseo abrazarte.

No reaccioné. Puse la espalda contra la pared y permanecí así hasta que Margarita se levantó, y sin apenas mirarme, hizo que la luna iluminara su carne en lugar del camisón.

- Quiero ser tuya.

Se me acercó y cogiéndome de la nuca me hizo inclinar la cabeza para llevarla entre sus senos.

- ¿Sientes mi calor?

Tuve miedo. Mucho miedo. No había pensado en Margarita de esa forma.

Nunca creí que ella pudiera...

- ¡Margarita! ¡Por Dios! Si tu madre...

- ¿No me quieres?

- Claro que te quiero pero... Para mí eres...

- ¿Qué? ¿Como una hermana?

- ¡Eres mi prima!

- ¿Y eso puede anular el amor?

Margarita retrocedió y pude ver su cuerpo. Era hermoso. En ese instante flaqueé. Mi deseo se encendió. No pude sino apreciar su pubis y quise poner las manos sobre él pero, repentinamente, vino a mí el recuerdo del vello de la número cinco.

- ¡Abrázame! ¡Tócame!

- ¡No! No puedo...

- ¿No te agrado?

- Es que no puedo... No podemos.

- Si me quieres y te quiero ¿Por qué no podemos?

¡Era absurdo! Giré la cabeza y miré entre las láminas de la persiana.

- Por favor... ¡Cúbrete!

- ¿Eso deseas?

- Sí por favor.

- Está bien. Como quieras.

La tela hizo roces contra su piel y cuando cesaron me volví. Margarita se había metido en el camisón. Entonces comenzó a sollozar. La tomé del brazo y tras sentarla a los pies de la cama, me incliné y besé su frente; luego me puse a su lado.

- Margarita. No sé si te quiero. Puede que sí, pero no tengo derecho a poseerte y menos traicionando la confianza de...

- No metas a mi madre en esto ¡Di mejor que no me quieres!

El llanto contenido aumentó.

- No lo entiendes ¿Sabes cuánto me cuesta no aceptar tu maravilloso regalo? Si pudiera... Cualquier hombre yacería contigo sin reflexionar... Pero no puedo. No podría dedicarte cuidados y además, creo que mereces algo mejor que un destino a mi lado.

- Pero yo sólo te quiero a ti. Sólo a ti...

No había forma de convencerla. Apoyó su cabeza en mi pecho y repitió varias veces “Sólo te quiero a ti”

- ¿Cómo puedes querer a otro si a nadie conoces? -Intenté razonar-

- ¡Es igual! Te quiero a ti y el latido de tu corazón me dice que también tú me quieres. Noto su golpeteo y eso sólo obedece al amor. Ellos me dicen lo que tus palabras me niegan. Los oigo y me dicen que vives para mí.

Le hubiera dicho que el corazón se acelera, no sólo por amor, sino también ante la angustia y que cuanto mayor es ésta más rápido se contrae y que los latidos

no son sino golpes... ¡De repente! ¡Claro! ¡Los latidos se oyen! Cuando hay latidos hay vida, eso es lo que puede indicar si el feto vive...

Confieso que tras ese breve pensamiento otra vez sentí vergüenza. Margarita declarándome su amor, ofreciéndome su cuerpo turgente y yo sustituyéndolo todo por... Disimulé, no hice comentarios. Ella notó que mi pensamiento se extraviaba.

- ¿Dónde estás? ¿Qué te asusta? No me importa el dinero ni las comodidades. Te acompañaré incluso al más remoto pueblo... ¡Mírame!

Estaba turbado. Sólo pude escapar ordenando. Me puse en pie y zanjé la conversación.

- ¡Margarita! Ve a tu cuarto y mañana hablaremos de todo esto.

Volvió a llorar, ahora sin recato. Dio un giro brusco y salió de mi habitación sin precauciones. No le hubiera importado ser descubierta y a mí tampoco, en ese momento estaba ya pensando en la iluminación que había tenido ¡Claro! ¿Cómo no lo había pensado? ¡Los latidos! El corazón del feto late, por tanto produce ruido. Si el feto sufre ese ruido será más rápido, si está muerto no existirá tal ¿Hay signo más vital que ese? Pero ¿Se podrán oír los latidos del feto?

Volví a tumbarme y no pude conciliar el sueño. A ratos pensaba en Margarita pero pronto me desplazaba hacia el otro propósito... Y de oírse ¿Dónde mejor? En la espalda de la madre, en la zona umbilical. ¿Y si se oyen dos latidos diferentes? Eso podría indicar que existen dos fetos...

Lo de Margarita era imposible. Podría ser una buena esposa pero no había pensado en el matrimonio todavía. Seguro que a alguien se le había ocurrido ya

escuchar los latidos del feto... ¡No! Mi tía no podía ser traicionada. Era para ella un hijo y por tanto Margarita mi hermana...

Cuando el sueño me iba a vencer volví a considerar mi ruindad, vi otra vez la piel de mi prima y recordé la aparición del deseo, pero debo confesar que duró poco, el asunto de los latidos era el que más me inquietaba.

Me levanté temprano y cansado. No quise desayunar en casa. No tenía fuerzas para mirar a Margarita. Quería llegar al pabellón cuanto antes. Entré rápidamente y sin abrocharme el batón me dirigí a la embarazada más cercana. Destapé su abdomen y puse contra él mi oreja. Ignacio y la matrona me miraron convencidos de que había perdido la razón. Había mucho ruido. Las conversaciones de las ingresadas no me dejaban oír nada.

- ¡Silencio! -Grité con malos modos-

Volví a poner la oreja sobre el ombligo de la mujer y ésta, asustada, se agarró con las dos manos a la sábana.

- ¡Sí! ¡Sí! - Volví a gritar-

Ignacio se me acercó y antes de que dijera nada le hice inclinarse.

- ¡Escucha!

Tras unos instante Ignacio se incorporó mirándome con gesto preocupado.

- ¿Qué?

- ¿Has oído algo?

- Sí. Un fragor de tripas. La paciente debe tener hambre.

- ¡No hombre! Escucha con más atención.

Cuando Ignacio volvió a erguirse lo hizo sonriendo.

- ¿Es lo que creo?

- ¡Sí! Es el latido del feto.

La ingresada seguía aferrada a la sábana. Ignacio intentó recostar otra vez su cara en el abdomen pero la mujer le apartó la cabeza.

- No pasa nada señora - La tranquilicé-

- ¿Va muy rápido? - Añadió Ignacio-

- ¡Exacto! Ignoro por qué. Tal vez sea normal ¿Sabes cuánto hay por definir?

Ignacio volvió a sonreír.

- No cuentes nada. Investigaremos en los libros y veremos qué hay descrito.

Solicité permiso para usar la biblioteca durante la noche y Escolá me lo concedió. Repasé todos los libros que hacían referencia al corazón pero en ninguno se comentaba nada sobre el latido y aún menos sobre el latido del feto. Encontré escritos sobre el pulso y en ellos estaban registradas todas sus variantes. Pulso celer, filiforme, variante, lento, acelerado... Pero nada sobre los latidos. Por fin hallé algo que podía serme útil y que me proporcionó una idea. Recién encuadernado, en un compendio, un profesor llamado Laenek se servía de tubos huecos para oír los ruidos pulmonares. Pensé que el uso de un tubo de similares características facilitaría la audición del latido fetal y así fue.

Por el día escuchaba cuantos abdomenes preñados podía y noche tras noche, durante quince, fui elaborando un pequeño resumen sobre lo que iba descubriendo. Saqué varias conclusiones.

Por mucha atención y silencio que hubiera hasta que una embarazada no había cumplido su quinto mes era difícil escuchar el latido del feto ¿Hasta entonces

no se formaba el corazón? ¿Era tan pequeño que no originaba ruido o no se podía escuchar?

A partir de ese mes se oía con dificultad y siempre con ritmo acelerado, mucho más acelerado que el del adulto. Dándose así en todos los casos observados, este ritmo debía aceptarse como normal ¿La causa? Lo ignoraba pero lo que más me sorprendió fue, que también en todos los casos, cuando la mujer estaba pariendo y la matriz se contraía el ruido se enlentecía ¿La matriz oprimía al feto? ¡No lo entendía! Esta observación no coincidía con la razón. Si el feto era comprimido significaba que estaba sufriendo y si esto era cierto el pulso debería acelerarse.

Observé también que en algunos casos se oía mejor el latido a nivel del ombligo de la madre, en otros en los flancos, incluso en la espalda, aunque esta zona era, en general, en la que peor se escuchaban.

Tardé otros quince días en escribir el trabajo. Estaba casi finalizando el plazo para presentar el estudio y cuando ya acudía otra vez a cenar y dormir a casa me di cuenta de que la pregunta principal seguía sin respuesta.

¿Era seguro decir que si no se oye el latido del feto es porque está muerto? La lógica debía decir que sí pero no era tan obvio. Aunque eran escasos, había detectado casos en los que no escuché el latido y sin embargo el parto fue normal ¿A qué se debía? La única respuesta era que algo debía impedir que el sonido saliera al exterior. No pude encontrar la solución.

Presenté mi trabajo al Rectorado y Nuez me comentó que se lo entregara a Escolá. Así lo hice y esperé dos semanas para saber su opinión. Escolá me prometió que lo iba a leer sin falta pero se lo dejó a Castellón y éste lo extravió. Pasaron veinte días y no insistí. Cundió en mí el desánimo. Intenté

congraciarme con Margarita, que hacía tiempo no me dirigía la palabra. Volví a recordar que la idea del latido había surgido aquella noche y en aquellas circunstancias y además, viendo el éxito que había tenido me reocriminé haber despreciado el placer que se me ofrecía. Rápidamente rectifiqué y asumí que había hecho lo que un hombre digno debía hacer ¡Sí! Estaba desanimado, pero seguí escrutando abdómenes y registrando las variaciones que obtenía.

Ya no me pregunté si valía la pena seguir ¡Estaba seguro de mi camino! No me importó la desidia de esos vejetes acomodados que ni siquiera se habían dignado a leer el producto de mi esfuerzo.

Margarita no me volvió a rellenar mi copa ni me esperaba para servirme la cena. No pude conseguir que me hablara fuera de un “buenos días”

Restaurado en mi puesto Ignacio volvió al pabellón de Escolá. Se habían declarado más casos de fiebres y era necesaria su presencia. Cumplí con el trabajo que se me presentó y comuniqué a Escolá las variaciones o casos especiales que sucedían. Cuando me di cuenta sólo faltaban cuarenta días para la vuelta de Verli.

Para aprovechar las tardes decidí analizar los datos registrados en ambos pabellones y observé que las hojas de registro eran numerosas ¡Demasiadas! Si las leía por el orden de sus fechas, cuando había revisado tres meses, los datos se diluían sin poder obtener conclusiones definitivas. La confusión y la abundancia de datos me obligó a resumir los números elaborando unas tablas en las que sólo debía incluir las cifras que me interesaran ¿Pero qué me interesaba? Por supuesto las muertes.

Otra vez me inspiré en el libro de tía Teresa. Ella había dividido sus hojas en columnas titulándolas con el género que deseaba controlar. De esta forma me

a mes podía saber los kilos de patatas, arroz o lentejas que consumía, y no sólo eso, sino también los totales por meses y años. Se me ocurrió que, sumando los totales mensuales y poniéndolos en línea podría observar a primera vista cuáles eran los meses más llenos y los picos que se originaban según los mismos.

El trabajo de revisar hoja por hoja, el de no confundir datos o repetirlos, el de sumarlos sin errores, era duro y tedioso. Las velas se consumían una tras otra y la vista reclamaba pronto. Pero valió la pena. En dos semanas las columnas empezaron a hablarme aunque al principio sólo susurraran.

En dos años el pabellón de Verli había tenido 150 ingresos. De ellos 98 por parto de los cuales habían muerto por fiebres 30 mujeres. Los meses con más ingresos habían sido Febrero y Marzo y los meses con más defunciones Abril y Mayo.

El pabellón de Escolá había tenido más ingresos. Fueron 190. De los cuales 120 lo fueron por parto y de éstos habían muerto por fiebres 102 mujeres ¿Conocía Escolá esta mortalidad? Es más ¿Se la había preguntado alguna vez? Las dudas podían ser muchas pero la pregunta clave era... ¿Por qué a Escolá se le morían más mujeres por fiebres que a Verli? ¿Sería cierto que las ventanas abiertas aumentaban las muertes? ¡No! Curiosamente el número de muertes por fiebres descendía bruscamente en los meses de Julio y Agosto hasta mediados de Septiembre. En esos meses el número de partos no disminuían, incluso aumentaban ligeramente, pero las mujeres no presentaban fiebres. Precisamente en los meses de calor en las que permanecían abiertas día y noche era cuando menos muertes sucedían por fiebres.

Revisé y revisé todos los registros y aunque existían defectos dada su obtención por buena voluntad, los di en general como válidos. Repasé las sumas y elaboré

porcentajes. A Verli se le morían por fiebres el 30,6 % de las parturientas. A Escolá casi el 85%. ¡Dios! Parir en el pabellón de Escolá era muy peligroso y esta diferencia no podía explicarse. ¿Qué se escondía tras todo esto? ¿Qué se me escapaba? Tenía que hablar con Nuez y aunque quisiera arañarme debía pedirle que obligara a los dos profesores a responsabilizarse del registro de forma sistemática. Sólo así, con más datos y mejor recogidos se podría confirmar lo que en principio era un disloque.

Cuando no pude más me acosté y la irritación de los ojos cedió al cerrarlos. El humillo de las velas recién apagadas se metió por mi nariz y, cual estimulante, hizo que volviera a levantarme ¡Se me había olvidado! También había registrado los partos hechos en los domicilios. Escolá había atendido 52 casos y en ellos sólo había tenido un caso de fiebres. ¡El 1,9%! Verli y yo habíamos atendido 61 partos y también tuvimos un caso de fiebres. Fuera cual fuera la causa estaba en el pabellón de Escolá. Y las ventanas no eran. La teoría miasmática no me valía. Estaba seguro. Otro reto se presentaba y éste había estado en mi intención desde hacía tiempo ¡Era el momento! La intuición no era suficiente. Sólo tenía dos opciones. Una era imposible. Escolá no iba a cerrar sus ventanas. La otra... La otra era abrir de una vez las de mi pabellón.

A primeros de Abril ordené a la matrona y a Sor Reyes que hasta nueva consigna las tres ventanas permanecieran abiertas desde media mañana hasta la tarde. La comadrona se negó hasta que, por escrito, le eximí de cualquier responsabilidad. Sor Reyes se persignó pero acató la orden. Desde ese día las pacientes vieron otro mundo y no porque murieran. El hedor matutino dio paso a un vientecillo suave y el aire consumido se escapaba dejando entrar al que procedía del patio interior. Ya no olían las heces, ni las orinas. Hasta algún

pájaro osaba posarse en los quicios y el sol enfrentaba unos minutos los marcos liberados.

Escolá se enteró pronto. Hacía días que no venía pero lo hizo y me felicitó como se felicita a un condenado a muerte. En sus palmadas había admiración y compasión. Ignacio habló conmigo durante media hora para hacerme desistir de la osadía y el Decano me llamó a consultas para comentarme que, con independencia de su opinión, más cercana a la mía que a la de Verli, le parecía que había tomado una decisión inoportuna e insolente. Inoportuna porque Verli regresaba en cuatro o seis semanas e insolente porque él sabía que tenía instrucciones claras de que hasta su retorno “Todo siguiera en sus mismos cauces”

Asumí mi responsabilidad y Nuez la aceptó. Sabía que cuando Verli retornara habría polémica pero confié en dos cosas. Una, que en el pabellón las muertes por fiebres no iban a aumentar y dos, que las pacientes iban a exigir la continuidad de esa comodidad haciendo que Verli cejara en su tozudez. ¡Además! Si las muertes por fiebres no aumentaban (Y estaba seguro) las que se daban en el de Escolá no estarían sujetas definitivamente a este hecho y salvada esta proposición sería hora de investigar las diferencias entre pabellón y pabellón para poder explicar tan diferentes cifras. Pero... ¿Y si las muertes aumentaban? ¿Y si se declaraba una epidemia de fiebres? Estaría atento. A la mínima sospecha habría oportunidad de rectificar y además, si así sucedía, Escolá debería cerrar las suyas con lo que Nuez se pondría contento y yo aún más si así, las muertes por fiebres disminuían. Si era cierto que arriesgaba alguna vida en mi pabellón podría evitar cien en el de Escolá.

A pesar de todos los razonamientos los días pasaron lentos y cargados por la angustia. Todas las mañanas ponía la mano en cada frente ingresada. Por la noche recogía las hoja de óbitos y rezaba para que estuviera en blanco. Pasado un mes, ya en el inicio de Mayo, nada especial había sucedido y siguió hasta entrar Junio. Ningún caso de fiebres, ninguna muerte por parto. Las miasmas eran torpes, lentas o no existían. Si tras la causa viene el efecto, cuando éste no se produce es que no existe la primera. Pero había que esperar. Era pronto. Se precisaba más tiempo, más tiempo... Verli estaba a punto de llegar, necesitaba una ayuda del destino y ¡La tuve! La segunda semana de Junio se recibió un correo anunciando el retraso de la vuelta de Verli, al menos en tres meses más. La causa, una ligera indisposición que originó una caída trayendo ésta, como consecuencia, una fractura de tibia ¡Pobre maestro! Las fracturas de tibia consolidan lentamente y más a esa edad. Nunca celebro una desgracia pero si es leve... Hacía tiempo que no bebía vino en la taberna así que animé a Ignacio y con él a Carlos Cajal, el nuevo estudiante que Escolá me había asignado para sustituir la ayuda de Ignacio.

La taberna donde ocasionalmente habíamos tomado alguna jarra relajante estaba cerrada por defunción.

- Seguro que la mujer del tabernero fue a parir al pabellón de Escolá -Le comenté a Ignacio bromeando-

- ¿Y cómo sabes que se ha muerto la mujer?

- No sé. Era joven y con posibilidades de quedarse embarazada y como estáis acabando con media ciudad...

Ignacio no aceptó el invite. Eran las ocho de la tarde y nos adentramos en el barrio viejo para buscar otro aliviadero de la sed. Carlos, el nuevo compañero, no era tan nuevo. Había cursado dos años en Verona. Una de las razones por la que le invité era para poder curiosear en su pasado pero estuvo a punto de no acudir porque, estaba alojado en una “casa de honor” y su dueña impedía llegar más tarde de las diez de la noche. Si la velada se alargaba tendría que dormir en el parque, aunque, haciendo tan buen tiempo igual terminábamos allí los tres.

Llegamos al portalón del Mesón de la Piedra. Se llamaba así porque aprovechando una oquedad natural el dueño no había tenido más que poner los muebles dentro de la roca. Entramos y un frescor mezclado con suave olor a cuero y vino nos reconfortó. Pedí queso y tres picheles de tinto, uno por barba y no oí recriminaciones a la cantidad con lo que intuí que había sed y que Carlos no iba a dormir en la pensión.

Tras los primeros vinieron los segundos y tras éstos los remates. Fuera seguía el sol humeando y cuando dejó de verse, nuestra sequedad no había menguado. Habíamos hablado de lo posible y de lo imposible, de hombres y perros, de política y ejércitos, incluso de si los lagartos eran o no comestibles. Ahora con la locuacidad que generaba el caldo y con una fuente de cuajada venía el tiempo de satisfacer mi curiosidad.

- Así que Carlos Cajal ¿Eh? -Pregunté afirmando-

Carlos metió la cuchara de madera en la cuajada y no respondió.

- ¿Es cierto que has hecho tres años en Verona?

- No. Sólo dos. El tercero no lo acabé.

- Es verdad... Dos. Y cuenta ¿Cómo fuiste allí y por qué has acabado aquí?

Carlos hizo otro silencio. Metió de nuevo la cuchara y repitió la maniobra de llevarse una buena porción a la boca. Luego estuvo saboreándola e Ignacio se adelantó.

- ¿Le vas a someter a un interrogatorio?

- No. Pero la ocasión es la ocasión. Carlos ha llegado hace poco y no he podido hablar con él... Ahora que si a él le parece mal seguimos hablando de lagartos.

- No. No. En absoluto - Preciso Carlos- Todo lo contrario yo también quería y tenía necesidad de hablar con vosotros y siempre es mejor hacerlo con vino que con el batón.

- ¡Allá vosotros!... Pero no quiero hablar del trabajo -Sentenció Ignacio-

- ¡De trabajo nada! -Añadí yo- Cuéntanos algo de tu vida Carlos.

- Está bien... Os haré un resumen de mis andanzas. Fui a Verona porque mi familia se trasladó allí. Mi padre era ayudante diplomático y ...

- ¿Dices era? ¿Ha muerto? - Interrumpió Ignacio-

- No. Se ha jubilado. Tras cuarenta años de diversos destinos y cinco de servir en Verona el primer día que estaba libre de obligaciones hizo las maletas y dictó... ¡A España!

- ¿Has vivido en muchos países?

- ¡Qué va! El destino a Verona fue el único que mi padre hizo en el extranjero y se lo adjudicaron justo cuando yo debía elegir estudios. Viendo su ejemplo decidí hacer medicina. Ahora mi madre y él viven en Calatayud.

- ¿Y ha sido duro el cambio?

- ¿Duro? Ha sido atroz. Allá tenía amigos...

Carlos me miró con los párpados semiabiertos e intentó vaciar el pichel pero sólo bebió aire.

- Quiero más. Yo pago.

- El vino va mal con la cuajada. -Apostilló Ignacio-

- ¡Es igual! Quiero más.

Carlos se levantó y le miré. Llevaba una chaqueta larga de dos puntas, camisa con chorreras, pantalón ajustado y botines con fuelle. Desde luego vestido a la italiana. Delgado y acompasando con los brazos su marcha tenía cierto porte distinguido. Cuando volvió lo hizo con una enorme jarra y antes de sentarse nos llenó los recipientes.

- ¿Me preguntas que si ha sido duro? ¿Puedo hablar con franqueza?

- Por mí como si te das pimentón - Respondió Ignacio con modales ya excesivamente distendidos-

- Veréis. No es que desprecie a mi patria pero es que mi patria no me sabe ya a patria. Yo soy del mundo y no es que venga del paraíso pero al menos, en lo que concierne a la medicina, aquello es otro mundo.

- ¿Tanta diferencia hay? - Pregunté-

- Sí. Demasiada.

- ¡Explicate!

Carlos pareció elegir bien las palabras.

- Mirad... Tras entrevistarme con... ¿Cómo se llama el abuelo de las uñas de navaja? El Decano...

- Nuez - Añadí-

- ¡Eso con Nuez! Bueno, pues tras entrevistarme con Nuez me di cuenta de lo obsoleto y cerrado que estaba él y los demás próceres en cuanto a los

avances médicos ¡Pero si son hijos del mecanicismo de Santorio! ¡Si son de los del antimonio para todo! ¿No os habéis dado cuenta?

- ¡Hombre! Como no hemos viajado... -Comentó Ignacio algo ofendido-

- ¿Pero de verdad no conocen la escuela de Hoffmann?

- Pues no. Parece que no... -Añadí-

- ¿Sabéis quién es el que me parece más actualizado?

Ignacio y yo no respondimos.

- Pues el de anatomía y eso porque los muertos no evolucionan y siguen con los mismos músculos desde Vesalio. Los demás están en otro siglo ¿Cómo es posible que Castellón siga explicando la Triaca Magna?

- ¡Hombre! - Terció Ignacio- El buen Castellón explica esa fórmula ancestral como parte de la historia pero no la indica a sus pacientes.

- ¿Seguro? - Añadí yo poniéndome de parte de Carlos-

- Al menos yo no se la he visto prescribir.

- ¡Ya! - Continuó Carlos- ¿Y tampoco Varela enseña la trepanación craneal?

- Sí claro. ¿Y qué?

- ¿Y qué? Más bien diría yo ¿Para qué? ¿Para extraer los malos espíritus del cerebro? ¡Bah! Hace un siglo mandaba en la Sorbona Hipócrates y cuando lo echaron hizo de esta facultad su posada.

El rubio Ignacio estaba claramente molesto.

- Puede que no seamos pioneros pero lo que comentas es mucho decir...

¿No te parece Alonso?

- En el punto medio está la virtud. Carlos tiene algo de razón. Yo opino que nuestros profesores no son ni yatroquímicos a lo Helmont ni yatrofísicos a lo Santorio. Son simplemente hijos de su tiempo.

- A eso me refiero. Menos mal que el ser humano no vive más de ochenta años... Y luego está el aislamiento ¿Crees que conocen a Sydenham?

- ¡Claro! - Afirmé con rotundidad-

- ¿Entonces porque siguen enseñando lo que enseñan?

- Ya te lo he dicho, porque sobre todo son senectos. Nos cuentan lo que a ellos les ha valido y esto tiene algo bueno, podemos aprovechar su experiencia. ¿No?

- Como quieras pero a mí, que me sigan enseñando a trepanar cráneos, me desilusiona bastante.

- ¿Y por qué? ¿Por qué te desilusiona? -Volvió a entrometerse Ignacio-

- ¿Me lo preguntas en serio?

- Sí. Te lo pregunto en serio ¿Es que la trepanación bien indicada no salva vidas?

- ¡Ja! Ahora sí que me sorprende. Se nos mueren sacando algo por orificios naturales y nosotros, para salvarlas, les hacemos otro en la cabeza. ¡Ja!

- ¿Quién ha dicho que hacemos trepanaciones a las parturientas?

- Ignacio estaba ya enfadado-

- No me refiero a ellas. Me refiero a cualquier paciente... ¿Qué vida puede salvarse haciendo un agujero en la cabeza de su dueño?

- Pues a veces las salva.

Carlos puso cara burlona. Asumiendo que Ignacio quería tomarle el pelo hizo la pregunta definitiva.

- ¿Has visto vivir a alguien tras una trepanación?

- Pues sí. Más de una y más de dos.

Carlos me miró para que desmintiera el aserto. La distensión inicial que da el vino se estaba convirtiendo en músculo tenso y yo intenté añadir algo de tranquilidad.

- Bueno... Aunque parezca increíble Ignacio tiene razón. Yo también he visto casos. Posiblemente tú también estés en lo cierto pero aquí en Aragón se padece una enfermedad frecuente, cuya causa ignoramos, y que se presenta en forma de tumores de agua dentro del cráneo. Si éstos se logran vaciar, lo cierto es que los pacientes mejoran e incluso curan.

- Sí tú lo dices me lo creo pero me cuesta mucho...

- ¿Y si lo digo yo? ¿Entonces no te lo crees?

- Tranquilo Ignacio. Carlos también te cree ¿No es así?

- Claro que os creo, sólo que lo que no he visto...

- Ya los verás. No son muy frecuentes pero los verás. Si permaneces dos o tres años más en la Facultad no será raro que observes algún caso.

- ¿Y no se ha investigado el tema?

- ¡Claro! Hay varios tratados pero no se han difundido en el extranjero.

Los pacientes suelen ser pastores o al menos ganaderos. Gente que vive con vacas, ovejas, perros... Acuden por ataques de mal convulsivo, dolores de cabeza y tendencia a dormir y luego pierden el conocimiento.

Carlos volvió a beber y nos miró incrédulo.

- Cuando se les hace una trepanación viven incluso años y si por ella se logra extraer un agua especial, un agua prístina, con membranas blancas,

incluso curan. Eso sí. La incisión debe hacerse en el hueso temporal, si se hace en cualquier otro lugar la hemorragia suele matarlos.

- Desconocía estos casos. Es más si no fuera por tu seriedad pensaría que es una broma para el recién llegado.

- ¿Y en mi seriedad no confías? ¡Eh! - Ignacio seguía agraviado-

- Si te va a dar peleona te ruego que no bebas más.

- ¿Peleona? Si es que sólo te crees lo que dice Alonso... Pues es más... Te puedo apuntar que cuando mueren y se les abre presentan las mismas bolsas con agua de cristal en el hígado y los pulmones.

- Vale, vale. Con todo mi premisa inicial sigue en pie. Yo quería significar que...

- Te entiendo. - Comenté sin dejarle acabar- Y comparto tu parecer. Yo también opino que hay demasiado apego a Hipócrates y lo que es peor, demasiado inmovilismo, demasiada flema, demasiada bilis negra.

- ¡Así es! A eso me refiero ¡Fíjate! Otro punto. Me he enterado de que, hasta que tú lo propusiste, nadie había tenido ni la inquietud ni la necesidad de anotar las muertes, los ingresos y las curaciones ¿Es cierto?

- Cierto

- ¡Anda que no es pesado con los registros! Que si tienes los registros, que si no te olvides de registrar... ¿Más vino? Esta la pago yo.

Ignacio se levantó y se dirigió hacia el tonel para servirse pero el tasquero se lo impidió, e hizo bien porque la jarra no hubiera llegado llena.

- Ignacio tiene razón. Soy un pesado pero es que nadie tiene deseos de apuntar. Y es que nuestros maestros son contrarios a los números.

- ¿Y nadie cuestiona a estos vetustos?

- No. Aquí nadie se cuestiona nada. - Insistí-

El rubio llegó con el envase tembloroso y más que sentarse se dejó caer sobre el banco.

- ¿Aun estáis dale que dale...? ¡Vamos a hablar de jovenzuelas! Jiaaa.

- Pues algún día aparecerá alguien con algún discurso de enfrentamiento. -Completó Carlos-

- Vamos a hablar de mozuelas... ¡Diantre!

- Algún día, algún día, pero ahora nadie contradice a los próceres.

- ¿Nadie? Jiii. Tú si lo haces. Déjame apurar este viaje y zigo. Tu ziii.

Aquí el compañero se lo cueztiona todo, todiiito. ¡Todo!

Definitivamente Ignacio estaba beodo. Carlos y yo sonreímos.

Se sirvió otro pichel y lo vació de un trago, luego se erguió serpenteando y apoyado en la mesa soltó lo que sobrio no se atrevía a comentar.

- ¿Tú quierez ser médico? ¡Zí! ¿Zi? Puez haces todo lo imposible para no conseguirrr el título. ¡Sí! ¡Sí! ¡Y ya está! ¡Tenía que decizlo! ¿A qué no te imaginaz cómo ha tirado zu carrera cuando zólo le falta veinte o menoz meses? ¡Eh! Jiiii. ¿A qué no?

Ignacio acercó la cara a la de Carlos y le susurro sin que éste lograra entenderle.

- ¿Entiendezzz?

Carlos disimuló pero el aliento de Ignacio no debía ser muy agradable.

- ¡Puez zi! Puez abriendo laz ventanas de Verli ¡Jiiiiii! ¡Las de Verli!

Zerá zopenco. ¿No te bazta abrir laz de tu caza? ¡Ñip!

La boca de Ignacio pidió descanso y la usó para soltar un eructo.

- ¡Pedón! Mucho pedón...

- Esa es otra cosa que no entiendo - Intervinó Carlos -¿Cómo se puede tener un pabellón oliendo a sudor, orines y sangre, mes tras mes, basándose en la obsoleta teoría de los miasmas?

- Ya ves. Porque es el de Verli.

- ¡Ezcolá no! ¿Eh? Ezcolá e mu bueno... Ezcolá abre laz ventanaz.

- Es cierto. - Añadí- Escolá no tiene esta manía, pero tiene una alta mortalidad y Verli lo atribuye a este hecho.

- ¡Paparruchas! - Opinó Carlos-

- Zi. Paparruzaz pero ya veráz. ¡Ji!

- ¡Patrañas! - Insistió Carlos- En Verona las ventanas se abren todos los días y las fiebres matan como aquí. Todo el mundo sabe que se deben a coágulos de sangre que la madre absorbe desde la placenta.

- Puez aquí ¡No zeñor! Aquí ez poz las ventanaz... Y poz eso laz ha abierto mi amigo y poz eso cuando Verli vuelva... ¡Chas! Aaa casita. ¡Buf!

- ¿Es eso posible? - Preguntó incrédulo Carlos-

- No sé. Por lo pronto tengo tres meses más. Creo que hasta Septiembre no vuelve Verli. Eso si su tibia consolida bien. Escolá está conmigo, Nuez no ha dicho nada...

- ¡Mentida! Te ha dizcho que te prepares...

- No hagas caso. Nuez no ha dicho nada. Varela ni se ha enterado, con sus cadáveres tiene suficiente, y Castellón no es que se lleve muy bien con mi jefe.

Ignacio volvió a eructar y sin pedir disculpas se puso a bramar.

- ¡Erez un lerdo! ¿Creez que tienez alguna zalida paze lo que paze?  
Aunque lez crescan margaritaz a laz tetaz de laz pacientez... ¡La pagaz! Verli  
no te perdona...

La crudeza con la que Ignacio había hablado me hizo daño, más que el  
contenido de su afirmación, pero le disculpé por su estado. Hicimos un silencio  
y Carlos cambió la conversación.

- ¿Os dais cuenta? En la facultad hablamos de las virtudes del vino y  
aquí de asuntos de la facultad ¡No hay remedio! ¿Alguien ha leído el Sí de las  
Niñas de Moratín?

- ¿El zí de quién? - Contestó Ignacio-  
Aprecié el gesto de Carlos pero no podía abandonar el tema. Las afirmaciones  
de Ignacio habían hecho mella. Me habían inquietado porque sólo los  
borrachos y los niños dicen la verdad e Ignacio no era precisamente un niño.

- Mira Carlos -Proseguí- No me importa lo que pueda suceder. Sólo  
busco el bien de las pacientes. No he abierto las ventanas basado en una  
premonición. Me sustento en números. Desde hace un mes el número de fiebres  
es el mismo que cuando estaban cerradas, el mismo que hace dos años.

- Pero ¿Lo has leído o no?

- ¿Qué?

- El Sí de las Niñas.

- ¡No! Yo no.

- Pues hazlo. Rompe moldes. Denuncia.

- ¡Tú zi que vaz a tener fiebrez! ¿Zabez que te paza? Que te falta  
humildaz y eztrategia ¡Conzigue primero el papel y luego abre laz ventanaz...  
¡Bujarrón! Maz que bujarrón...

Volví a no considerar los insultos de Ignacio pero sus gritos incomodaban al resto de los clientes.

- ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! Malo ez zaber mucho pero peor demoztrarlo...

!Jiiiiijiii!

- Yo no quiero demostrar nada. Hago lo que creo. Lo que sucede es que no soy un cordero como tú.

- Beeeee... Beeeee... Pero yo tendré papel... Beeeee. Y tú no. ¡Maz vino!

- ¡Bueno! Ya vale. ¿Acaso no queréis saber más cosas de Verona? Allí las muchachas no tienen ojos, tienen cucarachas.

- Cucarazas ¡Ji! Cucarzas...

- Sí.. En Verona la miel no la dan las abejas, la cogen de los rizos de las doncellas.

- Puez haberte quedao en Verona. ¡Gran gurrumino!

Miré a Carlos y ambos intuimos que debíamos marcharnos. Ignacio había traspasado el mojón.

- ¡Maz vino gurrumino...! ¡Juepe!

Carlos no se ofendió.

- Puez aquí la miel zale de las orejaz de laz mozaz. ¡Ji! ¡Ji!

- Sería bueno que nos diera el aire - Volví a proponer-

- Sí. Creo que sí. -Asintió Carlos-

- ¡Ezo! ¡A la solana!

Ignacio se incorporó con la rigidez de un mimbre y volvió a gritar su pesado ¡Maz vino! El tabernero nos miró con displicencia y nos hizo un gesto para que

esperáramos. El rubio se volvió a dejar caer sobre el banco y metiendo la cabeza en las manos bostezó.

Cuando llegó la nueva jarra estaba roncando. Carlos y yo seguimos hablando pero bajando el tono de voz. Preferíamos no despertarlo.

- ¡Qué paz! Esperaremos a que la duerma sino tendremos que cargarlo -  
Propuso Carlos-

- Será lo mejor, además, fuera aún hace calor.

Con Ignacio aturdido se hizo un silencio que ambos respetamos. Volví a recordar las palabras del durmiente y tuve miedo. ¿Tan clara estaba la sanción que me esperaba? ¿Me lo jugaba todo independientemente de que no sucedieran muertes? ¡No lo había considerado así! Carlos debió adivinar mis pensamientos y los cortó.

- ¿Y de la farmacopea? ¿Qué opinas de la farmacopea que usa Castellón?

- Pues supongo que debe emplear la de todo el mundo. Mezcla quina con curare, belladona, laúdano... ¿No?

- ¡Ya! Y hierro y arsénico y... ¡Dios! Muchos remedios juntos no es medicina sino ignorancia.

Me di cuenta de que también a mí me costaba sacar los pensamientos. No estaba acostumbrado al vino. Farfullé ligeramente y añadí.

- ¿No se usa eso en Verona?

- Pues juntos ¡No! Para la fiebre y la gota, sólo quina. Para el dolor Láudano pero sin hierro, éste se reserva para la palidez ¡En fin! Ya no se usa el mercurio para el mal pustuloso, ni el agua de col para la hinchazón de los pies.

¡No te ofendas! Podremos aprovechar la experiencia de esos viejos pero en lo que se refiere a fármacos son del tiempo de la inquisición.

Tenía razón y no supe qué constestarle. Miré el pichel y viéndolo casi lleno me sentí mal.

- ¿Nos vamos?

Como si estuviera escuchando Ignacio despertó repentinamente.

- ¡Eh! ¡Eh! Traidorez ¿Y yo? ¡Mi vino!

- Ya está bien Ignacio. Nos íbamos.

- ¡Nooooo!

- ¡Vámonos!

- ¡Eh! ¡Vale! Pero antez una adivinanza... ¿Cuál ez el animal que maulla y tiene plumaz?

Carlos no pudo contener la risa.

- Como quieras pero vámonos.

- Hazta que no me rezpondaiz no me voy...

El tabernero escribió la cuenta en la mesa le pagué y cogiendo por los brazos a Ignacio salimos como pudimos. El sol estaba acabando la jornada.

- ¿Eh? ¿Cuál ez el animal que maulla y tiene plumas? ¿Eh?

Seguimos oscilando a lo largo de la calle y nos dimos cuenta de que una pareja de oficiales venía en dirección contraria.

-¿Cuál ez el animal que maulla y tiene plumas? ¿Eh?

Optamos por pararnos apoyados en una pared y dos caminantes pasaron mirándonos de reojo.

Era tarde. Las calles estaban casi vacías. Carlos no podía volver a su pensión, no le hubieran dejado entrar. Yo no quería tropezar otra vez en la escalera de

tía e Ignacio sólo repetía... “*La adifinanza... La adifinanza*” Así que decidimos acostarnos al abrigo de los cipreses de la facultad.

- “*La adifinanza... La adifinanza*”

- ¡Está bien! ¿Qué adivinanza?... -Intenté acabar-

- Ya la he dizcho... ¿Cuál es el animal que maulla y tiene plumaz? ¿Eh?

Saltar la verja nos costó ayuda divina. Desde el suelo la arrogancia prestada por el vino la hacía pequeña, pero una vez arriba el valor menguaba contra las puntas de las lanzas. El primero en traspasarla fue Carlos y lo hizo con destreza. A Ignacio se le enganchó el capotín y cuando puso las piernas al otro lado se quedó colgado como un murciélago.

- Jiiii. ¡Vuelo! ¡Vuelo!. ¡Mirad como vuelo...!

El escándalo era mayúsculo. Le conminamos a que guardara silencio pero sólo cambió las risas por pedorretas. De repente, cedió la tela de su capotín y dio con la cabeza en el suelo. Pensamos que se había descalabrado pero no... Tendido sobre el costado derecho sólo repetía...

- Ahhh. Ahhh ¡Ya no vuelo! ¡Ya no vuelo!

El tercero en trepar fui yo y cuando me disponía a salvar las puntas de hierro advertí una sombra lejana que veloz se dirigía hacia la puerta del tanatorio. Me quedé inmóvil. Desde la altura les hice un gesto de silencio y Carlos tapó la boca de Ignacio. Cuando descendí señalé los vidrios que daban a la sala de disección y los tres pudimos ver el resplandor atenuado de una vela que caminaba en el interior.

- ¿Un ladrón? - Comentó Carlos-

- Un muezto vivo... Ji...

Esta vez tapé la boca y la nariz de Ignacio.

- ¿Qué se puede robar a los cadáveres? - Comenté-

La luz se detuvo y luego desapareció. Solté a Ignacio y comprobé que no lo había ahogado.

- Ya ze ha mueto el mueto. ¡Je! ¡Ya ze ha acostao... ¡Huaa!

Un vientecillo ladeaba los árboles y la luna creciente iluminaba tras las nubes con intermitencia. Ignacio se estaba durmiendo, lo sentamos contra las rejas y nos acercamos hasta la puerta por donde había penetrado la sombra. Estaba entreabierta. Esperamos unos instantes y los ojos se acostumbraron a la oscuridad. Afinamos el oído pero desde donde estábamos sólo se oían los ronquidos de Ignacio. Entramos a gatas y nos quedamos inmóviles tras las piernas de un cadáver. Un tintineo rítmico y unos susurros sin interpretación provenían del interior. Carlos me pellizcó. Al fondo algo se movía, el tintineo se aceleraba y con él, los ruidos guturales. Acerqué mis labios a la oreja de Carlos y le confirmé...

- Es un ladrón... ¡Seguro!

- ¿Y si son varios? - Contestó jadeando -

- No lo entiendo... Los cadáveres no tienen objetos de valor.

- ¿También les quitan los dientes de oro?

- Pssss. No sé...

El tintineo cesó y sólo escuchamos un estertor.

- Tenemos que hacer algo... -Comenté-

- Y si llevan navaja...

De repente la sombra se quedó quieta. Miró hacia dónde estábamos y adivinamos que nuestros susurros habían sido escuchados. El instinto me hizo reaccionar de la única forma que se podía. Me erguí y comencé a ulular

- Uhhhhh. Uhhhh. ¡Alto quién sea! ¡Alto!

La sombra dio un grito espantoso. También estaba asustada. Como una centella se abalanzó contra nosotros y sorteándonos huyó golpeando la puerta.

La sorpresa era el mejor ataque y había funcionado. El ladrón había huido y lo había hecho como un diábolo pero a nosotros nos dejó uno por cada par de rodillas. Tardamos en reaccionar. Cuando salimos sólo Ignacio, que seguía roncando, se ofreció a nuestra vista.

- ¡Qué susto!- Comentó Carlos con voz temblorosa-

- Pues él también se ha llevado el suyo... Al menos no nos ha atacado...

Acerca una vela... Averiguaremos qué falta.

Carlos trajo todas las bujías que encontró.

- ¡Tranquilo! No hay nadie más. Era sólo uno. Con un candelabro de tres velones será suficiente, no sea que la luz nos delate ahora a nosotros.

Cuando habíamos prendido las tres mechas pudimos observar lo que estaba robando la sombra. Todos los cadáveres estaban cubiertos por las sábanas, todos menos el de una joven que, sobre la mesa de mármol se encontraba con las piernas separadas. Esa visión nos impresionó más que un navajazo. Carlos vomitó sin arcadas, yo necesité tres hasta que expulsé lo que me quedaba de vino.

- ¿Conocías esta muerta?

-¡No! Debió llegar ayer. No lo había visto.

- ¡Dios mío!

Instintivamente aproximé las piernas de la joven para acabar con la postura en la que se encontraba. Tras mantener juntos los tobillos solté los pies y éstos se distanciaron sólo unos centímetros.

- Este cadáver es muy reciente. - Comentó Carlos-

- Sí. Presenta rigidez pero aún no es total.

Pusimos el candelabro sobre su cabeza y vimos la cara de una adolescente mofletuda con una expresión neutra. No tenía rictus de agonía pero tampoco esa sonrisa que algunos cadáveres presentan por la contracción de los músculos faciales. Aún llevaba el pelo recogido en una trenza que caía vertical contra el suelo. Sus senos redondos presentaban hoyuelos como los que hacen cuando se palpa una masa de pan y lo que más nos impresionó, su orificio genital estaba ahuecado.

- ¿Quién ha podido...?

- Necrofilia se llama... -Completó Carlos-

- ¡Ya! Algo he leído. Unos dicen que son hijos de Satanás, otros que enfermos.

- Yo he leído poco de este tema pero he oído historias terribles. ¿Eh?  
¡Mira! ¡Mira aquí!

Acerqué el candelabro y tardé en darme cuenta. Carlos me señaló unas gotas de sangre cerca del pubis del cadáver. Eran recientes, aún no habían coagulado. El necrofílico se había cortado. La dureza de las mucosas vaginales le habían producido alguna herida.

- ¡Lo tenemos! ¡Se ha herido! - Comentó Carlos-

- ¿Qué quieres decir?

-Que está marcado...

- ¡Ya! Vamos y le decimos a Varela que revise el pene de todos los hombres sospechosos de la ciudad porque, estando borrachos, hemos

descubierto, a las tres de la madrugada, que una sombra estaba violando uno de sus cadáveres...

- ¿Y por qué no?

- ¡Estás loco! A este paso eres capaz de pedirle a él que también se baje los calzones.

- ¿Y por qué no?

- Veo que vomitar no te ha aliviado. Anda ¡Vámonos!

Íbamos a marcharnos pero reparamos que también nosotros habíamos dejado nuestro rastro. Buscamos unos trapos y limpiamos el suelo como mejor pudimos. En mi paño se enganchó algo que parecía una moneda pero era una medalla, la cogí y la dejé en un anaquel cerca de un frasco de trementina. Seguimos limpiando pero el asco se sumaba al asco y cuando la náusea de uno generaba la recíproca desistimos. Intuimos que no íbamos a acabar en toda la noche.

Por fin salimos y aspiramos profundamente. Cambiamos el aire del tanatorio por el del exterior. Ignacio seguía roncando, parecía un lobo aullando a la luna. Lo arrastramos y lo depositamos bajo uno de los cipreses. Cuando apoyamos su espalda contra el tronco abrió repentinamente los ojos y nos sorprendió.

- Maulla y tiene plumaz ¿Eh? ¿Eh? ¡Venga! ¿Qué es?

- ¡Dios! ¡Qué pesado!

- ¿Oz dais? ¿Eh? ¿Oz dais?

- Sí. ¡Vale! Hemos perdido... ¿Qué es?

- ¿Oz dais?

- ¡Sí! ¡Sí! -Afirmamos al unísono-

- Puez... ¡El gato!

- ¿El gato? Pero el gato no tiene plumas...

- ¡Claro! Ez que sino era muy fácil...

Le di un capón e Ignacio manoteó exageradamente. Carlos me hizo ver que le había golpeado el chichón originado por la caída y me reí.

- ¿Enzima tiene grazia?

Le había hecho daño. Me disculpé pero no creo que percibiera mi excusa porque al instante se quedó otra vez dormido. Lo abrigué con su capotín rasgado y nos alejamos hasta el tronco del otro ciprés. Antes de que nos acogiera el sueño Carlos me preguntó.

- ¿Has estado con alguna mujer?

- No. - Le respondí con sinceridad-

- Yo tampoco, por eso no puedo explicarme que alguien pueda hacer lo que hemos visto. Estoy seguro de que es un poseso.

- ¿Qué?

- Un poseso, un endiablado.

- ¿Crees en el diablo?

- ¡Claro! ¿Tú no?

- No. Ni tampoco en Dios.

Carlos se volvió hacia mí.

- ¡Cómo puedes decir eso!

- ¿Y por qué no?

- ¿Eres ateo?

Hice un silencio. El sueño empezaba a tomarme.

- ¿De veras eres ateo?

- Si.

- Entonces... ¿Cómo te explicas todo lo que ves a diario? El sol, las estrellas, el mismo cuerpo humano.

- ¿Lo que veo a diario? El sufrimiento, la muerte, la podredumbre, lo que acabamos de ver... ¿Se necesita un dios para explicarlo? Si así lo hiciera sería un dios muy cruel. Yo intento explicármelo todo desde aquí abajo, sin mediadores ni consuelos. Mira Carlos. Hace tiempo que dejé de preguntarme si existe Dios o no ¡No tiene importancia!

- ¡Cómo que no!

- Pues no. Lo que vale es que su concepto te sirva, no que sea verdad o mentira ¿A ti te vale? Pues perfecto ¡A mí no!

- Entonces... ¿Tampoco crees en el alma?

- No claro.

- Pues perdona pero ahí yerras ¡Existe!

- ¿Sí? Tú la has visto.

- No pero mira mi razonamiento. El cuerpo funciona y llegado un momento lo deja de hacer muriendo, algo lo animaba y algo ha dejado de animarlo ¿No? Llámalo como quieras pero eso es el alma.

- ¿Y según tú es inmortal?

- Eso no lo sé. Puede que sí.

- Pues la del monstruo que ha hecho lo de esta noche además de inmortal es viciosa.

- ¿Nunca hablas en serio?

- La verdad es que pocas veces. Para mí el alma es la expresión de nuestra ignorancia.

- No entiendo.

- Vamos a ver. Según tú en el alma reside o debe residir el amor, la capacidad de pensar, la caridad, lo que nos diferencia de los animales ¿Es así?

- Sí.

- Pues para mí el amor, la caridad, la capacidad de hacer música o de ser un asesino se debería explicar desde la carne. Es más estoy seguro de que algún día se sabrá en que parte del cuerpo residen estas capacidades.

- ¿Sabe Nuez que piensas así?

- Que le den arsénico, a Nuez y a todo el Claustro...

- O sea que si bien entiendo, para ti, en el cuerpo reside toda la oferta de devenir en santo o en asesino.

- Algo así.

- Entonces el libre albedrío tampoco entra en tus convicciones.

- Eso aún menos.

- Yo no comparto tu parecer.

La conversación me había desvelado. Me puse en pie y miré al cielo. Guardé un instante de silencio y me atreví a contar lo que de verdad pensaba.

- Responde a una pregunta ¿Qué has sentido tras el tercer vaso de vino?

- ¿Tras el tercer vaso de vino?

- Sí. O tras el cuarto, me da igual.

- No sé... Euforia, alegría...

- Lo ves.

- ¿Qué?

- La euforia, la alegría... ¿El vino ha modificado tu alma?

Carlos no respondió.

- Algún día... ¡Imagínate! Algún día tal vez se puedan lograr productos que hagan del criminal un santo, del melancólico un ser alegre, del iracundo un sosegado y de ese violador de cadáveres un amante feliz ¿Dónde estará entonces el alma y sus cualidades?

- No creo que nunca se logre algo así. Además me extraña en ti. Me consta que eres científico ¿Cómo puedes hablar de filtros de amor y de cordura? ¡Eso es de brujos más que de científicos!

- Pues a eso me refiero. Te imaginas algo más potente que el Láudano. Algo que permita dormir cuando quieras, algo que elimine la angustia, algo más específico que el opio para eliminar el dolor, algo que excite al flemático... ¿Has visto algún loco? ¿Crees que su alma es la que está enferma?

-¡Sí! Y siempre por alguna razón. El loco, el blasfemo, el ausente todos han inutilizado su alma por ir contra Dios. Sólo Él sabrá liberarla...

- ¿Y me llamas brujo? Yo sí que te creía de mente más abierta.  
Carlos se incomodó pero continué.

- ¿No lo ves? No hace falta soñar. Sólo observar. Si el Láudano es capaz de sosegar al que blasfema, si la Valeria es capaz de hacer dormitar al insomne, si la Mandrágora es capaz de hacernos ver al diablo, es porque en nuestra cabeza está el dolor, el insomnio y el mismo Satán.... ¿Para qué entonces el alma? Los humores que genera el cuerpo son los que hacen la felicidad, el temor, los humores dan forma a los números, al sentimiento de vacío que nos hace desear que haya algo tras la muerte...

- ¿No te entristece pensar así?

- ¿Por qué?

- No sé. Debe ser amargo vivir sin la esperanza de algo eterno.

- ¡Da igual! Si no tengo razón seré obligatoriamente eterno y si la tengo... ¡Da igual! Por eso hagamos caso a Sarnápalo... “*Edamus, bibamus, gaudeamus: post mortem nulla voluptas...*”

Miré otra vez al cielo. Se había cubierto y la noche era negra. Carlos no habló más. Giré la cabeza y vi que estaba dormido. Su alma se había rendido ante la fuerza del vino y yo dejé que la mía hiciera lo mismo.

Ignoro si los refinados patronos de Carlos le recriminaron su aspecto al volver a la pensión. Tía Teresa sí me hizo una leve recriminación. Cuando le dejé la camisa y vio las manchas de hierba me preguntó si acostumbraba a retozar en los prados. Margarita se enfadó más. Le hubiera gustado hacerme reproches pero se reprimió. Yo también me flagelé. Había abierto mi alma a Carlos y aún no sabía si era digno de ello. Por otro lado tuve dolor de cabeza durante cuatro días y mis estadillos tuvieron que esperar.

El pabellón de Verli seguía oliendo bien. El buen tiempo facilitaba la apertura de los quicios. Mandé colocar telas para que no penetraran los insectos y las noches de Julio se podían soportar gracias al frescorcillo que ascendía desde el jardín. Sor Reyes colocó flores en las mesitas y la matrona hasta se atrevía a canturrear.

Contra lo que había imaginado Carlos no era un dogmático. A pesar de las creencias que me había expresado, en lo referente a la ciencia, era como yo. Se lo cuestionaba todo. Nada valía si no se demostraba que valía. Propuso el paseo de las recién paridas frente al reposo absoluto que, hasta entonces, se

preconizaba. Di por buena la iniciativa siempre que la mujer lo deseara y no tuviera fatiga.. El resultado fue que eran dadas de alta antes.

Le enseñé mi trabajo sobre los latidos del feto y lo amplió con figuras bien dibujadas explicando por qué, en ocasiones, éste no era escuchado. Según él no se debía sólo a fetos muertos sino a interposiciones de la placenta o sustancias de la madre. Esta hipótesis me inquietó porque aumentaba las posibilidades de error y por tanto de suponer fetos muertos cuando no lo estaban, pero encontramos una solución. En estos casos si se variaba el sitio de escucha, por ejemplo situándolo en la zona de los riñones, por muy leve que fuera, también el latido era perceptible. Con todo, desde el caso que me había sucedido no se dio otro y no fue preciso arriesgarse.

A finales de Julio Ignacio obtuvo el grado superior ¡Ya era galeno! Pronto iba a cantar el “Gaudeamus” Compartí su felicidad y me comentó que su intención era seguir a las órdenes de Escolá hasta encontrar vacante en alguna de las cátedras ¡Todo iba bien! En mi pabellón no se habían dado casos de fiebres, y en el de Escolá sólo uno. Sin los estudiantes la facultad parecía vacía, se echaban a faltar sus voces pero por otro lado el trabajo era más relajante. Por las tardes paseábamos bajo los cipreses y en uno de estos paseos me abordó el profesor Castellón de Médicas.

- ¿Conoce usted al señor Fierro?

- ¿Fierro? - Pensé-

- Sí. José Fierro. Un mozalbete desgarbado con pantalones y tirante cruzado. Creo que se encargaba de sus pertrechos.

Recordé a José. Hacía tiempo que no había escuchado sus tartamudeos.

- Sí, sí. Ya sé a quién se refiere ¿Qué ha hecho?

- Nada. Está enfermo. Lo tengo ingresado en mi pabellón y me gustaría que usted lo viera.

Para mí fue una sorpresa y también una adulación

- ¿Quiere que lo reconozca?

- Se lo pediría a Escolá pero hoy no viene y como tampoco está Verli.

¡En fin! Mírelo usted porque según mi parecer tiene fiebres.

- ¿Fiebres? No creo que haya parido ¿Verdad?

A Castellón no le hizo gracia la broma y antes de alejarse ordenó.

- Reconózcalo y ya hablaremos.

En efecto, encontré a José delirando y bañado en sudor. Tomé su pulso y era fino y veloz. Su frente abrasaba. Desplacé la sábana que lo cubría y curiosamente, frente al frío de sus extremidades contrastaba el gran calor que despedía por el tórax al batir rápido en respiraciones cortas. Por un instante se sosegó y temí lo peor, pero sólo fue un instante. Volvió a azorarse y sólo se le entendía un monosílabo, el de “Peeerdón, peeverdón” De repente se orinó y empapó el calzón, única prenda que lo cubría. Llamé a la enfermera y lo desnudó. Luego volvió a respirar velozmente y a tiritar de forma tan extrema que desplazó el camastro. Intenté sujetarlo y fue cuando adiviné dos bultos rojos en su ingle derecha. Eran del tamaño de una nuez y sobresalían estirando la piel hasta hacerla fina como un pergamino. Palpé esos bultos y aprecié su dureza e inmovilidad. Seguí palpando el abdomen y los mismos cordones que se palpan a las mujeres con fiebres fueron rozados por las puntas de mis dedos. Sólo quedaba encontrar las manchas de San Telmo y al incorporarlo las hallé en la espalda. En la nuca presentaba una moradura lineal, como si le hubieran

arrancado con brusquedad algún cordón del cuello. En ese instante volvió a agitarse repitiendo el “Peeerdón, peeerdón”

Ciertamente la clínica y la exploración eran las de unas fiebres puerperales. Castellón entró y se acercó hasta mí. Le comenté mi opinión y él confirmó mi diagnóstico. Me relató que ya había visto un caso. Lo había enviado a la Academia y había servido para diferenciar dos clases de fiebres, las puerperales propiamente dichas, originadas en las parturientas por la absorción de sangre a través de los genitales y la de los varones, debida probablemente a absorción de sangre u orina desde la vejiga.

- ¿Lo ve? De ahí esos bultos en las ingles que naturalmente son ganglios.

- Pobre José -Comenté-

- Sí. Una desgracia. No creo que llegue a la noche.

Me quedé incómodo. No sólo por el desgraciado sino porque algo no estaba claro. Cuando iba hacia la puerta apareció el capellán pero no me saludó. Le insulté en voz baja, anduve unos metros y me detuve ¿Y si...?

Di la vuelta. El cura estaba ya impregnando de óleo la frente de José. Lo destapé y cogiendo su miembro lo examiné.

- ¿No ha terminado usted joven? ¿Tiene que tocar eso mientras le administro los santos óleos?

No hice caso. En la zona posterior de su pene había una herida que arrojaba pus verde en abundancia, similar a la que expulsan de las entrañas las parturientas que mueren por fiebres. Estaba atando cabos. Salí velozmente y me dirigí al tanatorio.

- ¡Tiene que estar, tiene que estar! - Me repetí

¡Y allí estaba! Cerca del frasco de trementina seguía la medalla de latón oxidado. Pude ver la imagen que aquella noche no distinguí. Una virgen del Carmen y unas letras que rezaban. “*De tu madre*”

El bedel, que estaba barriendo, me miró sorprendido cuando volví a correr para salir y llegar hasta el pabellón de Castellón. El cura estaba ya ungiendo los pies de José. Me acerqué a la cabecera y le hablé al oído. El olor acre de su sudor me hizo contener la respiración. No respondió, sólo tiritaba. Miré al cura y cuando estuve seguro de que no iba a mirarme presioné a José detrás de la oreja. El dolor lo sacó de su obnubilación.

- ¡Eehh! ¡Ehhh! Peeerdón... Peeerdón...

- José. Te he traído algo ¡Mira!

Puse la medalla delante de sus ojos y el desgraciado, usando las últimas fuerzas con las que contaba, la apresó con la mano derecha para llevársela a la boca y besarla con fruición.

- Peeerdón... Peeerdón...

El cura miró pero cuando lo hizo José había caído otra vez en el letargo. Tomé la medalla de su mano y se la anudé al cuello.

Las preguntas se acumularon en mi cabeza y las respuestas no se elaboraron con la misma velocidad. José era la sombra de aquella noche. Él era el necrófilo. Otra vez sentí vergüenza por derivar mis pensamientos hacia otros derroteros y no experimentar compasión ante aquel desgraciado ¡Sí! La misma vergüenza que generé cuando Margarita puso su cabeza en mi pecho y sólo se me ocurrió que en los fetos vivos debían oírse los latidos. Que el pobre José fuera a morir y que en su vida hubiera cometido actos tan bestiales no me hizo pedirle al cura dobles unciones, me preocupó más aunar todo lo que había

visto. Un cuadro de fiebres, una herida en el pene, el mismo pus que arrojaban las parturientas, el mismo fuego de San Telmo... Lo que pensé me dio miedo. ¡No podía ser! Era demasiado atrevido. Más que atrevido... ¡Absurdo! Relacionar la herida de Fierro y sus fiebres con el mismo origen que la de las mujeres era una locura, pero... ¿Y si un mismo morbo fuera el causante? La teoría de la absorción de la sangre o placenta se venía abajo. En aras de la tranquilidad preferí admitir que tal vez la sangre de su herida había sido absorbida y al ascender por la uretra había producido un caso similar al que se da en las mujeres. No podía engañarme. Estaba insatisfecho. Salí absorto y casi tropecé con los escalones. El cerebro me pidió descanso, abandoné el problema porque bastante tenía con la batalla de las ventanas. Declarar otra guerra a falta de un año y cinco meses para graduarme era una temeridad... Pero no podía evitarlo... Algo no cuadraba...

Pensé en el pobre Fierro y esperé que los santos óleos le facilitaran el perdón que en su delirio solicitaba.

En Septiembre llegó un nuevo tropel de aspirantes. La calma se tornó en bullicio. La historia se repetía, nuevas caras, nuevas palideces ante los cadáveres, algún que otro desvanecimiento y ruido, mucho ruido. Castellón dictó las acostumbradas máximas, por supuesto en latín y Nuez recordó las normas e insistió, para regodeo del capellán, sobre el carácter sagrado de la rama del saber que habían escogido. Y sobre todo, la mejor noticia, Verli no mejoraba y debía guardar reposo al menos otros dos meses ¡Ja!

Octubre y Noviembre llegaron rápidos. Por la noche, con el frío hubo que cerrar las ventanas, pero durante el día las abríamos todo el tiempo que podíamos. Desde Septiembre, en nuestro pabellón cuarenta partos y ni un solo caso de fiebres. En el bullicioso pabellón de Escolá cincuenta partos y ocho casos.

Carlos y yo trabajamos duramente. Pedí otra vez a Nuez la ayuda de algunos noveles, pero sabiendo que Verli los detestaba no me los concedió ¡Era injusto! En el pabellón de Escolá discutían por asistir los partos y en el nuestro no teníamos reposo.

Una mañana soleada de Diciembre apareció sin aviso nuestro amado Verli. Apoyado en muletas llevaba el pelo más largo. Me acerqué para saludarle pero de repente vi cómo uno de sus apoyos se me acercaba a la cara. Lo había lanzado sin apuntar y pude evitarlo, el otro salió disparado al aire y cayó al suelo rebotando con estruendo.

- ¡Me lo habían dicho pero no podía creerlo! ¿Quién es el responsable?

Sor Reyes y la matrona me miraron en silencio. Carlos ni musitó.

- Yo he dado la orden, profesor Verli... Quiero contarle...

- ¡Creí que había confiado mi pabellón a un grado medio, no aun criminal...! ¡A mi despacho!

Verli debía usar las muletas como adorno, porque sin recogerlas se dirigió a la salida.

- ¡O mejor! Se lo voy a decir aquí. No es necesario esperar.

Las sienas de Verli estaban a punto de estallar.

- ¡Es usted un curandero criminal! ¡Un insubordinado! Un... Un ignorante apestoso que no será médico aunque en ese empeño me vaya la vida.

Los cabellos de Verli se iban erizando por momentos. Creí que se iba a arrancar la barba. Cojeando ligeramente se acercó a la ventana que tenía más próxima y la cerró con fuerza rompiendo un cristal. Los pedazos cayeron sobre la cama de una ingresada y ésta se cubrió la cabeza. Sor Reyes se apresuró a cerrar las otras dos.

- Tranquilícese profesor yo le explicaré...

- ¡No me hable! ¡No intente dirigirse a mí!

En ese momento sentí pena, pena y un profundo dolor anímico. Verli era mi padre profesional y esperé su recriminación pero nunca llegue a pensar que, su vanidad herida, le hiciera perder los modos de esa manera. La ira que mi desobediencia había causado era desproporcionada, y esa desproporción no se explicaba por la posibilidad de que hubiera perjudicado a las enfermas, sino porque había mellado su autoridad frente al resto del Claustro. Sabiendo su cercana llegada, tenía preparado un largo abrazo y un resumen con los datos que exculpaban al aire fresco, pero el abrazo se tornó en un escupitajo y las hojas fueron esparcidas por el suelo. Esperé unos segundos para ver si el primer ataque menguaba pero no fue así.

- ¿Sigue aquí todavía? ¡Fuera! ¡Márchese antes de que...!

Algunas pacientes se curvaron en sus lechos y miraron estupefactas. Verli dio tres zancadas y se me encaró. Cuando lo tuve en frente sentí su respiración acelerada, le miré al entrecejo y era tanta la pena que me embargaba que lo hice sin odio. Quedamos un instante suspendidos por los ojos y, de repente, sólo se me ocurrió darle un beso en la cara. El viejo profesor levantó la mano para

golpearme pero la detuve. Aferré su muñeca y cuando relajó el brazo la solté. Verli llevó su mano hasta el trozo de piel donde había posado mis labios y se limpió.

- Esta es la última muestra de respeto que tengo hacia usted. Si vuelve a levantarme la mano no me contendré. -Le dije-

Luego salí de la sala y cuando me dirigía a casa lloré, no por ver cercano el final de mi carrera, lloré porque si Verli era lo que algún día yo podría llegar a ser, nada había valido la pena ¡No! En esta facultad las preguntas y las inquietudes sólo servían para enterrar la cabeza del que las planteaba. Tenía que irme ¿Y dónde? ¿Sería igual en todo el país? ¡No podía ser!

Antes de enfrentar el Coso un ruido sordo me sacó de estos pensamientos. Un grupo de coraceros franceses cruzó la calle a galope. Los carros de fruta se llenaron de polvo y los viandantes tuvieron que refugiarse en los patios para no ser arrollados. La patrulla rodeó a un descamisado y tras hostigarlo lo golpearon con las picas hasta hacerle caer al suelo. El hombre se tapó la cara mientras solicitaba socorro. Los viandantes increparon a los soldados y primero una piedra y luego varias, llovieron muchas sobre ellos ladeando sus emplumados cascos. Dispararon al aire sus mosquetes y la multitud se contuvo atemorizada. Luego maniataron al perseguido e intentaron llevárselo a rastras pero a los gritos de ¡Viva al rey! y ¡Fuera los franceses! el populacho volvió a reaccionar y logró liberarlo. Los aguerridos jinetes partieron al galope y en las caras de los presentes vi un rictus de ira, de odio contenido, de indignación, de desafío. No eran buenos tiempos. Había estado apartado de la calle pero intuí que algo grave se estaba fraguando.

Apenas me quedaba un año para obtener el grado superior. Nuez me ofreció trabajar en el pabellón de Escolá pero le comenté que había decidido abandonar. Le prometí entregarle el trabajo final en el que había fundado mi decisión de abrir las ventanas y así lo hice. Los números eran expresivos. Sólo el capricho de Verli podía seguir manteniendo el pabellón en esa oscuridad hedionda.

Con la decisión tomada y no temiendo abrir otro frente de debate valoré también el caso del pobre tartamudo. Generé una hipótesis en la que sumaba los dos tipos de fiebres, las del varón y las de las parturientas. Unifiqué los síntomas y signos y aprecié que eran en todo similares. Apunté la posibilidad de que éstas no sólo se produjeran por la absorción de sangre desde la placenta y valoré la posible existencia de un morbo que, siendo común en ambas situaciones, podía proceder, en gran medida de los cadáveres. Este último escrito así como los datos de mis registros se los confié a Castellón tras obtener su palabra de que no lo mostraría a nadie. Guardé las apreciaciones originales entre mis legajos y los metí en la maleta.

Un día antes de partir me despedí de todos con la seguridad del que no va a volver. Carlos no dio importancia a mi marcha, aseguró que volvería y se apostó unos cuartillos. Ignacio me dio un abrazo. Varela me conminó a la reflexión, Nuez y Escolá al descanso y Castellón sólo me extendió la mano.

Tía se entristeció. Me despidió con crudeza. Le afectaba el fracaso más que a mí. Le agradecí sus atenciones y quise significarle lo agradecido que estaba por haberme dado un hogar donde no lo tenía, pero no me dejó. Margarita prorrumpió a llorar y se escondió en su cuarto, Pilar hizo como Carlos, tampoco creyó que no fuera a volver y por eso me pidió que le trajera un

potrillo. De Verli no me despedí. Sólo podía mirarlo con desprecio y preferí no hacerlo.

No permití que madrugaran. Esperé solo al carruaje y cuando paró frente al portal, miré hacia la ventana de mi cuarto y me embocé en el capote.

Era la segunda intentona y tenía sabor a alivio. Estaba tranquilo. Antes de perder de vista la casa vi que las cortinas del cuarto de Margarita se movían pero hice como si no lo hubiera visto.

¡Sí! Estaba sosegado. Aquellos años de estudio no habían sido dilapidados. Acepté que no se podía luchar contra el destino.

El viaje me pareció corto. Como en el anterior los campos también estaban nevados pero ahora fueron pasando por la ventanilla con más velocidad, como los soldados y los cañones a los que teníamos que ceder constantemente el camino.

A mi madre no le dije la verdad. Temí herirla. Le comenté que estaba de permiso temporal y ella no dudó de mi palabra. Llenar su soledad con mi presencia ayudó a que no se planteara preguntas.

En pocos días me puse al día con la marcha de la granja. Antonio había dirigido la hacienda a la perfección, aunque, con las reservas que origina administrar algo que no es propio. Su mujer, María, había cumplido también su promesa. No era sino una hermana para mi madre.

Aumenté el número de cabezas de caballos. El ejército pactó comprarme cuantas pudiera ofrecerle y debo decir que a buen precio. Napoleón había invadido Portugal pero quería ser amigo de España y entre sus planes estaba incorporarnos como aliados al imperio que estaba forjando. La caballería española debía ser el orgullo de esta alianza, otra cosa es lo que pensara el rey

Fernando y algunos miembros de la milicia como Juan Martín, que desde la guerra del Rosellón había promulgado su desconfianza hacia los vecinos, o el general Palafox que no dejaba de expresar la necesidad de formar con urgencia una junta militar. En Tarazona los rumores se extendían y los bandos se iban delimitando. Para unos aceptar a José Bonaparte era pertenecer al mundo civilizado, para otros era el sojuzgamiento. Para mí el seis de Enero de 1807 fue un cumpleaños placentero. El trabajo físico estimulaba el apetito, gané peso y también musculatura. No tenía que robar horas al sueño y la ausencia de miserias humanas me dejaban valorar la belleza de las praderas verdeando gracias a las últimas nieves. La naturaleza me dejaba vivir, me prestaba la hondura de sus silencios ¡Era feliz! ¿Qué necesidad había tenido de aguantar tanto sufrimiento? ¿Y por qué?

Mi madre también era dichosa y, como buena madre, sólo tenía una preocupación, la de mi casorio. Mis veintitrés años eran suficientes para llamarme solterón. Organizó pequeñas veladas para que conociera a señoritas del lugar ¡Qué ridículo! Tras un piano la sofocada de turno estiraba el cuello para graznar y destrozar la última canción de Mozart.

*“Alonso, hijo mío, esta es la señorita tal... Y este es su señor padre y aquí su señora madre”*

*“Encantado Sr... A sus pies Señora... Maravillosa voz señorita...”*

Y de nuevo a torturar a Chopin hasta que la tarde se hacía noche.

*“Interpreta usted muy bien señorita...” “ ¿Otro pastelito señorita?”*

Y cuando la señorita se atrevía con un nocturno yo pensaba en adquirir la planicie que lindaba con el río para llevar allí las nuevas yeguas. Y cuando despedía a los invitados me preguntaba por qué no construía otros establos...

Pero en una de esas veladas Chopin sonó a Chopin y la señorita no ululaba y no tenía un nombre ridículo sino que se llamaba Rosa y carecía de papada y no se aferraba al abanico con las dos manos para estrangularlo sino que lo blandía con donaire y gracia... Su mentón era fino y sus mejillas no se sonrojaron cuando quise besarle la mano. No llevaba flores en el pelo, su cabello negro brillaba sin necesidad de adorno y no lo recogía en trenzas sino mediante un broche dorado y sencillo, tan sencillo como la hebilla de una silla de montar. Rosa, por supuesto, sabía cabalgar y amaba los caballos y ... Se acabaron las veladas en mi casa. Era yo quien acudía a la suya para oírla hablar, para apreciar sus razonamientos tan similares a los míos. Rosa no creía en falsos dioses, ni en sus ministros, ni en los jueces, ni en los políticos. Creía en la verdad dicha de frente, en la necesidad de medirlo todo con la vara de la comprensión. Creía en la familia, en un país más próspero pero elaborado desde los actos más cotidianos, en la sinceridad, en la belleza, en la humanidad y deseaba tanto oírla que las horas de trabajo se hacían largas e interminables los días que no podía verla.

Una tarde, tras varias semanas de cortejarla, por supuesto con autorización de sus progenitores, me ordenó que me sentara a su lado. Extrajo de su saquito un pequeño libro y acariciándolo lo abrió.

- Escucha y dime qué te parece. Ten cuidado porque esto es una prueba.

Escucha...

*Si es insufrible dolor,  
tener en prisión esquiva,  
el cuerpo falto de amor.  
Tener el alma cautiva  
¿No será pena mayor?*

- ¿Sabes quién lo ha escrito?

- No. -Contesté con sinceridad-

- ¿Creía que eras un hombre culto?

- La verdad es que no he leído mucha poesía... En la facultad usaba los ojos para leer otras disciplinas.

- Mal hecho. La poesía debe llenar la mayor parte del día. Si luego sobra algo de tiempo se puede emplear en respirar, mirar, observar... ¿Te agrada?

- Sí. Mucho. Repítela por favor.

Rosa hizo una pausa y sin leer, volvió a recitar el poema.

*Si es insufrible dolor,  
tener en prisión esquiva,  
el cuerpo falto de amor.  
Tener el alma cautiva  
¿No será pena mayor?*

-Me agrada... Me agrada tu voz....

- ¿Mi voz? ¡Uy! ¡Qué osado! Mi voz es como la de todas, sólo una voz.

Lo que tiene que gustarte es el poema y sobre todo lo que significa. ¿Cuánto hace que abandonaste la facultad?

- Este mes será el tercero. Desde Diciembre del año pasado.

- ¿No vas a volver?

- No.

- Tu madre no dice eso.

- Ella cree que estoy de permiso.

- Largo permiso ¿No?

- Sí pero como en tres años no lo tuve, debe suponer que...

- ¡No! Tu madre debe sospechar que no quieres volver pero como la haces muy feliz... Ella no dice nada.

- Puede. De todos modos controlo el correo por si mi tía le escribe...

- ¿Qué tía?

- Tía Teresa. Yo me alojaba en su casa.

- ¡Ya! Pero dime. ¿Volverás o no?

- Creo que no. Y menos si tú...

- ¿Si yo qué?

- Nada. No quería decir nada.

- Es igual... La comarca ha ganado un buen criador de caballos.

- Y la facultad se ha librado de un mal médico - Añadí-

- No lo creo. Dime de veras qué sientes...

Rosa tenía razón. Los meses habían discurrido felices y veloces y aún no había digerido del todo mi ruptura con la medicina.

- ¿La verdad? - Pregunté para reflexionar-

- Sí, la verdad.

- Pues debo decir que ser médico me ilusionaba.

- ¿Aún deseas ser médico?

- Estoy confuso. Lo cierto es que miro atrás y no siento añoranza ni rencor ¿Sabes? Sólo me faltaba un año.

- Ser médico es lo más importante que se puede ser ¿No?

- ¿Eso crees?

- ¿Tú no?

- ¡No! Lo más importante es ser poeta.

Rosa rió y se inclinó hacia atrás abandonada en un gesto que me invitó a abrazarla.

- Verás. Yo quería ser maestro pero...

- ¿Por qué vienes a verme? -Me interrumpió-

Había pensado quince maneras de decirle que cuando la miraba desaparecían mis fantasmas, que cuando la escuchaba creía oír el silbido natural del viento, que era lo único que podía hacerme creer en la existencia de Dios... Pero no dije nada.

- ¿Te gusto?

- Sí.

Rosa se puso en pie y me ofreció las dos manos. Me alcé y cuando estuve frente a sus labios los besé. No se aturdió, sólo miró al suelo y me pidió que la acompañara hasta la puerta. Cuando llegamos intenté besarla de nuevo pero no lo permitió.

- ¡No! Esta noche comprobaré qué dicen mis labios de tu beso. Mi intuición fijará si es conveniente que vengan otros. Puedo enamorarme de ti pero sólo si mi alma me convence. No quiero que sea la pasión la que me invite a abrazarte ¿Entiendes?

Pensé que el amor debía ser espontáneo. Nada sabía de él pero siempre creí que tenía más de hoguera que de razonamiento. Con todo su actitud me pareció adecuada y virtuosa. Le di la mano y subí al caballo.

Fui al paso hasta doblar el recodo. Luego troté y una extraña y placentera sensación me invadió, era lo más parecido a una dulce fiebre y no podía precisar si ese calorcillo procedía del cerebro o del corazón o tal vez de los

cascos del caballo que hacían chispas contra las piedras. El aire era más

denso y tenía sabor a espliego, la noche era como todas las noches pero me pareció más estrellada. Hice girar al caballo y en cada vuelta se expandía el bienestar ¡Sí! Tenía que ser amor. Sólo deseaba gritar ¡Tenía que ser amor! ¡Necesitaba contárselo a alguien! Y la primera en saberlo sería mi madre. Aflojé las riendas y lancé el caballo al galope, ondulé con ritmo sobre su grupa y un tambor interno me hizo dueño del mundo.

Un carruaje que desconocía esperaba con las linternas encendidas frente al portón. Antonio estaba fuera y cogió las bridas de mi montura.

- Su madre le espera. - Comentó escuetamente-

La noche de Marzo, sin ser fría, había obligado al cochero a refugiarse dentro de la cabina. Traspasé el umbral y al entrar reconocí sobre el perchero un sombrero de ala ancha. El dueño esperaba dentro con su sempiterno lazo. Era Castellón. el profesor Castellón. Sujetaba de pie una copa de vino y tras él estaba mi madre sentada frente a la chimenea. El hombre dejó la copa sobre la mesa y nos abrazamos

- ¿Usted por aquí amado maestro?

- Ya ve adorado discípulo -Contestó con similar tono de sorna-

- ¿No habrá venido a comprar caballos? - Continué-

- ¡Ha venido a buscar un asno! - Intervino mi madre- Lleva esperando desde el mediodía. Quería alojarse en el pueblo pero finalmente ha aceptado la invitación de quedarse.

Pensé que Castellón se había ido de la lengua ¡Seguro! El tono de voz de mi madre así me lo confirmaba.

- Claro, claro... Por supuesto. Usted pernoctará aquí - Afirmé-

- Y si es tan amable ¿El cochero?

- Por supuesto... Cómo vamos a dejar al cochero al relente.

- ¿Y los caballos? - Completó-

- Menos aún. Un caballo podría hacer de cochero pero un cochero jamás tiraría de la tartana.

Cuando subí a mi cuarto y mientras me quitaba las botas imaginé qué podía haberle contado a mi madre el viejo encargado de Médicas. Era la primera vez que me llamaba asno aunque lo hubiera hecho con una sonrisa y supuse que estaba enterada de todo.

Cenamos y durante la cena sólo hablamos de política, mis dudas se diluyeron a los postres. El Claustro no se había reunido tras mi marcha. Castellón, a pesar de darme su palabra, había enviado mis hojas de registro a la academia de Madrid y la respuesta subsiguiente recriminaba el empecinamiento de Verli. El rector de la capital del Manzanares instaba a que se confirmara la calidad de mis datos y pedía permiso para usar mi modelo en sus pabellones... Tras esta solicitud, Nuez se preguntó por qué duraba tanto mi licencia.

Cuando Castellón dejó claro su deseo de invitarme a volver intervine.

- ¡Ya ve profesor...! Ha variado el rumbo de mi vida. Ahora atiendo yeguas en lugar de traer niños al mundo.

- Los rumbos varían pronto - Añadió mi madre molesta-

- Puede ser, pero los cambios de timón deben persistir al menos un año.

Hemos hecho reformas, hemos comprado cabezas y ...

- ¡Al diantre con las cabezas! ¡Véndelas y ocúpate de la tuya!

Castellón se sorprendió.

- ¿Un año entero? ¡No puede ser! Ausentarse un curso no le daría opción al grado superior...

- Entonces no será - Afirmé-

- ¡Sí será! - Gritó mi madre- ¡Volverás a la Facultad!

- Imposible madre. Significaría la ruina.

- Antonio sabrá qué hacer.

- Antonio no podrá solo.

- Pues prefiero regalar la Hacienda.

Castellón tosió educadamente para mediar en la disputa.

- No sólo he venido para que vuelva por su carrera...

- ¿No? ¿Qué quiere decir? - Comenté agradeciendo que apaciguara la discusión con mi madre-

- Hay otra razón más desgraciada. Varela ha enfermado. Cuando partí era pronto para afirmarlo pero todo apuntaba a un cuadro de fiebres.

- ¿Fiebres? ¿El profesor Varela con fiebres?

- Así es.

- ¿Y qué puedo hacer yo?

Castellón se molestó.

- Supongo que no mucho. Si usted supiera tratarlas lo llevaría preso pero no es el caso. Sepa que respeté mi palabra a medias. Envié a Madrid las conclusiones que le permitían abrir las ventanas pero a nadie he enseñado su hipótesis sobre el origen de las fiebres. Ahora se lo ruego, es más, le exijo que vuelva y complete su teoría porque intuyo que en ella hay algo de verdad y si usted tiene razón lo que está en juego es de gran importancia. Hágalo al menos para ver a Varela por última vez.

Recordé al profesor de anatomía. Vi su calva limpia y su barba negra. Le tenía aprecio. Era el profesor que con más rigor trataba la ignorancia de nuestros conocimientos. Me gustaba la humildad con la que decía... *“Esto no sabemos qué es... Esto no sabemos para qué sirve”* Y sobre todo recordé sus palabras de consuelo cuando estuve, por vez primera, ante un cadáver abierto. *“No le de importancia a él tampoco le importa...”* ¡Sí! Volvería para darle el adiós. Una semana no iba a arruinar mis planes en la granja. Tía Teresa se merecía también una explicación más pausada del porqué de mi marcha y también podría despedirme de Margarita con más calma. No iba a quedarme todo el año, volvería pronto y le preguntaría a Rosa qué le había dicho mi beso...

La partida fue al día siguiente. Apenas pude hacer un sencillo equipaje. Si de verdad Varela padecía fiebres debíamos darnos prisa porque el desenlace fatal estaba cercano.

El coche que había traído Castellón era más veloz que la diligencia. No paramos a cambiar los caballos e hicimos mal porque uno de los cuatro murió reventado. Tras diez horas de marcha sólo nos detuvimos para darles agua. Al final el cochero se negó a continuar, pero lo convencí asegurándole que me haría cargo de todos los gastos y como los animales no eran precisamente potrillos debió ver en mi oferta una excelente manera de renovar el tiro. Lo que en un trayecto normal costaba dos días, lo recorrimos en veinte horas. No hubo tampoco refrigerio para nosotros, el apetito casi nos rindió, tuvimos que desenganchar otro caballo, porque, aunque no murió, se tumbó en el suelo y fue imposible levantarlo. El viaje fue agotador pero logramos el objetivo. Cuando llegamos Varela vivía todavía aunque estaba ya inconsciente. Una herida en su

mano derecha era lo que había originado tal desenlace. Se la había producido con un escalpelo mientras disecaba el intestino grueso de un cadáver. Lo que en principio carecía de importancia se había enrojecido, se había hinchado y ahora presentaba una escara negra de la que fluía el mismo pus verde que exudaban los otros casos de fiebres. No había duda. Las manchas rojas en la piel, las afamadas y nefastas manchas de San Telmo, las extremidades heladas y el pecho caliente, la imposibilidad para orinar, la respiración acelerada y el pulso filiforme, todo confirmaba que se trataba de un caso de fiebres en el varón. Sajamos el flemón de su mano y el pus manó llenando un recipiente que guardé. Tardó en morir dos días. Los funerales y el duelo duraron cinco y yo olvidé la promesa de volver pronto a casa.

Tía conservaba la habitación como la dejé. Carlos me recordó que le debía una tarde de taberna e Ignacio sintió la muerte de Varela pero como la vida seguía, y estábamos al principio del curso, fue encargado de la cátedra del difunto hasta la provisión de un nuevo profesor de anatomía.

La idea había vuelto a germinar en mi cabeza y no me daba descanso. Le pedí a Castellón el manuscrito que le había entregado. Lo releí y lo modifiqué.

Imaginé qué pasaría si ese pus verde, el que había salido de la herida de Varela, se aplicaba en la piel de algún animal y así lo hice. Con ayuda de Carlos practiqué cortes superficiales sobre las patas traseras de cuatro gatos, les inoculé el fluido a intervalos de tres días y los animales fueron muriendo progresivamente. Carlos pensó que estaba loco pero yo intuí que estaba en el camino. Los síntomas que presentaban no se podían comparar a los de los enfermos con fiebres. No encontré las manchas de San Telmo y tampoco pude objetivar si tenían calentura, pero los animales, al cabo de doce horas se recostaban, dejaban de beber y perecían con las niñas dilatadas.

No fue difícil obtener pus de una mujer afectada por fiebres en el pabellón de Escolá. La inoculé al mismo número de animales y los resultados fueron similares ¡No había duda! La causa de la enfermedad estaba en el pus y no había dos clases de fiebres sino una sola. Pero no lo entendía. El pus se producía después de contraer la enfermedad y por tanto ¿Cómo es que estaba allí la causa? Pensé que el pus, más que ser la causa, era el líquido por el que ésta salía. El caso de Varela, de José Fierro... ¡No me iban a creer! Sabía que el morbo procedía de los cadáveres pero las mujeres que parían y enfermaban no tocaban cadáveres...

Tras veinte días de intenso trabajo volví a mi estado inicial de nutrición. Perdí peso y volví a dormir pocas horas. Verli seguía sin saludarme. Había sido obligado a ventilar la sala y me consta que me odiaba pero no me importó. Ya no estaba en esa lucha. Repasé una vez más los escritos y tras valorar los hechos establecí seis máximas.

1- Los casos de fiebres eran mucho más numerosos en el pabellón de Escolá que en el de Verli, a pesar de que el número y la procedencia de las pacientes era similar.

2- La presentación de los casos nada tenían que ver con abrir o cerrar las ventanas.

3- El número de casos de Escolá disminuía durante los meses de verano.

4- En los partos atendidos a domicilio, tanto por Verli como por Escolá, no se producían casos de fiebres.

5- El pus de Varela y de las enfermas mataba a los gatos aunque no podía asegurar que fuera por fiebres dado que sus síntomas diferían.

6- No había unas fiebres para la mujer y otras para el varón. Ambas cursaban del mismo modo y el producto de sus secreciones actuaban igual en los animales.

Repasé y repasé estas seis máximas y sólo pude explicarlas así.

Lo único que diferenciaba el pabellón de Escolá del de Verli era que el primero contaba con estudiantes y el segundo no. En el de Verli sólo ayudaba la matrona, Sor Reyes y a lo sumo uno o dos primerizos.

Los estudiantes atendían los partos de Escolá tras tomar las clases de anatomía.

En verano los estudiantes partían a sus casas y Escolá arrojaba cifras inferiores de enfermas.

Los casos de muertes por fiebres no se daban casi en las atenciones de partos a domicilio porque Escolá y Varela no disecaban cadáveres.

El morbo tenía que proceder de éstos porque así se explicaba también el desgraciado padecimiento de José Fierro y el de Varela.

Es decir, los estudiantes traspasaban el morbo a las parturientas y lo introducían en ellas como se lo introdujeron Fierro y Varela ¡Estaba claro! Para mí estaba claro. Carlos no lo veía así e Ignacio también dudó. Comentó que nosotros habíamos estado atendiendo partos, acudíamos a clase de anatomía y no habíamos originado fiebres. Su crítica siendo racional no anulaba mis datos. Nosotros nunca atendíamos partos tras las clases sino antes de ellas. Nosotros trabajábamos en el pabellón por la mañana y en el tanatorio por la tarde. Puede que lleváramos el morbo en nuestras manos pero éste no debía persistir hasta el día siguiente. Otra de las dudas era por qué no nos afectaba y enfermábamos de fiebres. La respuesta pasaba por suponer que el morbo sólo penetraba si encontraba sangre que lo llevara hasta el interior. De todos modos el único probando era instar a todo el que contactara con los cadáveres a que no atendiera partos o si lo hacía que fuera tras abluciones escrupulosas y cambios de vestimenta. Otra forma era que Verli aceptara estudiantes y que le ayudaran en las mismas condiciones que lo hacían con Escolá, pero esto, además de significar una nueva humillación del profesor no era de caridad, ya que si estaba en lo cierto no haría sino aumentar el número de casos en el pabellón de Verli y por tanto el número de muertes ¡No! Los estudiantes debían lavarse con cal o no atender partos tras las clases de anatomía.

Escribí de nuevo el proyecto y se lo entregué a Nuez para que lo valorara. Prometió hacerlo con brevedad pero pasaron tres días y no me respondió. La espera me excitó. Apenas podía dormir. Me sentía responsable de cada nueva fiebre que sucedía en el pabellón de Escolá. Estaba convencido de que sólo había que lavarse o cambiar el horario de los estudiantes de anatomía para

poder evitarlas y eso me encendía. Tras diez largos días Nuez se dignó a recibirme. Desde el primer instante intuí que no lo veía tan claro.

- ¿Lavarse? Ya lo hacen. La fuente exterior al tanatorio se colapsa tras las clases.

- Pero con qué se lavan - Pregunté-

- ¡Toma! Con agua. No lo van a hacer con vino.

- Puede que fuera mejor...- Comenté elevando la voz-

- ¿Está usted bien? Lo veo pálido señor Alonso.

- Sí estoy bien, estoy bien, algo cansado...

- ¿Lavarse con agua no es suficiente?

- Creo que no.

- ¿Entonces qué propone?

- Deben lavarse con cal.

- ¿Con cal? ¿Dice usted con cal viva? ¿Los quiere dejar mancos?

- No diantre... ¡No! Con cal rebajada o con creosota.

Estaba muy nervioso. Un sudor frío se deslizó por mi frente. Nuez observó mi malestar y fue comprensivo.

- Tranquilícese. Necesita usted descanso y paciencia. No es que desprecie sus conclusiones pero entienda que obligar a que se laven los estudiantes, y más aún con cal rebajada, retrasaría la buena marcha del pabellón de Escolá. Tengo que hablar con él ¿No le parece?

Paciencia y reposo, paciencia y reposo. Nuez tenía razón. Debía cuidar mi aspecto. Hacía varios días que no me rasuraba. Una barba rala y unas ojeras no eran lo más adecuado para convencer a nadie, hasta Carlos, con sinceridad, me

comentó que no olía demasiado bien. No había podido ir a casa en tres días y no me había aseado. Descanso y paciencia... ¡Sí! Con la promesa de que Nuez se entrevistaría con Escolá iba a retirarme pero antes, el Decano me expresó sus temores con respecto a la posibilidad de obtener mi grado antes de finalizar el año.

- Compréndalo... Lleva tres meses de retraso... No tiene tutor... Sólo acude al tanatorio.

Le comenté que eso no tenía importancia, que lo vital era el lavado de los estudiantes y me despidió pidiéndome que confiara en él.

Fui a casa. Subí a mi cuarto y me lavé todo el cuerpo. Luego me acosté y dormí dos días seguidos. Cuando desperté me encontraba mejor. Tenía apetito y desayuné huevos con tocino. Recordé el consejo de Nuez y acepté que debía agradecer la paciencia que había tenido conmigo. Tenía motivos para haberme echado de su despacho y si lo hubiera hecho mis posibilidades hubieran sido nulas. Era cierto, debía retomar las enseñanzas y pedirle a Castellón que me admitiera en su pabellón de Médicas. Había que recuperar el tiempo perdido, tenía que escribir a mamá y decirle que iba a quedarme hasta conseguir el título. También escribiría a Rosa...

Pasaron varias semanas y normalicé mi actividad. Castellón no puso reparos para que acudiera a su pabellón y hasta me atreví a saludar a Verli cuando se cruzaba conmigo (Él no me correspondía)

Pagué mi deuda con Carlos y también invité a Ignacio, pero esta vez los cuartillos fueron sólo dos. Quería llegar pronto a casa con ánimo de acostarme y estudiar de madrugada. Cuando llegué, la cúpula celeste se vino otra vez abajo. Tía me mostró una carta de Antonio. Mamá había fallecido

repentinamente. ¡Otra vez no! ¡Dios mío! Me derrumbé en el banco del zaguán y estuve así hasta que alguien me subió a un coche. No recuerdo nada de ese nuevo viaje.

La habían embalsamado para que pudiera verla antes de que cerraran el féretro. Allí estaba, dormida, con una sonrisa placentera, sin arrugas, sin mis caricias, sin mis cuidados, sin mi título...

Me ofrecieron besarla por última vez y posé mis labios en su frente. ¡Ojalá no lo hubiera hecho! El frío me invadió por entero. Hielo en la piel y en el corazón, las lágrimas también se helaron. Me hubiera gustado llorar como lo hacían Antonio y María.

¿Por qué no aprendemos nunca? Deseé poder manejar las agujas del tiempo, y si hubiera podido, hubiera gastado más tardes junto a ella, hubiera enrollado a su lado todas las madejas de lana que me hubiera pedido y sobre todo la hubiera besado más, la hubiera estrechado más veces en mis brazos... Ahora no podía. Recordé su ternura, recordé cómo era lo único sólido ante los temores, cómo se diluían las sombras en mi cuarto cuando acudía con el candil para velarme hasta que llegara el sueño. Recordé que era el ser que siempre aparecía ante el dolor o la desgracia, ante la sangre y las heridas, cómo enjuagaba mi sudor cuando aparecía las enfermedades, cómo silenciaba los gritos de papá, cómo se transformaba el frío en hogar cálido cuando me contaba cuentos entre sus brazos ¿Y qué le había dado yo? Por no estar no estuve a su lado ni el día de su muerte. Ella sí hubiera estado cerca de mí, aunque hubiera necesitado saltar un mar o atravesar un huracán. Me hubiera cogido de la mano y la muerte

hubiera sido amable gracias a ella. Necesitaba llorar, me exprimí los ojos para obtener alguna lágrima pero tampoco salieron.

La enterré al lado de mi padre. Él ya tenía su lápida. Cuando todos se fueron seguí allí. No tenía sentido moverse para ir a otro lugar. Me quedé de pie deseando parar mis latidos y cuando las rodillas iban a rendirse presentí que alguien estaba a mis espaldas. Me volví. Era Rosa. Se acercó y cogiéndome del brazo, con un ligero tirón me obligó a girar. Caminamos en silencio y no tuve ánimos para decirle que estaba muy bella. Cuando aparecieron los resplandores de los farolillos sobre el portal le pedí que me dejara. Le prometí que antes de partir la visitaría. Entré en casa y por vez primera sentí la falta del abrazo de mamá. Admití con dolor que jamás iba a tenerlo y me senté en la hamaca donde ella hacía ganchillo. Miré hacia su canastilla y luego hacia los leños que ardían sin enterarse de su muerte. María me trajo un caldo. Su cara estaba enrojecida por las lágrimas y si hubiera tenido fuerzas me lo hubiera tomado, porque mi madre me lo habría hecho tomar, pero le agradecí sus atenciones y con una forzada sonrisa le pedí que se lo llevara. Luego permanecí toda la noche mirando el fuego. Cuando amaneció seguía despierto, mis ojos quemaban pero mi alma estaba fría como las brasas que ya eran de ceniza azulada. No encontré en mi interior el consuelo del cielo en el que ella creía. Ahora su cuerpo se descomponía como el de todos, imaginé su abdomen hinchado, las larvas migrando por sus cuencas o saliendo por sus orificios nasales. De nuevo el dolor comprimió mi pecho. Sí de verdad había un más allá necesitaba, quería lanzarle un mensaje. Y así lo hice, le prometí que terminaría la carrera, que cumpliría su deseo costara lo que costara, y con esa promesa

mandé también una palabra, la de “Perdón” Le pedí perdón por mi egoísmo, por haberla dejado sola... Una serpiente con púas ascendió desde mi estómago y salió por la garganta dando forma a un lamento... Exclamé en voz alta.

- Allá donde estés, perdóname mamá.

Luego salieron todas las lágrimas almacenadas y el cristal por donde quería entrar el sol se empañó haciéndose turbio.

Sólo permanecí en casa cuatro días. El silencio y la ausencia estaban socavando las escasas fuerzas que tenía. Dejé la hacienda a cargo de Antonio, le encargué una lápida similar a la de mi padre y firmé un contrato de cesión de la granja a cambio de tres pagarés anuales para que fueran efectivos en la ciudad. Hasta que no cumpliera la promesa de acabar mis estudios no iba a volver, los caballos y las praderas esperarían, y también Rosa, de la que ni me despedí, sólo me llevé mi caja de insectos disecados.

Cuando llegué a Zaragoza no fui directamente a casa de tía Teresa. Alquilé una habitación y una vez aposentado fui a saludarla. La muerte de su hermana le había afectado sobre manera y por cuestiones de salud no había podido ir al entierro. Quise confirmarle que ya descansaba en paz y que todo estaba en orden. Tía se ofendió mucho por rechazar su cobijo sin pedirle permiso pero yo tenía mis planes.

Escribí a Rosa y me disculpé por no haberme despedido. En la carta le decía que estaba convencido de que no merecía un sitio en su vida, que no era digno de ella, que se merecía otro tipo de persona. Me pregunté si la haría sufrir... Supuse que tal vez sí, como se hacer sufrir cuando se saja un absceso, duele pero el beneficio posterior vale la pena. Le comenté que a mi lado sería

imposible ser feliz, porque la felicidad, al igual que la fe, era un don que se me había negado. Le comenté que no había sabido cuidar nada de lo que el destino me había confiado y que temía no poder atenderla como se merecía. Le deseé los días más felices que un ser humano pudiera conocer y le pedí perdón... ¿La hice sufrir? Eso pensé, pero al mes de partir mi misiva recibí la contestación. En ella me comentaba que estaba totalmente de acuerdo en todas mis apreciaciones. Que ya lo había intuido, que un beso no significaba nada y que la almohada le había revelado aquella noche que no le convenía. También ella me pedía perdón si con su comportamiento me había inducido a creer que sentía por mí, algo más que amistad. Una respuesta tan altanera no me convenció. Pero medité, debía ser cierta, mi orgullo no admitía su veracidad ¡No importaba! No había tiempo para el amor.

Al principio vivir solo fue duro. Hasta lograr que la habitación adquiriera el calor de un refugio íntimo pasaron muchos días. No hubo ninguna dificultad para hacer efectivas las cartas de crédito y compré un escritorio, tres candelabros, varias plumas, un tintero y papel, mucho papel. Encargué unos cortinajes alegres y sobre una rinconera dispuse mi colección de insectos. La encargada de la casa se comprometió a elaborarme la comida y a lavarme la ropa. Con esta ayuda pude dedicarme a los objetivos que me había propuesto, elaborar mi tesis final y seguir considerando las conclusiones sobre las fiebres a las que había llegado.

Durante un tiempo, y por las noches, me asaltaban súbitas ganas de llorar. Intenté reprimirlas pero luego les di rienda suelta y el llanto me tranquilizó. Pero aun así algo raro me estaba sucediendo. Mientras pude llorar estuve

calmado pero a partir de una noche apareció algo extraño. Al principio no me inquieté. Oía voces. Más que voces murmullos, murmullos parecidos al viento cuando roza las zarzas. Luego los murmullos se hicieron inteligibles y unas hablillas me incitaban desde dentro con un repetido... “Ven... ven... ven...” Esto me sucedía todas las noches y curiosamente cuando leía bajo el candil. Al principio, caminar aliviaba su sonido y por eso daba vueltas y vueltas alrededor del lecho hasta acallarlos. Luego necesité taconear, de lo contrario subían de intensidad hasta hacerme vibrar los oídos... El inquilino del piso inferior se quejó a la patrona y tuve que cambiar el taconeo por palmadas sordas que hacía con las manos ahuecadas. No le di importancia porque sólo duraban unos instantes y sobre todo no me impedían el escaso sueño que podía emplear en mi reparación. Más me inquietó que una mañana despertara bajo la cama sin tener consciencia de haberme situado allí, pero esto sólo me sucedió una vez.

A medida que la rutina se hizo otra vez esqueleto de los días mejoré y las horas pasaron rápidas y llenas. Junio se acababa y mis obligaciones asistenciales las prestaba junto a mi amigo Castellón, en el pabellón de Médicas. El concurso por la plaza de anatomía no tuvo más que un opositor. El sueldo era muy bajo y los cirujanos y anatomistas estaban opositando al ejército que había abierto sus filas. Ignacio siguió encargado de la cátedra hasta nueva orden y yo le ayudaba dando clases a los recién llegados. No era difícil. Me encargaba de enseñar los huesos que no habían cambiado desde Adán.

Seguí recordando a mi madre pero lo hacía sin amargura. La sonrisa que presentaba en el féretro era ya mayor que el frío que había transmitido a mis labios. Las voces no habían menguado pero descubrí que desaparecían si

caminaba en círculos y de puntillas. Por supuesto que a nadie conté lo que me pasaba aunque hacerlo me hubiera hecho bien porque ahora eran más inteligibles y mientras se producían me originaban sudor y angustia. El rumor se había definido, eran chillidos más agudos, como los hechos por una turba de mujeres cuando intentan comprar el último pescado. Estaba empezando a inquietarme.

Necesitaba sólo tres meses para cumplir el sueño. Había logrado imponer, en secreto, que los estudiantes se lavaran con cal rebajada al salir de las clases de anatomía. Ignacio se enteró pero no intervino. Llevaban haciéndolo casi un mes y yo registrando día a día y, también a escondidas, las fiebres que se daban en el pabellón de Escolá ¡Tres meses más! Sólo necesitaba que lo hicieran durante tres meses para poder valorar los resultados. Si estaba en lo cierto tenían que darse menos casos de fiebres.

Una tarde sentí la necesidad de visitar a tía. Después de lo que había hecho por mí tuve remordimientos por mi comportamiento. Aceptó mis disculpas con refinada educación y manifestó cierta culpabilidad por no haber acudido al entierro de mi madre. Yo la disculpé. Me ofreció un Jerez y cuando estaba saboreándolo entró en el saloncito un joven con pelusilla por bigote. Sombrero de copa, calzas acharoladas y bastón con cabeza de plata. Era el pretendiente de Margarita. Trabajaba en una escribanía y tenía cursados varios años de leyes. Tía me lo presentó y se encargó de añadir que era un joven con mucho futuro y de buena familia. El acicalado rechazó con humildad las lisonjas y su voz me pareció afable aunque no acompañaba a su aspecto casi infantil. Era una voz grave y con cuerpo. Ciertamente me pareció simpático y sentí alegría por

Margarita y por él. Nos sentamos, hablamos de cuestiones intrascendentes y cuando Margarita apareció ambos nos levantamos al unísono. Mi prima se sorprendió al verme y asió el brazo de su pretendiente bamboleándose como una bandera sobre su mástil. Era como si quisiera decir “Ya ves... Ni he sufrido ni te he esperado...” O al menos así me pareció y no me equivoqué; a medida que pasaban las horas, y durante toda la tarde no hizo sino mimarlo y alabar sus cualidades con tanta exageración que hasta tía se sorprendió.

Que si “*abre la boca y toma una galletita...*” Que si “*mi Alberto (así se llamaba el joven) es un genio con los números...*” Que si “*su padre le había regalado un caballo...*” ¡En fin! Soporté esas recriminaciones encubiertas con tranquilidad, les manifesté mi alegría por su felicidad y cuando atardecía me despedí con la sensación de haber hecho la “Pax” familiar.

Tía me acompañó hasta la puerta y la sonrisa que había usado durante toda la tarde se transformó. Con gesto preocupado me comentó que Margarita no se encontraba bien. En efecto había reparado que estaba más delgada pero no le había dado importancia. Tía Teresa me dijo que apenas comía y que cuando lo hacía devolvía todo lo que había ingerido. A veces la encontraba ensimismada, se quejaba de dolores de cabeza y una de las tardes le había comentado que veía doble. No me pareció oportuno entrevistarla en ese momento pero le prometí volver al día siguiente y valorar lo que me contaba.

Y así lo hice al punto de la mañana. Margarita estaba aún en la cama, subí a su cuarto acompañado de tía y cuando nos vio no se extrañó. Su madre le había anticipado mi visita.

- Buenos días primo doctor... -Comentó-

- Buenos días prima paciente...

- ¿Has acordado ya los honorarios con mamá?

- No. Aún no, y puede que no los haya. Como sabes todavía no soy galeno completo. Vengo de avanzadilla por si hace falta el grueso del ejército.

Margarita sonrió. Se sentó en la cama y ladeó su pelo sobre el hombro.

- Pues aquí estoy señor doctor incompleto.

- ¡Vamos a ver! ¿Has perdido peso?

- Mamá dice que sí.

- ¿Y tú...?

- La verdad es que, o lo he perdido o la ropa se ha ensanchado.

- ¿Qué más has notado?

- Nada.

- ¿Nada?

- Bueno... Dolor de cabeza y algo muy extraño, veo como estrellitas.

- ¿Vómitos?

- Bueno sí. Desde hace unos días... Pero más que vómitos es como si no pudiera retener el alimento.

- ¿Qué quieres decir?

- Pues que sale de repente, como una oleada, sin avisar...

- ¿Sin arcadas?

- Eso es...

Algo extraño había en la mirada de Margarita. Parecía ausente, como si mirara traspasándome, además me di cuenta de que su ojo izquierdo no acompañaba completamente los movimientos del derecho.

- Está bien. Necesito palparte el abdomen. Túmbate.

Tía la ayudó y la exploré pero no encontré nada anómalo. Margarita se cubrió y en ese instante repicó la aldaba del portón.

- ¿Quién puede ser? -Se extrañó tía-

- Debe ser Alberto. -Comentó Margarita- Dijo que vendría a buscarme temprano para pasear en su caballo.

- Le diré que espere...

Nos quedamos a solas y Margarita no perdió un instante.

- ¿Tan pronto te has olvidado de mí?

- ¿Qué?

Margarita ladeó el cuello y miró al techo.

- ¿Lo nuestro no fue nada para ti?

Me quedé mirándola con extrañeza.

- ¿Lo nuestro? Por favor no me hagas recordar aquello. Me avergüenza.

- ¿Te avergüenza el amor?

Margarita apretó los dientes, estranguló las sábanas y desplazándolas se puso en pie.

- ¡Cobarde!

Me quedé atónito. Luego repitió el insulto y comenzó a dar giros por la habitación canturreando un vals. De repente se detuvo.

- Aquella noche te me ofrecí y no me tomaste por cobardía...

- Aquella noche no te tomé porque un caballero no traiciona la confianza en él depositada.

- ¿Me deseabas?

- Sí...

- ¡Cobarde!

No me sentí ofendido. Estaba confuso. En los movimientos de Margarita y en su expresión había algo anormal. Volvió a girar sobre si misma y siguió canturreando.

- ¿Te solazaste al verme desnuda?

- ¡Margarita!

- ¡Contesta! ¿Sabes que mi confesor me ha condenado por haberte hecho pecar? ¿Sabes que el diablo me visita? ¡Sí! Acude a este cuarto y se ríe de mí.

Margarita siguió dando giros y canturreando entre dientes. Cierto es que aún no era médico y que las enfermedades llamadas “del alma” no eran muy comentadas en la facultad pero aquella conducta era anómala incluso para un profano. De repente enmudeció, como enmudece un eje chirriante cuando se le frena. Me miró directamente a los ojos y añadió.

- ¡Sí! Se burla porque dice que pecar ofende a Dios pero intentarlo y no lograrlo le hace reír ¡Soy suya! Viene y me hace suya... Y todo por tu culpa.

Luego quedó inmóvil y siguió así, como una muñeca de porcelana, durante unos segundos. En ese momento entró tía Teresa. La miré y ella bajó la mirada. Salimos fuera del cuarto y entre sollozos me confesó que Margarita había padecido episodios similares desde hacía dos meses. No lo había contado porque presentía que pudiera estar endemoniada... Le pedí que nos dejara otra vez a solas y volví a la habitación. Cuando de nuevo entré seguía como la habíamos dejado. La llamé pero no respondió. Pasé la mano frente a sus ojos y ni siquiera parpadeó.

- ¡Margarita! No temas al diablo... Aquella noche no pecaste...

Mis palabras parecieron como una contraseña mágica. La mirada de Margarita volvió a tener dirección.

- ¿Dices que no tema al diablo?

- No. No debes...

- Hazme tuya. Sólo así dejará de burlarse de mí ¡Hazme tuya!

¡Tómame! Y Satán me llevará pero no se mofará de mí.

- Margarita. Mi pobre Margarita. Ven ¡Cálmate!

- ¡No! ¡Déjame!

En ese instante lanzó un chillido agudo y cayó al suelo entre movimientos convulsos de brazos y piernas. Llamé a tía y apareció acompañada del joven Alberto. Pudimos sujetarla hasta que quedó calmada, como muerta, con la respiración lenta y espuma entre los labios. La acostamos en el lecho y esperamos. Tía lloraba desconsolada y Alberto no hacía sino mirarme airado.

Por fin Margarita abrió los ojos y se sorprendió de nuestra presencia. No recordaba nada. Se había orinado y salimos para que tía la atendiera.

Alberto, nada más traspasar la puerta, se me encaró e intentó abofetearme.

- ¡Cerdo! Lo sé todo. Me lo ha contado todo. Y espero poder matarle con el arma que usted elija.

No sabía qué decir ni qué hacer. Estuve tentado de golpear al barbilampiño pero me contuve.

- Aceptaré el día y el arma que usted proponga, pero antes debe escucharme.

- ¡No! No atiendo a ruines. Proponga usted a sus padrinos y recibirán a los míos.

- ¿Cree que esto se soluciona con un duelo?

- ¿Prefiere que le mate por la calle?

No pude más. Cogí por las solapas al caballere y voceándole sobre la nariz añadí.

- ¡Usted no va a matar a nadie! Usted traerá mañana a Margarita a la facultad y yo le estaré esperando con el profesor Nuez! Es el que más sabe sobre estos casos:

- ¿Sugiere usted que Margarita está enferma?

- No lo sugiero. Lo afirmo.

- ¡Cobarde! ¿Pretende escudarse en su profesión?

Me adelanté y realicé con más presteza lo que él había intentado. Le di un bofetón y la cara del futuro leguleyo se ladeó.

- ¡Ya está! - Añadí a su sorpresa- Nos mataremos cuando quiera pero usted traerá mañana a Margarita a la Facultad ¡Entendido! A las diez y por supuesto con la compañía de tía Teresa.

Alberto se acarició la mejilla, se puso rígido y con ira comentó los grandes deseos que tenía de atravesarme con su florete.

Tía Margarita salió del cuarto. Mi prima se había dormido. Ante su presencia disimulamos la disputa y nos pusimos a su lado.

Su desconsuelo provenía de que, en el fondo temía que Margarita estuviera endemoniada. Le expliqué mi ignorancia acerca del caso pero también que desterrara esa idea. No me creyó. Estaba apesadumbrada y no me atendió. Optó por ponerse a rezar. Nos retiramos unos pasos y cerca de Alberto repetí.

- Si de verdad quiere usted matarme y si es cierto que ama a Margarita. Convenza a su futura suegra de que es necesario acudir a la consulta de Nuez. Les espero a las diez ¡A las diez ¡ Caballero.

El profesor Nuez era el que más había leído sobre estos casos. Le conté lo sucedido y volvimos a descubrir cuán tamaña era nuestra ignorancia. No hubo tiempo de ilustrarnos en la biblioteca, ni tampoco teníamos grandes esperanzas de hallar algo relacionado con este mal entre títulos como “De Meteoris” o “De Vegetatibus et plantis”.

A las diez en punto Margarita, Teresa y el altivo Alberto estaban en la antesala del despacho de Nuez. Salió a nuestro encuentro y tras saludarnos con efusividad solicitó que sólo entrara la joven. Yo también permanecí fuera. La entrevistó durante casi dos horas y con todo no pudo obtener una idea clara de lo que le sucedía. Al parecer había padecido un mal convulsivo y comentó que se pondría en contacto con quien mejor pudiera ayudarnos. Antes de marcharnos tía volvió a sollozar y nos comentó algo que, hasta entonces, había ocultado. Confesó que Margarita había sufrido un acceso similar cuando contaba con doce años. También había tenido fuertes dolores de cabeza y aunque la niña lo había olvidado, en aquella ocasión era el ángel de la guarda el que la visitaba. Como el episodio pasó sin más, tía lo interpretó como unas imaginaciones de niña piadosa y no le dio importancia. También nos refirió que con frecuencia, Margarita tenía olvidos imperdonables y que cometía errores al realizar tareas simples, por ejemplo al abrocharse el corpiño, al llenar los cazos con agua, o tropiezos cuando subía y bajaba las escaleras porque, según ella, la pierna derecha, a veces, no le obedecía.

Nuez le recomendó reposo y tres dosis de Valeria cada ocho horas. Margarita no empeoró pero tampoco pudimos decirle a tía qué le sucedía. Nuez sabía que

un colega Vienés se había desplazado a Madrid para mostrar un método novedoso que consistía en originar un estado de sueño mediante el uso de palabras y un pequeño péndulo. Con esta práctica lograba originar en los pacientes un estado similar al sueño y así se introducía en su interior. Se contaban cosas excepcionales, como que en dicho trance, los pacientes podían creerse cosas que en realidad no ocurrían e incluso ser persuadidos de que eran animales, de modo que si se les pedía ladrar, ladraban y si maullar, maullaban o realizaban tareas hasta entonces ignoradas. En resumen parecía que podía explorar el alma sin las ataduras de la vigilia. Tía no accedió a viajar hasta Madrid, pero se comprometió a costear la consulta del profesor si éste venía a Zaragoza. Nuez vio en esta oportunidad una ocasión de explorar la novedosa ciencia sin necesidad de desembolsar un real e hizo todos los trámites para que el viajero fuera bien atendido en la facultad del Ebro.

Sólo tardó una semana en llegar. El profesor Eiken tenía el aspecto de todo menos de médico. Vestido con levita negra y corbata ablandada portaba un monóculo grueso que a duras apenas podía sostener ante el ojo derecho. Viendo su aspecto, y aunque hablara algo de español, no me hizo abrigar muchas esperanzas. Por otro lado, mi pesimismo también se fundaba en el hecho de que Margarita estuviera peor. Su dolor de cabeza era ahora diario y a todo se había sumado una debilidad en el brazo y la pierna derecha. No había tenido más “visitas” del diablo pero, y aunque razonaba correctamente, le sucedían pausas frecuentes en las que se quedaba extasiada durante minutos sin poderlas recordar después. El profesor Eiken la examinó en casa de tía Teresa. Creí que la iba a explorar pero sólo la hizo sentar en un sillón y luego nos rogó que saliéramos todos del salón. Le pedí, que como colega y representante familiar

permitiera mi presencia y él aceptó. Jamás vi algo similar. Con su voz pausada y su acento invadido de “erres” el hombre del corbatón fue contando desde diez hasta cero haciendo oscilar su monóculo frente a los ojos de Margarita.

- Relájese... Señorrita. Un sueño placentero le dominará.

Creí estar ante una función de corral pero cuando Margarita flexionó el cuello hacia adelante y entró en un sopor repentino, cambié de opinión.

Le preguntó el nombre de la ciudad dónde residía y luego el de su flor preferida. Margarita obedecía todas las órdenes como un militar disciplinado. Al principio éstas eran sencillas, las posteriores fueron cada vez más complejas y al final el profesor Eiken le pidió que acunara a su hijo. Margarita abrazó entonces el aire contra su pecho y cantó una nana imaginando que un pequeño dormía en su regazo. Entonces no supe qué pensar. Eiken me miró y comentó...

-Ahorra está profundamente dormida perro también está despierta. Si en su alma hay algún quebranto nos lo mostrará. ¿Dicen que tenía visiones?

- Ella afirmaba que le visitaba el diablo.

- ¡Yaaa! Muy frecuente en países latinos lo del diablo.

Le ordenó que dejara al niño y Margarita lo depositó con cuidado sobre una cuna imaginada.

- ¿Hay alguien en su alma que quiera decirnos algo? - Preguntó-

Margarita no respondió.

- Muéstrela sin temer, debe usted sacarlo para terminar su tortura.

Tampoco hubo respuesta

- ¡Es extraño! Si padeciera una tortura del alma ya habría dado muestras...

- ¿Puede ser que este método no funcione en ella? - Pregunté-

- Puede perro no creo ¡Veamos! Señorrita usted tiene frío. Mucho frío...

Margarita se cruzó de brazos y empezó a tiritar.

- ¿Ve? No se resiste. Es que no hay nada malo en su alma... Ahorra tiene calor. Mucho calor.

Margarita se abanicó con la mano y soplando contra su escote se desabrochó el primer botoncillo de la blusa.

- ¡Nada! No hay nada. Un viaje tan penoso parra nada... - Se lamentó Eiken-

El defraudado Profesor advirtió a Margarita que iba a despertar, y al oír el chasquido de sus dedos, así lo hizo. Mi prima abrió los ojos y pidió perdón por haberse quedado dormida.

Desde luego el viaje había debido de ser penoso pero Eiken arregló las molestias con la minuta. Quise acompañarle hasta el carruaje pero no hizo falta, otro cliente le esperaba para que examinara un nuevo caso. Su fama y la noticia de su presencia se había extendido y permaneció en la ciudad varias semanas para atender otras consultas.

Al menos, mi tía se tranquilizó al saber que no había ninguna alteración en su espíritu. Que Margarita no estaba endemoniada. Pero la tranquilidad duró apenas sesenta horas. Tía me hizo llamar con urgencia. Margarita había perdido el conocimiento tras nuevos espasmos en brazos y piernas. Ahora yacía respirando de forma irregular y su brazo derecho parecía una cuerda floja. Y lo peor, el pulso era lento y descompasado. Nuez se definió por fin. Margarita debía tener algo dentro del cráneo, algo que ocupaba su cerebro. Todos se definieron, no fue necesario hacer más consultas, Castellón apoyó las

sospechas... ¡Dios mío! Inerte sobre la cama era la encarnación de la injusticia. Joven, bella, pura y todos deseando que aquello acabara pronto no sólo por evitar su sufrimiento sino para aminorar el nuestro que se acrecentaba cuando, ocasionalmente, susurraba ayes y palabras inconexas ¿Cuánto podía durar? Nadie se atrevió al pronóstico, tal vez porque todos esperábamos que tuviera un rápido final y a la vez, por que todos ansiábamos que aquello fuera un espejismo. La primera noche de su agonía estuvimos turnándonos por horas. Margarita pedía agua y la tragaba pero a los pocos segundos la expulsaba por la boca como un manantial. Por la tarde me relevó Alberto. Antes de sentarse en el sillón que enfrentaba el lecho de Margarita, me pidió perdón pero no le respondí, aseveré con un gesto y le golpeé amistosamente en el hombro. Me despedí de tía y salí de la casa para poder respirar sin angustia.

El viento, un viento caliente y molesto hacía irrespirable el ambiente. Si no hubiera sido por él hubiera paseado toda la tarde pero además estaba cansado, cansado y derruido. A todas mis interrogantes se añadía otra más... ¿Quién es tan cruel como para dejar que una flor se abra y cortarla antes de que extienda sus pétalos? ¿Por qué se empeñan en adorar a un dios tan inclemente? ¡Es curioso! ¿Cuántas veces había visto trabajar a la muerte? ¿Cien? ¿Doscientas? Pero esas muertes eran lejanas, las de los otros, eran muertes que había contemplado con visión profesional No vi morir ni a mi padre ni a mi madre, además era distinto, mis padres eran troncos secos que habían cumplido su tiempo, la muerte de Margarita era una sinrazón cercana y esa sinrazón era la que me dolía.

Esa tarde no volví a casa de tía. Me quedé en mi cuarto y esperé la noche pero cuando llegó no pude conciliar el sueño. El viento seguía importunando en los

cristales y cuando cerraba los ojos aparecía el cuerpo desnudo de mi prima, el recuerdo que había intentado borrar tantas veces. Su pubis frondoso prometiendo vida y placer, sus pechos ofreciendo calor y alimento para saciar la pasión y todo ello consumiéndose en una burla sobre la juventud y la nimiedad del ser humano. ¡Qué contradicción! ¡Qué horrenda burla!

Al día siguiente Carlos me estaba esperando en el portal de casa de tía. Me saludó con un abrazo.

- Me he enterado de todo y Nuez me envía para que te diga que no es necesario que acudas a la facultad. Yo te supliré en las clases de anatomía.

- Gracias Carlos, gracias por venir y gracias por el mensaje. ¿Quieres entrar y dar tu opinión profesional?

- No. Bueno... La verdad es que venía a comentarte algo. Me ha costado decidirme y no quisiera ser origen de..

- Tu dirás...

- No. Aquí no. Preferiría hacerlo en un sitio más... No sé, al menos bajo techo.

- ¿Puede ser mañana?

- Preferiría hoy.

- Entonces entra en casa de mi tía y hablaremos.

Tía Teresa estaba exultante. Aun no había cerrado la puerta a nuestras espaldas cuando nos comentó alborozada que Margarita había recobrado el conocimiento. Al principio no lo creí, pero era cierto. Hablaba lentamente pero nos reconocía y bebía sin vomitar. Tía sólo repetía que sus rezos habían sido

escuchados, Alberto apretaba las manos de Margarita y las llenaba de besos. Le pedí a Carlos que llamara a Nuez, mejor aún que lo trajera y así lo hizo. Nuez no se sorprendió y en su mirada intuí que quería hablarme en privado por eso, junto con Carlos, nos retiramos a la salita.

- ¿Qué opina usted profesor? - Pregunté sin rodeos-

- ¿Y usted?

- No sé. Ignoro a qué se puede deber esta mejoría.

- Yo también y lo peor es que ignoro cuánto puede durar y cuánto dolor puede producir al acrecentar las esperanzas...

- ¿Entonces?

- Sí. He visto otros casos. Sea lo que sea lo que crece en el interior de su cráneo retiene líquidos y cuando los expulsa surge la mejoría, pero cuando a lo largo del día vuelve a retenerlos...

- ¿Entonces no sería conveniente darle catárticos? - Apuntó Carlos-

- No. No servirían sino para alargar el proceso y el sufrimiento. Es mejor que todo suceda cuanto antes.

Desde donde estábamos se oían los gritos de alegría de mi tía... ¿Quién iba a decírselo? ¿Era mejor esperar? ¿Que gozara de esa transitoria curación? Carlos interrumpió mi pensamiento.

- Profesor... Yo había venido a comentárselo a Alonso pero aprovecho que está usted para hacerlo...

- Siga joven. Cualquier opinión es bien recibida en estos casos.

- Verá... Si no tengo mal entendido esta joven tuvo un ataque similar a los doce años.

- Sí pero se recuperó. -Afirmé casi sin dejarle terminar-

- Recuerdas lo que me contasteis en la taberna cuando os recriminé...

- ¿La trepanación?

- Sí. Vosotros me dijisteis que en esta tierra existían algunos casos de ...

Nuez interrumpió sorprendido.

- ¿Taberna? ¿Trepanación? ¿Pueden explicarme de qué hablan?

- Sí lo recuerdo -Contesté a Carlos sin responder al profesor- Pero este caso...

- ¡Por qué no! -Insistió Carlos- Fíjate. Tuvo un acceso similar a los doce años. Recupera la consciencia y la vuelve a perder, como ha dicho el profesor eso es porque lo que crece en su interior es de líquido ¿No era de líquido lo que salía en aquellos que se salvaban?

- ¡Señores! O me aclaran de que diantre están hablando o les abandono.

Le expliqué todo a Nuez y cuando acabé, Carlos volvió a preguntar.

- No es cierto que han visto casos en los que tras la trepanación sale un líquido cristalino y luego mejoran?

Nuez se rascó una oreja con la uña y dudó...

- Ummm. Sí. Algún caso se ha dado. Se llaman bursas cristalinas pero todas se dan en hombres y todos del campo, para más señas pastores. Además los síntomas que manifestaban no eran similares a los de este caso...

- ¿Pero qué se pierde en el intento? - Insistió el compañero-

- ¿Y qué se gana? Joven. - Añadió Nuez- ¿Más sufrimiento?

La hipótesis que Carlos había planteado me ilusionó, por eso empecé a hacer conjeturas con objeto de sustentarla.

- ¡Claro! Si lo que crece fuera una bursa cristalina eso explicaría que mi prima mejore y empeore ¿No?

- ¡No! -Sentenció Nuez- No necesariamente y además ¿Quién haría la trepanación? ¿Quiere usted traer al pobre Varela del más allá?

- Si usted me ayuda la haría yo - Aposté con atrevimiento para provocarle-

- ¡Déjese de locuras! La medicina en este caso debe intentar un “buenmorir” no medidas desesperadas que no crearán en la paciente sino sufrimientos.

- Podríamos hacerlo cuando vuelva a quedar sin sentido. No notará nada.

- ¡Jóvenes! Los que no tienen sentido son ustedes. Si no tienen nada más que contar les dejo.

- ¡Espere! ¡Espere profesor! - Insistió Carlos- ¿No le parece extraño que a los doce años empezara el proceso y ahora tras tanto tiempo vuelva a reaparecer?

- ¿Sí? ¿Y quién asegura que lo sucedido a los doce años era lo que ahora nos ocupa?

- ¿Y quién lo niega?

- ¡Ya está bien! No puedo perder más tiempo...

- ¡Profesor! -Intervine-

- ¿Sí?

- Voy a comentarle esta posibilidad a mi tía y si ella acepta le pediré a usted que me ayude.

- Espero que su tía tenga algo de lo que usted carece. Espero que tenga juicio y permita morir a su hija con dignidad. Son ustedes unos insensatos. ¿Han medido las consecuencias del acto si fracasan?

- Si mi prima tiene una posibilidad y se la niego ¿Ha pensado usted cuál sería el riesgo que correría la integridad de mi futuro como ser humano?

Nuez se alteró. Se puso el sombrero y lo hizo de forma tan brusca que casi se hiere un ojo con la uña del pulgar.

- ¡Está bien! Sigán obcecados pero no cuenten conmigo y es más, oficialmente no cuenten con el apoyo de la Facultad.

- ¡Viejo cretino! - Espeté- Creí que usted era diferente  
En ese instante me arrepentí del insulto. El cansancio, la ansiedad y una sensación de desamparo lo habían originado. Pero no me excusé.

- ¿Qué ha dicho?

Carlos intervino.

- Seguro que no ha querido...

- ¡No le disculpe! Siempre ha sido así. Yo me negaba a creerlo pero ahora entiendo a mis colegas, a Verli, a todos. Desde que apareció en esta Facultad no ha dado más que problemas. ¡Mucho he tenido que taparle!  
¡Demasiado!

Recapacité y admití que había sido injusto.

- Perdóneme profesor. Llevo varias noches sin dormir, estoy sufriendo la impotencia que supone no poder evitar una muerte que me afecta. Le ruego que me disculpe.

Nuez silenció el discurso que sin duda merecía.

- Está bien. Lo entiendo. Le voy a hacer un último favor, si su tía consiente, y espero que no, le permitiré usar el aula de cirugía y todo el instrumental con el que cuenta, pero si usted, o usted se atreven a realizar

tamaño barbarie y fracasan, vayan pensando en Maguncia para acabar la carrera.

- Profesor le ruego que no incluya a Carlos en la amenaza. Yo visitaré Maguncia si todo sale mal.

- Como desee.

- ¿Puede ser Verona? -Añadió Carlos con ánimo de suavizar la situación-

- ¡Y si le apetece Lisboa! Pero no acabará aquí.

Nuez emprendió el paso y antes de que saliera me puse frente a él.

- Discúlpeme profesor. Le debo mucho y he actuado como un ingrato. Le pido que considere mis atenuantes. Es mi prima, está condenada a muerte e intento variar la sentencia ¡Tengo que intentarlo! ¡Debo intentarlo! Si ante la posibilidad de una salvación no hago nada, nada podré hacer en adelante. ¿Entiende? Por tanto nada importara que termine la carrera en Verona, en Lisboa o en Maguncia.

Nuez dulcificó la expresión y aceptó mis disculpas.

- Lo entiendo joven. Lo entiendo, pero hay ocasiones en que es necesario rendirse. Recapacite, recapacite... Que obre en usted el galeno y no el familiar.

Nuez estaba en lo cierto. Esa misma tarde Margarita volvió a perder la consciencia. Hablé con tía y le expliqué lo que habíamos discutido. Pronto me arrepentí. No era lo mismo que Margarita muriera en la cama a que lo hiciera en una mesa fría del aula de cirugía. Tía Teresa no respondió al instante. Sólo sollozaba, sollozaba frente al dosel y a cada inspiración quejosa se sumaban mi dolor y mis dudas ¿Por qué le había comentado estos extremos? ¿Por qué no

había hecho caso a Nuez? Mi obligación era buscar su consuelo y mitigar el dolor de Margarita. No debía añadir más angustia a la angustia. Si tía decía que no, la cargaba con la duda del sí, si optaba por el sí la ponía en el dilema del no. Al dolor existente añadía el que aporta la obligatoriedad de elegir. No tenía salida. Si se negaba ¿Cuánto tiempo estaría preguntándose qué hubiera pasado si hubiera aceptado? Y si aceptaba ¿Cuántos años se recriminaría haber dado el consentimiento? Era una propuesta cruel ¡Sí! Me arrepentí y le dije que olvidara mis comentarios. Cuando iba a despedirme se aferró a la tela del cortinaje y silenció su llanto. Luego, tras unos instantes preguntó con voz carraspeante.

- ¿Quién abriría el cráneo de mi hija?
- No sé. Tal vez yo.
- ¿Te atreverías?
- Tengo dudas.
- ¿Hay de verdad alguna posibilidad?
- De que se cure no lo sé. De que muera en la mesa sí.

Tía volvió a gemir

- ¿Si muriera allí podríamos traerla a casa?
- Sí. Haría lo imposible.
- Entonces hazlo. Lucha por ella y recibe mi bendición pase lo que pase.
- Tenemos que solicitar el aula. Sólo así la Facultad la cederá.
- ¿Hay tiempo?
- No.
- Entonces redacta ahora la solicitud y yo la firmaré.

Redacté la petición y tía la firmó con caligrafía temblorosa.

- Está bien. A las cinco vendrán unos mozos a buscarla. A las seis sabremos si la posibilidad con la que sueño existe o no.

- Dios te escuche sobrino.

- Hay algo más. -Finalicé-

- ¿Sí?

- Debes afeitarse la cabeza.

Tía volvió a llorar. Me acerqué y la abracé. La mujer secó sus lágrimas, sacó fuerzas de dónde no había y comentó.

- ¡Es igual! ¡Qué importa el cabello! No hay tiempo que perder.

Yo mismo entregué a Nuez la petición y el profesor la leyó sentado en su mesa.

Cuando concluyó comentó.

- No se rinde. ¿Verdad?

- No. Ni puedo ni debo rendirme.

- ¿Ha practicado usted alguna vez una trepanación?

- En vivo no. Sólo en cadáveres.

- No hay comparación. La sangre le va a impedir la visión de todo lo que haga ¿Sabe como evitarlo?

No respondí.

- ¿Sabrá al menos dónde perforar?

Lo sabía pero tampoco contesté.

- ¡Dios mío! ¿Y si la muchacha muere?

- Va morir de todos modos.

- ¡Ya! Pero si muere en la mesa deberá ir al depósito.

- Eso venía a rogarle.

- ¿Rogar? ¿No me irá a pedir que si muere en el aula permita que sea llevada a su domicilio?

- Sí.

- Pues olvídese. En ello iría mi carrera e incluso la posibilidad de ser juzgado ¿Quién va ayudarlo?

- Carlos.

- ¿Otro estudiante?

En ese momento reparé en lo certero de la crítica. En el aula se iban a jugar la vida de una paciente dos estudiantes, uno de ciclo medio y el otro ni tan siquiera con ese grado.

- ¿Qué día quieren intervenir?

- Hoy a las seis.

- ¡Qué! ¿Hoy a las seis? No hubiera sido mejor esperar al menos a mañana?

- Mañana podría ser tarde.

Nuez se levantó de la silla, se enfrentó a la ventana y con las manos unidas por la espalda guardó silencio. Pasaron unos instantes y repitió.

- ¡Es una locura! ¿Qué hueso debe perforar?

- El parietal.

- ¡Menos mal! Si me responde que el temporal le prohíbo seguir hablando ¿Y qué técnica empleará?

- Realizaré un orificio inicial con berbiquí y desde él circularé con la sierra acodada hasta conseguir un colgajo de unos ocho a diez centímetros de radio.

- Poco radio. Ya que está en faena hágalo más grande y que no sea completo, interrúmpalo por la parte superior ¿Y cómo cortará la hemorragia?

- Con alambre al rojo.

- ¿Y cree que es fácil hacer eso?

- No. Supongo que no debe ser fácil.

- Procure quemar sólo la piel... ¡Dios mío que locura! ¿Y qué espera encontrar debajo?

- No sé. Mi esperanza es hallar un quiste de líquido transparente, vaciarlo, sacar todos los pellejos que pueda y colocar de nuevo el hueso en su sitio para que suelde.

- ¡Eso! Así de fácil. Aún admitiendo que el quiste existiera ¿Cómo está tan seguro de que va a estar esperándole a usted justo debajo de ese parietal? ¿Y si está bajo el occipital o en el interior del cerebro? Y además... Aún no se lo había preguntado ¿En que lado va a trepanar?

- Tengo dudas. Por eso necesito su consejo. Dónde abriría usted.

Nuez se limpió la uña del índice empleando la del pulgar y contestó.

- No va a encontrar nada pero yo abriría en el lado izquierdo.

- Yo había pensado lo mismo.

- ¿Conoce usted el trabajo de Freintein?

- Sí.

- Pues entonces no dude. Si tiene el brazo derecho paralizado el mal está en el cerebro izquierdo ¡En fin! Usted verá lo que hace. Ordenaré la apertura del aula y una enfermera tendrá dispuesto el material. ¿Puedo hacer algo más por usted?

- Sí.

- ¿Qué es? Dígame.

- ¿Querría operarla usted?

- ¡Ja! ¿Acaso no le han quedado claras mis apreciaciones? Si usted quiere matar a su prima hágalo. Yo no podría dormir el resto de mi vida.

- Al menos esté usted presente.

- No sé si debo. He dudado incluso de no permitir la entrada de otros colegas ni por supuesto de estudiantes ¿Usted qué opina?

- Que pueden estar presentes.

- ¡Eso! ¡Con testigos! Como usted desee... Por cierto ¿Ha calculado cuánto tiempo le llevará la intervención?

Pensé que era un comentario innecesario pero no era así. Lo hizo porque a las ocho la luz en el aula era escasa y la que podían prestar los velones no iba a ser la más adecuada. De todos modos no había problema, surgiera lo que surgiera todo iba a durar menos de una hora.

- ¿Vendrá usted? - Insistí con voz de rogativa-

- Ya le he dicho que no lo sé. Aún no lo he decidido.

- Si sucede lo peor... ¿Podré llevarme a mi prima?

Nuez no contestó. Salí del despacho y me acerqué al aula de cirugía. Subí al cuarto escaño y desde allí vi la mesa en el centro de la sala con forma de herradura. Me dio la impresión de estar en una silenciosa plaza de toros y empezaron a flaquearme las fuerzas. La puerta lateral se abrió y una enfermera que no conocía introdujo un carro con el instrumental para la intervención. Luego colocó una sábana sobre la mesa y alzando el cuello me preguntó si era médico y si sabía cuántas bacías se usaban en este tipo de intervenciones. Su voz retumbó entre las gradas y le respondí que dos, pero bien pudiera haberle

dicho que tres o seis. Yo tampoco lo sabía. Luego salió por donde había entrado y volví a quedarme a solas con el pulso de mis sienes. Descendí los escalones y me aproximé al carro del material para revisar su contenido. Un berbiquí, un escalpelo, un martillo, un cincel acanalado, varios paños, tres alambres de cobre y dos presillas dentadas. La enfermera volvió a entrar y me preguntó que cuando metía las brasas para el cauterio. Le respondí que la intervención era a las seis y ella contestó que entonces debía darse prisa. Volvió a dejarme solo y me senté en el banco más cercano. Me hubiera gustado tener más confianza con Dios para pedirle ayuda pero me pareció que si lo hacía era oportunismo y le rogué al destino, le pedí que me ayudara, que ayudara a Margarita.

No faltaba mucho. Me quité la chaqueta y me puse un delantal. Me lave las manos y esperé. A los pocos minutos entró Carlos.

- ¿Qué tal ese ánimo?

- Mal. Muy mal -Le respondí-

- ¡Vamos! ¡Fíjate en mí!

- Gracias... Ya veo que estás entero pero yo... ¿Conoces el mito de Antígona?

- No, o al menos no lo recuerdo.

- Pues me siento como ella, con la angustia de decidir entre dos deberes...

- No entiendo.

- Es igual algún día te lo cuento. Estoy a punto de caerme.

Los mozos metieron la carreta hasta la puerta del aula y luego, usando la sábana depositaron sobre la mesa a Margarita. Estaba inconsciente y llevaba la cabeza cubierta con una tela a modo de turbante. Escolá, Castellón y cuatro estudiantes aparecieron por la puerta superior y se sentaron ávidos de espectáculo en el último escaño. Coloqué la cabeza de Margarita sobre un soporte y retiré el paño que la cubría. Su cabeza rapada brilló como si fuera un casco de metal. Me coloqué frente a su oreja izquierda y con el índice mojado en Genciana dibujé el arco sobre el que debía hacer la incisión. En ese momento la enfermera entro con el brasero repleto de ascuas. Puso unos alambres sobre las mismas y me observó. Cuando comprobé que estaban al rojo miré a Carlos y éste asió uno en las manos. El escalpelo temblaba en las mías. Quise cortar pero no pude extender el brazo. El alambre se había puesto otra vez negro. Carlos lo depositó de nuevo sobre la brasa y cuando volvió a enrojecerse me susurró asustado...

- ¡Vamos!

Lo volví a intentar pero la mano se negó a obedecerme. En ese instante alguien se colocó a mi lado y me desplazó con suavidad. Era Nuez.

- Coja usted el cauterio y observe cómo se hace. - Ordenó-

Le obedecí y vi como clavó la punta de la hoja un centímetro por encima de la curva que había pintado. Luego con un certero movimiento trazó un arco continuo que de inmediato se volvió rojo. Margarita lanzó un ligero gemido pero no movió la cabeza.

- Con que no iba a sentir nada ¿Eh? Si se mueve espero que tengan fuerzas para sujetarla.

La sangre comenzó a fluir en regueros verticales llegando a la bacía que Nuez había situado bajo la oreja.

- ¡Cauterio!

Le acerqué el alambre y el Decano lo aproximó a los bordes de la herida. La carne al quemarse produjo un humillo espeso.

- ¡Está bien! ¡Más cauterio!

Le acerqué un nuevo alambre pero no tuvo que utilizarlo. Había aplicado el anterior con tal destreza que la herida ya no sangraba.

- Las presillas. Necesito las presillas.

Puso una en el borde superior de la incisión y estiró con fuerza. El cuero cabelludo al despegarse del hueso originó un chasquido. Después apliqué yo la otra en el borde inferior y también estiré.

- Más fuerte -Ordenó Nuez-

Otra vez el chasquido se hizo con el silencio de la sala. El hueso quedó al descubierto y su superficie nacarada en nada se parecía a la que presentaban el cráneo de los cadáveres

- ¡Bien! Ahora viene lo más difícil. ¿Sigue usted ahí? -Preguntó Nuez-

No hizo falta que le respondiera mi cara debió ser suficiente.

- ¡Muy bien!

Pidió el cincel acanalado y colocó su punta sobre el parietal. Con la derecha asió el martillo y sin dudar dio un golpe certero penetrando el hueso. La cabeza de Margarita tembló como un diapasón.

- ¡Perfecto! ¿Lo hubiera hecho usted así? - Preguntó-

Tampoco respondí.

- Acérqueme el berbiquí.

La punta cilíndrica giró lenta pero sin pausa y cuando el primer orificio estaba completo, Nuez se secó la frente. Luego repitió la maniobra cinco veces en cinco puntos distintos pero alineados. Cinco veces vibró el cráneo de Margarita y cinco veces apreté los dientes para no gritar. Cuando estuvieron acabados los unió con la sierra y cuando llegó al último levantó cuidadosamente la tapa que había elaborado. Antes de que la tela cerebral se ofreciera a la mirada un surtidor de sangre nos irrigó la cara.

- ¡Maldita sea! Esta zona no debería sangrar -Exclamó Nuez- ¡Otro cauterio! ¡Pronto!

Yo no hubiera sabido reaccionar. El profesor buscó con el dedo el origen de la hemorragia y cuando la sangre dejó de brotar me conminó.

- ¡Limpie, limpie...!

Empapé un trapo en la cavidad y ésta quedó libre de sangre.

- ¡Muy bien! Ahora voy a retirar la presión. Cuando lo haga tiene usted un segundo para aplicar el alambre en el lugar que dejaré libre ¿Entiende? ¡Un segundo!

Afirmé con la cabeza.

- ¡Ya! ¡Ahora!

Se hizo un grumo negro y tras unos instantes la cavidad dejó de anegarse. Cuando volví a limpiarla Nuez dobló el cuello y miró en el interior. Luego comentó.

- ¡He ahí su quiste de líquido cristalino muchacho!

Por un instante iba a saltar de alegría pero el tono de voz y la expresión de Nuez me lo impidieron. Se retiró y miré hacia el cerebro de Margarita. No había tal quiste. Una masa azul invadía todo lo que estaba a la vista. Intenté

valorar si esa masa estaba suelta pero se confundía con las circunvoluciones cerebrales. Volví la vista hacia Nuez y éste me devolvió un gesto de tristeza.

- Yo también abrigaba alguna esperanza -Comentó-

Cerré el portillo que habíamos abierto y vendé la cabeza de Margarita con todo el cuidado que pude. Los espectadores abandonaron el aula y Nuez también.

Volví a casa de tía acompañando a Margarita y no hicieron falta las palabras. Tía estuvo velándola noche tras noche y lo hizo besando los rizos que había tenido que cortar. Murió a la semana siguiente y con su muerte no acabó todo el dolor. Tuvimos que contarle la verdad a Pilar, porque hasta entonces había estado en casa de unos amigos e ignoraba lo sucedido.

Nos recriminó el engaño y nos aseguró que le hubiera gustado despedirse de su hermana antes de que fuera al cielo; por eso entre lágrimas y en una situación de descontrol, nos ordenó que la trajéramos inmediatamente, estuviera dónde estuviera, para que pudiera darle un beso...

Alberto también estaba muy afectado. El amor victorioso que hace feliz la existencia, le había defraudado en su lucha contra la muerte. Crudamente el destino le había demostrado que la Parca es más fuerte que Cupido y por tanto, se planteaba como muchos otros jóvenes de la época, sino era mejor rendir tributo a la más fuerte y ofrecerle su existencia.

Yo intuía que el tiempo iba a dejarme otra visión de Margarita, que iba a olvidar su sangre resbalando por su cráneo, que no iba a conservarla como aquel muñeco inánime que vi por última vez, pero tía jamás iba a recuperarse. La muerte de un hijo es la actuación más antinatural que el ser humano puede

aguantar y cuando acontece, nada, ni siquiera el tiempo o la existencia de otros hijos, puede devolver la alegría al corazón.

Iba todas las tardes a verla pero no podía decir nada. Sólo guardaba silencio mientras ella rezaba con el rosario en una mano y los bucles de Margarita en la otra.

No pude acudir a la facultad hasta pasados diez días. La visión de ese cerebro, aún vivo pero invadido por la enfermedad me afectó sobremanera. El contraste de esa cruel masa con la visión de aquella Margarita joven y exuberante, de aquella joven que un día se hizo blanco de luna para ofrecerme su cuerpo me desestabilizó. Si hubiera sido dueño o conocedor del futuro esa noche la hubiera hecho mía y hubiera intentado darle todo el placer que mi inexperiencia hubiera permitido. ¡Un cerebro para enfermar! ¡Sí! Pero a recaudo de la moral para gozar. Qué cruel destino me había mostrado el lugar dónde residía el alma de mi prima...

La turba de voces que, como una coral dantesca, me afligía volvió a presentarse y ahora contaba con una intérprete más. Ya no sólo aparecían cuando escribía o leía; retumbaban dentro de mí cuando les parecía bien y lo peor, ya no conseguía acallarlas haciendo círculos, ni palmeando ni taconeando, necesitaba levantar con ritmo una pierna tras la otra elaborando una danza grotesca, que por supuesto sólo me permitía realizar en la intimidad de mi cuarto.

La vuelta al trabajo me ayudó. Reinicié mis actividades asistenciales en el pabellón de Médicas y el primer día de mi vuelta agradecí a Castellón y sobre todo a Nuez su comprensión y colaboración. El Decano también lo había pasado mal. Margarita no había sido sólo una paciente más. A Ignacio no le

dije nada, había estado en segunda fila pero sabía que podía contar con él si lo necesitaba.

Con los acontecimientos las hojas de registro se habían acumulado y eran casi ochenta. Tenía que preparar la lección magistral de fin de ciclo y las dejé a un lado con la esperanza de que al cabo de unos días tuviera más tiempo y ánimos para interpretarlas.

Deseaba que pasara Julio y con él conseguir mi sueño. Castellón me había impuesto como tema para la tesina final el estudio de un proceso patológico denominado Tetánus. Una enfermedad mortal de origen ignorado que convertía a los pacientes en tablas rígidas. Castellón había atendido algunos casos pero no les había dado forma escrita. Solicité escritos de otras facultades y comprobé que la ignorancia era compartida y general. Las observaciones coincidían en que los casos aparecían tras sufrir heridas de mosquete, de bayoneta o de sable pero sobre todo en militares de caballería. Por eso se pensaba que el efecto tóxico del plomo o de la misma pólvora eran los principales causantes; pero dado que también se habían visto casos en civiles cuidadores de establos otros responsabilizaban del mal al efecto aéreo causado por los excrementos del caballo. En una de estas revisiones un profesor de la facultad de Madrid había ensayado en un paciente un técnica audaz consistente en perforar la tráquea por debajo de la nuez de Adán, ya que según él, los enfermos, en sus contracturas, no podían expandir el pecho para permitir la entrada del aire y morían azulados por esta causa. Al parecer sirvió de poco, los afectados, aunque aguantaban algunos días, terminaban también por fallecer. La verdad es que el tema elegido por el profesor de Médicas era complejo y poco descrito. Me impacienté. Por más que buscaba entre los legajos de la

biblioteca la lección no cobraba cuerpo. Además no podía concentrarme. Las voces no me abandonaban, cuando se hacía el silencio ellas lo ocupaban. Le pedí al profesor la posibilidad de variar de tema pero sólo me dijo que lo consideraría. Aproveché esos días para no seguir torturándome con tan difícil materia y transcribir los registros acumulados. Lo hice y ¡Dios! No podía creerlo. Desde que los estudiantes se lavaban las manos con creosota Escolá sólo había tenido en su pabellón tres casos de fiebres. Esa noche las voces corales cantaron con tonos desafinados. Era como si las ánimas de las fallecidas me estuvieran gritando... *“Por aquí, por aquí”* Dancé y dancé, ensayé nuevas posturas para que se desvanecieran pero no podía acallarlas. Me impidieron dormir y me tuvieron toda la noche buscando algún ritual que las mitigara. No lo encontré. Con el alba desaparecieron y con el alba, sin rasurarme, esperé a Castellón en la puerta de la Facultad. No le conté mis hallazgos sólo le pedí que me permitiera realizar el trabajo final sobre otro tema que llevaba meses preparando. Si no le hacía partícipe del tema no iba a considerar mi petición y tuve que ceder. Le comenté lo que había comprobado y mi convencimiento de que las fiebres de Escolá se debían a un morbum cadavéricum, transmitido a través de las manos de los estudiantes. Castellón no lo aceptó. Razonó que la lección magistral debía versar sobre algún tema real y no sobre suposiciones o dudas. Insistí y hasta le dije que si no le convencía mi exposición podía votar en mi contra. Finalmente cedió pero me hizo saber que él se desentendía de las consecuencias que pudieran derivarse de mi trabajo y que dado que él no lo apoyaba no podría hacer de valedor frente al resto del Claustro.

No me importó correr ese riesgo. Las voces me lo habían dicho... *“Por ahí, por ahí”* Y seguí por ahí.

Desde ese día no tuve otro objetivo que resumir y hacer comprensibles los datos que durante tanto tiempo había registrado. Empleé todo Julio y parte de primeros de Agosto, y por fin el diez de ese mes de 1807 tuve la ocasión de expresar mis conclusiones al Claustro reunido.

Inicialmente expuse una pequeña introducción explicando la coincidencia de los síntomas de las fiebres en mujeres y hombres. Aporté varios casos. En el mismo apartado aclaré la forma en la que había obtenido los registros así como su elaboración posterior. Formulé luego la hipótesis de que, fuera lo que fuera, la causa de ambos tipos de fiebres residía en los cadáveres y que al ser transportada por los estudiantes se explicaba que en el pabellón de Escolá se produjeran más muertes que en el de Verli. Reafirmé y probé esta hipótesis con el descenso de los mismos en época estival, cuando los estudiantes no estaban, y sobre todo mediante la observación de que esos sucesos disminuían, hasta casi desaparecer, cuando se lavaban las manos con cloruro de cal rebajado o creosota. Apunté también los sucesos de Varela y de Fierro como ejemplo y finalicé leyendo cinco conclusiones.

Los componentes del tribunal se quedaron en silencio. Hicieron comentarios en voz baja y fue Verli, quien rompiendo el murmullo, lanzó las primeras objeciones.

- ¿Cómo explica usted los casos de fiebres que se han dado en mi pabellón, cuando yo hace años que no diseco cadáveres?

Respondí que posiblemente el morbo no residía exclusivamente en los cadáveres, que podría estar también en otros lugares pero con menos fuerza y que por ello en su pabellón se registraban menos casos.

Verli puso cara de incrédulo y añadió que él no hacía disecciones pero que sus colaboradores, como por ejemplo Ignacio o yo sí las hacíamos.

- ¿No querrá usted decir que han sido ustedes los causantes de las muertes que he tenido en mi pabellón?

El público asistente, aunque escaso, generó otro murmullo.

- ¡Si lo llego a saber no les permito la entrada! - Remató Verli-

En ese momento se oyeron carcajadas y el rencoroso maestro siguió degollando.

- ¡Este joven tiene respuestas para todo! ¿Entonces según su teoría por qué no sufren fiebres los estudiantes de anatomía? Yo los veo muy sanos y alegres.

Repliqué que, según mi criterio, si no enfermaban era porque siendo jóvenes oponían resistencia al morbo y porque éste debía penetrar por la sangre a través de las heridas.

- ¿Y no se hacen heridas? ¡A ver! Entre el público ¿Quién de ustedes no se ha cortado con alguna cuchilleta en este último mes?

No quise volverme porque la algarabía iba en aumento.

- ¡Lo ve! Dos, tres, cuatro... Y no han padecido fiebres, de lo contrario no estarían ahí levantando las manos.

Nuez miró a Verli y le recriminó que estuviera convirtiendo el acto en una mofa. No me impacienté. Esperé a que cesara el jolgorio y volví a repetir las

cifras. Recalqué que si bien desconocía todos los secretos de lo que opinaba debíamos seguir obligando a que los estudiantes se lavaran las manos.

Entonces tomó la palabra Escolá.

- Yo no creo que sus conclusiones deban ser tomadas a la ligera, pero si le quiero preguntar ¿No sería suficiente que los estudiantes se lavaran como hacemos todos, con agua? Lo digo porque... ¿Sabe cuánto tiempo emplean en terminar sus abluciones y entrar en mi pabellón?

Comenté que los resultados obtenidos sólo se habían dado a partir del momento en el que se lavaban con cal o creosota. Anteriormente lo debían hacer con agua y no era suficiente. Admití otra vez que ignoraba la razón para que sucediera esa circunstancia y critiqué que sólo existiera un caño para que se lavaran. Si se podían abrir tres o cuatro canalillos el tiempo de retraso disminuiría.

- ¿Lo ven? Solución para todo - Volvió Verli a la carga-

- ¿Desearía usted que no respondiera a las preguntas? - Contesté airado- Nuez me llamó al orden. Verli sonrió y me di cuenta de que no debía perder la compostura. Pedí disculpas y en mala hora añadí que no sólo consideraba necesario el lavado de manos sino también el cambio de batón antes de entrar en el pabellón de las parturientas. Volvieron los siseos a mi espalda.

- ¿Y de calzas? ¿También de calzas? ¿No será necesario mudarse de calzones? !Eh¡ - Volvió a burlarse Verli-

Nuez quiso zanjar la cuestión e intervino.

- ¡Bien! ¿Algún miembro del Claustro quiere preguntar algo más?

Nadie hizo mención de tal deseo.

- Entonces les ruego, tanto a los concurrentes como al ponente, que nos dejen deliberar.

La sala se vació y en el exterior Ignacio y Carlos me felicitaron pero sin mostrar excesivo entusiasmo. Los estudiantes me miraban como se mira a un reo ante el cadalso. La espera fue de diez minutos. El bedel abrió la puerta y cuando volví a entrar pensé que haber esperado sólo diez minutos no era buena señal. Nuez empleó todos los circunloquios que pudo y utilizó todos los eufemismos que le vinieron a la mente, pero el tribunal había decidido esperar a que el trabajo estuviera más claro para otorgarme el grado final. Se me proponía como plazo hasta primeros de Enero de 1808 y como fecha última no más del ocho de Mayo del mismo año.

El golpe fue duro. El coro de voces comenzó a gritarme por no haber sabido defender su muerte. La sonrisa que Verli dibujaba sobre su barba alambrada me hizo perder la razón y no pude contenerme. Les llamé ancianos con prejuicios, ignorantes criminales y ciegos retrógrados...

- ¿Qué más hace falta para mostraos la verdad? ¿Qué necesitáis? ¿Quién será responsable de la próxima muerte? ¿Tú Escolá? ¿De verdad no te has preguntado por qué tus camas no se vaciaban mientras los chicuelos que ríen a mi espalda se lavaban? ¿No lo has notado? ¿Te ha quedado en el olvido el profesor Varela? ¡Viejos presuntuosos!

Y hubiera seguido insultándoles porque sólo así mis voces interiores se apagaban, pero Ignacio salió de su banco y me arrastró por el pasillo para sacarme del recinto.

- ¡Pretende decir que la mano que cura es la mano que da la muerte!  
¡Pretende decir que la mano que cura es la mano que da la muerte! ¡Usted si  
que es presuntuoso, usted si que está ciego y acabado! - Sentenció Verli-  
Cuando Ignacio logró hacerme salir, esa frase retumbó en mis oídos... ¡Claro!  
Esa era la causa de tanta ceguera. “La mano que cura no puede ser la mano que  
da la muerte”

Sabía que estaba todo perdido pero no me desanimé. Pasé a limpio mi trabajo,  
compré más tinta y papel, lo copié dos veces y mandé un ejemplar a la facultad  
de Madrid y otro a Italia, concretamente a Verona, donde había estudiado  
Carlos. Las voces seguían pero ahora eran amigas.

Junto al trabajo adjunté en los dos casos una solicitud para finalizar mis  
estudios en sendas facultades ¡Ellos me atenderían! ¡Estaba decidido a viajar!

Esperé sin desánimo un mes, dos, ... Y por fin al tercer mes, en Noviembre, un  
correo me entregó un rollo lacrado con marca de frontera en el que pude  
traducir del italiano muestras de agradecimiento por la remisión de mi  
manuscrito, pero no decía nada más. De Madrid no recibí respuesta.

Nuez había propuesto al Claustro que se me permitiera seguir dando clases de  
anatomía pero Escolá y Verli se opusieron.

En Enero, Carlos obtuvo el grado final. Había decidido hacer cirugía militar y  
tramitó su ingreso en una compañía de dragones. Por los aires que corrían no  
iba a tener dificultades para entrar. El ejército estaba inquieto.

- No me gustan las guerras y espero no ver ninguna, pero la cirugía sólo  
avanza con las guerras. -Comentó-

Le rogué que siguiera con los registros pero me explicó que habían sido expresamente prohibidos. Castellón, mi buen Castellón también había decidido sustituirme.

- ¿Qué tal estás? - Me preguntó -

- No muy bien...

- No sé. Estás más delgado y...

- Más sucio, más ojeroso y depauperado ¿No?

- Un poco de todo.

- No puedo dormir. No se lo he contado a nadie pero tú debes saberlo.

Oigo voces.

- ¿Voces? ¿Dónde? ¿En la calle? Yo también.

- ¡No! No me refiero a voces normales. Son gritos interiores, son los gritos de las muertas por fiebres. Estoy seguro que cada estudiante sin lavado de manos es una nueva muerte y éstas me reclaman. Cada batón sin cambiar es una nueva fiebre y desde ese convencimiento no puedo dormir ni comer y se me hace difícil respirar.

- Pero no todas mueren Alonso...

- ¿Tú también? ¿Has analizado mis números? Tu también crees que la mano que cura no es posible que origine la muerte? ¿Por qué no atienden mis razones? ¿Tan difícil es admitir que el fuego quema aunque no sepamos cómo lo hace?

- Yo estoy contigo Alonso... Pero mira su punto de vista. Tal vez tengan algo de razón... Tu teoría es endeble.

- ¡Ah! ¿Entonces quieres decir que el fuego no quema?

- A veces no...

Las voces interiores comenzaron su canto. Lo hicieron desde la lejanía pero poco a poco se iban acercando hasta hacerme insoportable su melodía.

-¿No quema? ¡Eh! ¡Pues mira!

Acerqué la mano a la llama de las velas y por extraño que parezca en ese momento no sentí dolor. Un tufo a carne quemada llenó la habitación.

- ¡Estás loco! ¿Qué haces?

Carlos retiró el candelabro y vi que mis dedos estaban chamuscados.

- ¿Lo ves? ¿Quema o no quema? Quiero demostrarte que el fuego no quema! Jiiiiii. ¿Quema o no quema?

Las voces callaron sus cantos y cuando la última sonó quise poner la otra mano sobre las llamas pero Carlos me lo impidió.

- Por Dios... ¡Ven! Voy a curarte.

- ¿Para qué? ¡El fuego no quema! Cómo puede la llama que da luz abrasar. Lo han dicho los profesores ¡Jiiiiii! ¿No lo entiendes? ¿Cómo puede la mano que sana originar la muerte?

Miré mis dedos y sobre ellos empezaron a crecer ampollas. En ese instante sentí dolor.

- ¿Tienes algo con qué curarte? -Pidió Carlos excitado-

- ¿Curarme qué?

- Deja de hacer el bobo. Si no tienes ni aceite te llevaré a la facultad.

- ¡No! Allá me cortarían la mano. Mejor siéntate y observa que según tu teoría y la del Claustro esto no es nada.

Carlos obedeció turbado y yo extendí el brazo para que el dolor que sentía fuera menor.

- La mano que cura no mata - Repetí-

- Ven a la facultad. Podré aplicarte un socrocio y te daré Láudano.

Dentro de poco el dolor que sentirás se hará insoportable.

- ¿Láudano? Mira eso sí debe estar bien. Las pacientes que lo tomaban ponían una sonrisa especial.

En efecto el dolor se hizo insoportable. No quería pero Carlos me obligó a acompañarle. En el camino hacia la facultad creí que todo se iba a ennegrecer y me tuve que sujetar a su brazo. El dolor era real, las ampollas se habían rellenado de líquido azul y antes de abrirlas me dio dos medidas de Láudano. Salió sangre coagulada y la carne de mis dedos quedó al aire mostrando un rojo escarlata.

- Está bien déjalos así...

- Sería mejor cubrirlos.

- Los quiero así, al aire, abiertos como las ventanas del pabellón del macho cabrío.

- Como quieras pero sería mejor cubrirlos.

El dolor había desaparecido y algo nuevo, algo que no había sentido estaba sucediéndome. Un tropel de imágenes se me revelaron, imágenes en color, veloces caballos, mi madre, unas praderas de trigo azulado, las voces del coro pero ahora con caras que venían y se iban... De repente se hizo la luz y Carlos estaba zarandeándome...

- ¿Qué sucede? -Pregunté-

- ¿No te has dado cuenta de nada?

- ¿De qué? -Volví a preguntar-

- Has... Has... Te has quedado como una piedra y has blasfemado repetidamente.

- No tengo por costumbre hacerlo.

- ¡Ya lo sé! Pero lo has hecho ¡Diantre Alonso! Me has preocupado. ¿Te encuentras bien de verdad?

- ¿Yo? ¡Como nunca! No siento dolor y ¡JiiiiJiii!

- Bueno... Tengo que dar clase, pero si me necesitas me quedo.

¡Claro que no buen amigo! Ve y cumple con tu obligación. Ve a formar asesinos, diles que no se laven, que transfieran la muerte hasta las parturientas... Jiii. ¡Qué ironía! Del cadáver se transporta la muerte a la oquedad de la vida. ¡Qué ironía!

Carlos se alejó cabizbajo. Otra vez había sido injusto. Me apresuré y logré alcanzarlo.

- ¡Espera! Eres un buen colega ¡Qué digo! ¡Colega no! Tú tienes el título yo aún soy de grado medio, pero eres un amigo. Perdona mis comentarios y dime la verdad ¿Es cierto que he blasfemado?

- Sí.

- Eso me preocupa. No me he dado cuenta, es más no recuerdo haberlo hecho.

- A mí me preocupa tu mano. No tiene buen aspecto. Por favor ve a casa y duerme, descansa y lávate.

- ¡Eh! ¿Que me lave?

- Sí...

- ¡Ya sé! Es el Láudano. Jiii. Esto debería dolerme pero estoy como un ángel ¡Estupendo! ¿Puedes darme otra ampolla?

- ¡No! Si esta noche puedo iré a verte.

- Ve tranquilo amigo, ve tranquilo que placer y dolor van de la misma mano ¡Ji!

- ¿De veras estás bien?

- ¡Curadísimo! Hasta veo dos soles.

Nunca había ingerido Láudano y su efecto no me abandonó hasta pasadas varias horas. Cuando volví a casa la habitación me pareció grande y lo más curioso, si yo tosía, ella también lo hacía. Si soplaba contra una pared se arqueaba a mi soplido. Las voces no se atrevían a aparecer y me tumbé vestido en la cama mirando la llama de la vela que no hacía sino girar en círculos. Nunca había sentido tanta placidez. Me quedé dormido y cuando abrí los ojos todo era normal, pero el dolor en mi mano era otra vez insoportable. La introduje en una palangana llena de agua y se calmó por unos instantes pero cuando la sacaba el suplicio retornaba. Necesitaba más Láudano, debía ir a por otra ampolleta de Láudano.

Me dirigí a la facultad y busqué a Ignacio. Le conté mi accidente y quiso revisar mi herida. No tenía fuerzas para resistirme. Me lavó las costras y las exudaciones y me dejó tres envases del elixir contra el dolor. Bebí uno y guarde los otros dos. A los quince minutos volví a sentir sus efectos. Me encontré mejor. Acompañé a Ignacio unos metros y él aprovecho para hacerme algunas preguntas.

- ¿Qué opinas de lo que dicen que sucede en Madrid?

- ¿A qué te refieres?

- No me digas que no te has enterado...

- Pues no

- ¡Hombre! Bien está que esto sea una provincia pero... ¿De verdad no has oído hablar de las pretensiones de José Bonaparte y de la posible partida del Rey?

- ¿Del rey Fernando? Por mi se lo pueden llevar al infierno, a él y a toda la familia ¡Eso! Y hacernos un estado asociado al Imperio ¡Jiii!

- ¡Calla!

Ignacio miró a derecha e izquierda como si mis palabras pudieran comprometerle.

- ¿Qué sucede? ¿Tú eres monárquico?

- ¿Y tú afrancesado?

- ¿Yo? Yo soy Almogábare ¡Jiiiiii! O si quieres aborregado ¿Has oído hablar del “Hotel de Dieu” ?

- ¡No! Ni creo que tú lo conozcas.

- Tienes razón, no he estado allí pero pronto iré. Me ha llamado el doctor Corvisat para que le enseñe mi trabajo.

- ¡Ya! Es eso. Aún estás con lo mismo ¿Y por qué Corvisat?

- Porque allá se piensa, no como aquí. Aquí se envidia. Al que sobresale se le debe cortar el cuello. Lo nuevo es peligroso, mueve sillones y los senectos tiemblan... ¡Siiii! No has leído nada de los anatomoclínicos ¿Verdad?

- Pues no.

- ¡Claro! No interesa. Ellos también mueven sillones ¡Ja! De todos modos otro día hablaremos tengo prisa... Se me ha ocurrido que deseo hablar con el cura.

- ¿Con el capellán?

- Sí ¿No puedo?

- Bueno, tú y el cura, no me había imaginado.

- Yo tampoco pero es una idea que me ronda desde hace algunos días.

¿Dónde estará ahora?

- Supongo que en la capilla ¿No?

- Pues ahí me dirigiré...

- Lo que quieras, pero ya sabes... “A la Iglesia como al fuego ni muy lejos ni muy cerca”

- Descuida ya tengo la mano quemada no quiero más fuego.

Me encontraba otra vez bien. Creo que excesivamente bien... Hasta podía mover los dedos. Me dirigí a la capilla y su silencio interior me confortó. Había terminado la misa y los fieles desfilaban hacia la puerta. Supuse que encontraría al capellán en la sacristía y así fue. Golpeé la puerta y tras recibir un ¡Pase! la desplacé para entrar. El mosen estaba quitándose el cingulo, miró hacia donde estaba y por el gesto de su cara supuse que no le agradaba mi presencia.

- Si es tan amable espere en mi despacho, pronto le atenderé porque...

¿No vendrá usted por confesión?

- No. Pero me daría igual. Sólo quiero hablar con usted.

- De hombre a hombre o de discípulo de Cristo a su pastor.

- Como usted desee.

- Entonces espere en mi despacho ¡Hijo! Hablaremos de hombre a hombre.

No le reocriminé que me llamara “hijo” Me daba lo mismo pero sentí una nausea que atribuí a los efectos del Láudano. El cura se quitó la estola, la beso y la depositó sobre el mueble cercano.

- Espere en mi despacho.
- Si me dice dónde está, con gusto lo haré.
- ¡Claro! Viene usted tan contadas veces que no sabe dónde está.
- Pues no. Lo ignoro.
- Entonces espéreme, yo le acompañaré.

Estuve observando sus gestos. Eran rituales, amanerados, limpió el cáliz, recogió la casulla, plegó el alba, relleno las vinajeras y lo hizo todo con talante rutinario. La verdad es que no me hizo esperar mucho. Señaló una puerta cercana y me invitó a pasar. Él se sentó primero parapetándose tras una mesa de madera labrada y luego me invitó a que hiciera lo mismo en la silla que lo enfrentaba. Antes de dirigirse a mí desplazó hacia la izquierda una cruz con base de mármol y la apuntó hacia mi frente como queriendo decir “Cuidado joven que Él está aquí” Luego preguntó.

- Usted dirá.
- Vengo a pedirle ayuda.
- ¿Sí? ¿Usted? Pedir ayuda a este humilde siervo del Señor ¿Cómo puede este humilde sacerdote ayudar a tan afamado genio?

Empezábamos mal. Esa burla y su falsa humildad me excitó. Además temía que el Láudano propusiera a mi boca alguna blasfemia.

- Verá... ¿Sabe usted de mis disputas con el Rectorado?
- Algo he escuchado... Algo...
- Vengo a decirle que si no se hace lo que propongo se estarán cometiendo crímenes.
- ¿Qué? No le entiendo.

- Pues lo que le he dicho. Si los estudiantes no se lavan con cal antes de atender a las parturientas se estará condenándolas a una muerte segura.

- ¡Santo Dios! ¿Pero sabe usted qué está diciendo?

- ¡Claro que sí!

- No sólo peca usted por soberbia sino que además transfiere sus dudas a los compañeros y los culpabiliza de cometer crímenes.

- Dígalo como quiera pero es así.

- Pues si es así hemos terminado joven y le recomiendo que si no es conmigo busque a otro sacerdote y lave su alma de los pecados de soberbia y calumnia.

El cura hizo mención de querer levantarse. Le miré y bastó ordenarle que se sentara para que lo hiciera amedrentado.

- Quiera o no quiera va a conocer los hechos porque de este modo usted será partícipe de los crímenes que se cometan.

- ¡No le escucharé!

El mosen volvió a intentar zafarse.

- ¡Siéntese! - Grité- Usted sabe contar ¿No? Como capellán de la Facultad usted ha dado la unción a muchas mujeres que morían por fiebres ¿Es así?

El cura no respondió.

- ¡Conteste! ¿Es verdad?

- Siiii.

- ¿Y nunca le ha chocado llevar siempre el Viático al pabellón de Escolá mientras que el de Verli apenas lo conoce?

- Pues no. No cuento las veces que llevo a Cristo y no distingo si es a un pabellón o a otro.

- ¡Mal hecho! Debería usted separar las hostias que gasta en uno o en otro pabellón.

- ¡Joven! No le admitiré blasfemias. Dios está en todas las Santas Formas y no hay por qué separarlas.

- Ya, ya... Pero si lo hubiera hecho se habría dado cuenta que para salvar a las pacientes de Escolá usted emplea cuatro veces más que para salvar las de Verli.

- ¿Y qué? ¿A dónde quiere llegar?

Me levanté y me acerqué hasta su oreja. El Láudano estaba en su apogeo y el cura apocado hasta el tembleque.

- ¿Sabe por qué mueren más en un sitio que en otro?

Se agarró a los brazos del sillón y sacando fuerza de flaqueza apuntó.

- Según usted porque las matan sus compañeros pero no le escucharé si permanece de pie.

- ¿Lo sabe y no hace nada?

- Para mí sólo existe el designio Divino.

- Deje en paz a Dios. No tiene nada que ver con esto.

- Le he dicho que no soportaré sus blasfemias.

- ¡Bah! ¡Blasfemias! Cuándo pensarán sin atarse a la blasfemia.

- Hágalo usted joven presuntuoso ya que está en posesión del conocimiento absoluto.

Hice un silencio y me volví a sentar frente a él.

- Puede que el absoluto no, pero en este asunto sé lo que pasa y tengo las pruebas de todo.

- Mire joven... “Quod nimis probat, nihil probat” ¿Usted sabrá latín no? El cura se escudó otra vez en esa lengua esotérica que el pueblo ignoraba pero no yo.

- Claro que sé latín. “Lo que todo prueba nada prueba” pero yo sí lo puedo probar.

- Y entonces... ¿Por qué sus colegas, o mejor, sus futuros colegas, con más ciencia que usted y mayor formación no atienden sus razones?

- Porque sólo les mueve la envidia y la comodidad, la ignorancia y la presunción.

- ¿A ellos o a usted?

- A ellos, mecago...

Logré reprimirme pero casi me cuesta una herida en la lengua.

- A ellos, padre, a ellos... ¿Sabe cuantas mujeres se salvaron de morir a manos de Escolá cuando los estudiantes siguieron mis instrucciones?

- ¡Se da cuenta! No es usted capaz ni de respetar a su maestro. No ha leído el Juramento Hipocrático ¿Verdad? Si lo hubiera leído sabría que entre sus primeras líneas dice... “*Trataré al que me ha enseñado como a mis progenitores*” Y sin embargo usted descalifica y trata de asesino a quien tuvo a bien acogerle para transmitirle sus conocimientos.

- Puede que tenga razón. Pero es un asesino, todos son unos asesinos...

- ¡Ya está bien! Dígame de una vez qué quiere de mí.

- ¿De usted? Quiero que cuente las hostias que gasta en uno o en otro pabellón según se laven o no los estudiantes. Esa sería una prueba divina ¡Je!

El cura en ese momento cerró los ojos y con el gesto quiso indicar que había llegado al límite.

- Mire usted. No tiene respeto por nada ni por nadie. Ni siquiera por la Sagrada Forma. Sepa que no sólo desconfío de sus conclusiones sino que las rechazo y sepa también que si está en mi mano, toda opinión que de usted me sea solicitada, será negativa.

- Entonces ya es usted cómplice.

- ¿Cómplice?

- Sí, mi buen pastor ¡Cómplice! Sepa y llévese a la tumba que usted tiene parte de culpa en todas las desgracias. Cada madrugada que unja unos ojos con aceite sagrado, cada comunión que deposite en una lengua seca, cada mísera oración que ofrezca por el alma de alguna desgraciada será en parte obra suya.

El cura se levantó y gritó amenazando

- ¡Salga de aquí! ¡Salga!

Seguí sentado sin afectarme su mandato. Había vuelto a la placidez que ofrecía el fármaco y desde mi asiento continué.

- ¡Sí! Tras cada ruego, tras cada huérfano, habrá puesto usted su granito de arena ¡Ji!

- ¡Fuera! ¡Le ordeno que salga!

- ¿Me ordena? ¿Quiere que me ausente de la casa de todos? ¡No! Voy a quedarme frente al altar para pedir por su alma.

- Rece mejor para que el demonio abandone la suya.

- Lo haré, lo haré pero usted recuerde... Cada mujer que apriete sus manos antes de morir...

- Si no se marcha soy capaz de llamar al bedel.

Seguí en mi placentero éxtasis y el cura salió taconeando para cumplir su amenaza. Su ira me satisfizo ¡Je! El bedel no acudió ni tampoco él. La iglesia había huido ¡Je!

Salí del despacho y el aire me llenó. No sé bien quién dirigió mis pasos pero fueron hacia el pabellón de anatomía. Ignacio estaba dando clases, tres estudiantes con batón y pañuelo seguían atentos sus enseñanzas. Un hipo inesperado hizo que se volvieran. Me subí en una mesa de mármol y desde la altura grité.

- A todos los alumnos ¡Siii! ¡A todos! Hay que lavarse antes de atender partos! ¡Está claro!

Ignacio abandonó la pieza que estaba mostrando y se me acercó pero yo lo rehuí.

- ¿Han oído? ¡Con creosota! Y el que no lo haga ¡Asesino!

Luego me acerqué al muerto y vi su abdomen abierto. Ese día se explicaba el intestino, el frío permitía explorarlo sin excesivo hedor. Tomé un asa intestinal y la levanté estirándola.

- ¿Lo ven? El intestino humano va de la boca hasta el ano ¡Ji! Pero eso lo sabe hasta el asno... ¡Ji!

Los estudiantes miraron a Ignacio y éste se cruzó de brazos esperando que acabara mi delirio.

- Debajo del intestino están los riñones pero esa organelas se las enseñará el profesor Quiñones ¡Jiiii!

Nadie rió mi ripio. Mi aspecto debió impresionarles. Yo sólo tenía ganas de escandalizar. Metí otra vez las manos en la cavidad abdominal y removí su contenido como si estuviera amasando harina.

- Dime amigo... ¿Puede curarte el polvo de Cantárida, el extracto de Rémora, puede ayudarte el cuerno de rinoceronte? ¡Ay Lúculo Propercio! ¡Ayúdales! ¡No ven! Nada puede ayudar a este desgraciado. Pero ustedes sí pueden ayudar a las mujeres que les esperan. Tocaban y tocaban y luego no se lavaban y ¿Qué sucede? ¿Y por qué no se lavaban? Porque es mejor folgar unos minutos aunque eso cueste una vida.

Ignacio no abrió la boca.

- Dilo tú compañero... ¡Dilo! ¡Ordénales que se laven! O enloqueceré como Lucrecio.

Quise evitarlo pero no pude. Empecé a sollozar. Dos estudiantes dieron un paso atrás.

- ¡Eh! No os mováis. Prometedme que os lavaréis antes de atender partos... ¡Juradlo! ¡Vamos!

Después... No recuerdo un después. Hoy tengo la mano hinchada. Carlos e Ignacio han venido a visitarme. Creo que estoy internado. Apenas puedo sujetar la pluma. Tengo que escribir a mi madre para contarle que todo va bien, que pronto cumpliré su deseo, que seré médico, pero el papel se emborrona en cada frase. Tengo que decirle a mi padre que compre más caballos... Creo que tengo fiebre y dos manchas azules me anuncian que queda poco tiempo, por eso debo apresurarme si quiero empezar mi relato.

Yo, Alonso López de Molina, de los Molina de Tarazona, nacido en casa regia sin necesidad de pan ni criados quiero escupir sobre las gentes de esta tierra y debo hacerlo pronto porque mi tiempo está medido.

No es posible que haya ser humano peor tratado que yo. Dicen que estoy loco y es que, a la curiosidad y a la fiebre, siguen llamándoles locura. Ciegos engreídos que el tiempo ha de juzgar. No habrá sitio en el cielo para mi alma porque, presa del rencor, se hundirá sin lugar cerca del Todopoderoso, pues de Él también reniego y al lado del Maligno seguiré a este pueblo de Aragón procurando que su pecado más común, la envidia, no aminore por siempre.

Nací el seis de Enero de 1784...